

SS
SERVICIO SECRETO

MARK HALLORAN

CITA CON LA MUERTE



MARX HALLORAN

Cita con la muerte

1. EDICCION
MARZO 1952

EDITORIAL BRUGUERA
Proyecto, 2 - T. 284453 BARCELONA (6)

Cita con la MUERTE



POR MARK HALLORAN

CAPÍTULO PRIMERO

EL ASESINO QUE LEÍA A BAUDELAIRE

1

Todo fue un puro capricho del Azar, una arbitraria encadenación de coincidencias. Pullock no tuvo la culpa. Cuando después de cruzar Times Square, se metió en aquel bar estrecho y sórdido para beber un vaso de cerveza helada, no lo hizo por propia voluntad, sino impulsado por la ola de calor que la canícula había caído sobre Manhattan. Pullock no sabía que el bar pertenecía a Lalle Cassinho, ni que encontraría a Lalle detrás del mostrador, ni que Lalle le reconocería a él.

Pero así fue. Lalle y él habían pasado dos años juntos en Sing-Sing.

Hacía de ello mucho tiempo, y las cosas, desde entonces, les habían ido muy bien a Pullock y muy mal a Lalle. Lalle tenía su bar hipotecado, debía más dinero del que podría pagar en su vida. Había intentado ser honrado, y fracasó. Ahora empezaba cansarse de la honradez. No obstante, Pullock también ignoraba esto.

Es cierto que la cara del hombre que le sirvió la cerveza se le antojó vagamente familiar. Debió haberse ido en aquel momento, sin beber, pagando y volviéndole la espalda, antes de que fuera demasiado tarde. Pero hacía calor y tenía sed, y la sed y el calor le perdieron.

—Muy bien —dijo el hombre, inclinándose hacia él por encima del tablero y sonriendo—. Muy bien, Pullock. Has prosperado. Estás ya viejo, pero has prosperado.

Pullock entrecerró los ojos. Miró a derecha o izquierda. Había tres parroquianos más acodados en el mostrador, y un hombre y

una mujer rubia sentados a una mesa.

—¿Usted me conoce? —preguntó.

El hombre del bar suspiró. Pullock experimentó una sensación extraña al darse cuenta de la avidez con que estaba contemplando su sombrero nuevo, su traje nuevo, su camisa nueva, y el brillante nuevo que centelleaba en su alfiler de corbata. Se maldijo a sí mismo por haber comprado aquel brillante. Lo hizo por Sally. A Sally, que era un poco anacrónica, le gustaban los brillantes en los alfileres de las corbatas de sus admiradores.

—Sí —dijo el hombre del bar—. Te conozco como a mi propio hermano. Ven acá, Pullock.

Tomó el vaso de cerveza que un momento antes le había servido, abandonó el mostrador, y echó a andar. Pullock le siguió. No hubiera debido seguirle, pero le siguió. El hombre le condujo al fondo del local, donde había una mampara, y, tras ésta, un corto pasillo con tres reservados a cada lado. Más allá se abría una puerta.

—Rocco —llamó, sin alzar la voz.

Un muchacho de cara lúgubre salió por la puerta. Se restregaba las manos en un mandil.

—Rocco, atiende el bar un momento —agregó el hombre. E indicó a Pullock, con la cabeza, el último de los reservados—. Tú entra ahí y siéntate.

Pullock se sentó. El hombre lo hizo frente a él, y depositó en la mesa el vaso.

—¿Y bien? —inquirió Pullock, indeciso.

—Soy Lalle Cassinho —replicó el hombro.

«Sí, lo era», pensó entonces Pullock. Había engordado mucho y tenía una cicatriz en la mejilla derecha y le faltaba casi todo el cabello, pero era el mismo Lalle Cassinho con quien compartiera una celda en
Sing-Sing.
Y con quien compartiera muchas otras cosas.

Sonrió. Extendió la mano.

—¡Lalle, cuánto tiempo…!

Lalle le estrechó la mano sin alegría.

—Mira, no me interesa recordar los años felices y todo eso, Pullock —dijo en tono frío, con un ligero desdén—. Acabé con

vosotros. Tengo este negocio y respeto las leyes. Pero al verte se me ha ocurrido que debo mencionarte una cosa. En realidad, debí mencionártela cuando salí de
Sing-Sing.
Sólo que no pude encontrarte.

Pullock se puso instintivamente en guardia.

—Que me aspen si te entiendo. Creí…

—No, yo no desperdicio mi tiempo con gentuza como tú. Te he dicho que aquello acabó. Iré directo al grano.

Pullock le miró fijamente.

—Los años te han aflojado los tornillos de la cabeza, ¿verdad, Lalle? Tú no tienes nada que mencionarme a mí.

—Sí… Los Almacenes Keller.

Pullock dio un respingo. Se mordió los labios, y sus orejas tomaron un color rojo subido. Su mano se crispó en torno al vaso.

—Pero… —balbució.

—Yo estaba allí, ¿recuerdas? —prosiguió Lalle, hablando aprisa, aunque sin emoción—. Conducía el coche. Era un novato, y me cazaron. Pagué por vosotros. Me prometieron casi la libertad si confesaba quién había matado al guardia, pero cerré la boca y no lo dije. Fue duro, Pullock, pero no lo dije. Luego, cuando tú caíste por una nadería y te llevaron a
Sing-Sing
y compartimos una celda, me ofreciste toda clase de compensaciones disparatadas. Me juraste agradecimiento eterno. Saliste pronto… y no he vuelto a verte hasta hoy.

—¡Qué mil diablos…! —exclamó Pullock.

Lalle le interrumpió, descargando una violenta palmada sobre la mesa.

—¡No des un solo grito aquí! Éste es un negocio, respetable.

Pullock, con la cara congestionada, se agitó en su asiento.

—¿A qué viene eso, Lalle?

—Los años me han enseñado a desconfiar de juramentos y promesas —dijo Lalle, volviendo al mismo tono rápido y frío anterior— y han cambiado mi modo de pensar respecto a ciertas cosas. Pero no me han aflojado los tornillos. Quizá tú no me entiendas, Pullock. Quiero decir que el guardia de los Almacenes Keller fue asesinado durante el atraco. Y un asesinato no tiene

disculpa.

Pullock respiró profundamente. Ya no estaba sorprendido ahora.

—No la tiene, ¿eh? —murmuró—. ¿Qué más?

—Yo te vi matar a ese guardia. Me hubiera ahorrado muchos años de presidio de haberlo confesado a la policía.

—¿Qué más?

—Pues que el ser honrado no me ha dado ningún provecho. Estoy hundido hasta el cuello en la crisis, ¿entiendes, Pullock? Hasta el cuello. En cambio, tú has prosperado. El brillante de tu corbata es legítimo.

—¿Qué más? —insistió Pullock, con voz tensa.

—Quiero cinco mil dólares por callar lo que sé.

Pullock rompió a reír.

—¡Cinco mil narices! ¡Bueno estás tú, Lalle! Cerrarás el pico… o vas a lamentarlo. No hablarás. Yo te prohíbo que hables. Un chantaje, ¿verdad? Bien, Lalle. Siempre fuiste un estúpido.

Lalle, en silencio, se puso en pie.

—¿A dónde vas?

—A telefonear a la policía.

Con gesto rápido, Pullock sacó una pistola de la sobaquera.

—¡Quieto ahí!

Lalle salió al pasillo. Dos años de convivencia en un penal, le habían servido para averiguar que Pullock era un cobarde. Sabía que no se arriesgaría a disparar allí, teniendo la salida interceptada y debiendo afrontar después la multitud de Times Square. Sabía también, y esto con una convicción absoluta, que Pullock iba a ceder y a pagarle cuanto pidiese. Pullock era así.

Sólo que, en parte, se equivocaba.

Pullock saltó hacia él, le asió del brazo y pretendió introducirle en el reservado nuevamente, al mismo tiempo que alzaba la pistola para golpearle en la cabeza con el cañón. Lalle le pegó antes en la boca con el canto de la mano, y esquivó el golpe. Pullock gruñó.

Saltó otra vez sobre él cuando volvía a salir al pasillo, y ambos hombres, enzarzados, debatiéndose, derribaron una silla, la mesa y el vaso, que se rompió. Siguieron luchando grotescamente, enormes, torpes y obesos, rodando por el pasillo.

Al estruendo, acudieron Rocco y los parroquianos. La mujer rubia lanzó un chillido.

—¡Está armado! —exclamó alguien.

Lo que siguió a continuación, fue muy rápido. Pullock pudo al fin encajar un culatazo en la cabeza de su contrincante. Ante los ojos atónitos de los involuntarios espectadores, le pegó dos veces más en mitad del rostro. Luego se puso en pie, respirando con un ruido como de fuelle, con las ropas en desorden, sin sombrero. Había en sus ojos un brillo de locura peligrosa.

Lalle no se movía. Se le estaba manchando la cara de sangre.

Lenta y deliberadamente, Pullock enderezó la pistola, y apretó el gatillo. El tiro sonó como un trallazo. En la frente de Lalle apareció un orificio obscuro y siniestro.



Lenta y deliberadamente, Pullock enderezó la pistola.

—Déjenme paso —gruñó Pullock.

Nadie hizo ni dijo nada. Envuelto en un silencio glacial, Pullock se encaminó a la puerta, enfundó la pistola y salió al exterior.

Rocco fue el primero en reaccionar. Gimió y echó a correr aturulladamente en pos del asesino. Al abrir la puerta, le vio

todavía a pocos metros, andando hacia la esquina. Se puso a gritar:

—¡A él! ¡Socorro! ¡Un asesinato! ¡Policía! ¡A él!

La gente se arremolinó. Hubo un momento de pánico. Pero Pullock dobló la esquina antes de que nadie supiera a quién se refería el muchacho, y antes también, mucho antes, de que ningún policía apareciese.

2

Otro hubiera tenido suerte y escapado. Pullock, no. El Azar estaba contra él. No fue culpa suya que, al doblar la esquina, topase con un hombre joven y flaco, y el brusco encontronazo le desconcertara.

—Perdone… —murmuró el desconocido.

Y enmudeció. La expresión alucinada del rostro de Pullock le hizo enmudecer. Se quedó mirando como se alejaba, y fue el único que, al llegar a la esquina un momento después y ver la excitación que frente al bar reinaba, supo a quién señalaban los gritos de Rocco.

Entonces, retrocedió. El traje nuevo y arrugado de Pullock era apenas visible entre la gente, pero emprendió tras él una veloz carrera. Pullock saltó a un taxi. El joven miró en torno, descubrió otro libre y lo tomó.

—¡Siga… siga a ese coche! ¡El que ahora entra en la curva!

La persecución fue larga. Terminó, inopinadamente, casi al extremo de Park Avenue, frente a una casa de aspecto lujoso rodeada por un jardín y una verja, en un distrito próspero y respetable. Allí, Pullock despedía su taxi. El joven hizo seguir al suyo unos metros más, y se apeó.

—Espere aquí —dijo.

Vio a Pullock sacar una llave del bolsillo, abrir la puerta de la verja y transponerla. Entonces cruzó la calle, dirigiéndose a una floristería abierta en la otra acera. Solicitó el teléfono.

—Brigada de Homicidios —dijo, tras marcar rápida y maquinalmente un número. Y luego—: Con el teniente Brahin —y un momento después, todavía—: ¿Es usted, teniente? Según parece, se ha cometido un crimen en Times Square hace unos minutos, infórmese. He seguido al asesino.

—¿Dónde está? —preguntó, secamente, una voz.

El joven indicó la situación de la casa en Park Avenue.

—¿Quién es usted?

—Tolliver, redactor del «Evening». Usted me conoce. Quiero información exclusiva. Exclusiva, ¿se entera?

Pero el teniente Brahin ya había colgado.

Tolliver marcó un nuevo número.

—Elsie, dígale al jefe que me reserve media página. Asesinato. En exclusiva. Sí, soy Tolliver, ¿quién iba a ser?

Colgó y se frotó las manos, guiñándole un ojo a la dependiente por encima de un jarro de orquídeas. Pensó vagamente que aquel hombre de expresión alucinada había tenido mala suerte. Sólo a su mala suerte se debía que hubiera tropezado con Tommy Tolliver al doblar una esquina. Porque Tommy Tolliver era implacable.

3

Pullock entró en la casa jadeando, atravesó el vestíbulo y abrió una puerta a su derecha. En la habitación no había más muebles que una mesa, dos sillones y un bar portátil, todo muy nuevo. En uno de los sillones estaba sentado un hombre. Leía. Alzó la cabeza al oír a Pullock, y le miró con el entrecejo fruncido.

—¿Qué ocurre?

Pullock lanzó un vigoroso resoplido. Gruesas gotas de sudor se deslizaban por su frente y sus mejillas, y tenía empapados el cuello de la camisa y toda la espalda de su traje nuevo. Se dejó caer pesadamente en el otro sillón, dándose aire con la mano.

—Estamos listos —gruñó—. Lo siento, Luke, pero estamos listos. No pude impedirlo. Fue un impulso más fuerte que yo. Y me… me vieron todos. Tendremos que salir de la ciudad.

Luke se puso bruscamente en pie. Era un hombre muy alto, de cabello lacio color paja, siniestra cara de calavera y ojos febriles. Vestía pomposamente, y llevaba los dedos cargados de anillos. Apretaba entre sus flacas manos el libro que estaba leyendo cuando Pullock entró.

—¿Qué hiciste?

Pullock se lo explicó atropelladamente. La cara del hombre no se alteró. Fue a la ventana, y miró afuera. Sus ojos se incrustaron en el

«taxi» estacionado treinta metros calle arriba, visible por encima de la verja, y luego en la vaga silueta humana desdibujada tras los cristales de la floristería.

—Te han seguido.

—No —gimió Pullock—. Eso no, Luke. Es imposible.

Luke se aproximó a él y le contempló en silencio. El aspecto de Pullock era repulsivo. Tenía miedo. Parecía un cerdo, hundido en la butaca, con los ojos desorbitados, respirando trabajosamente, bañado en sudor.

Despacio, como si recitara, Luke pronunció una violenta maldición.

—Llevamos en Nueva York doce días —agregó, en el mismo tono—. Has pasado años enteros deseando volver, y ahora ¿qué? Eres un inepto, Pullock, un cochino inepto. Pero no estoy dispuesto a correr riesgos por ti, de modo que saldrás inmediatamente de esta casa y afrontarás tus propias responsabilidades, o acaso… Di, ¿por qué no cediste ante Cassinho? ¿Por qué no le prometiste lo que pedía? ¿Qué cuesta prometer? Pero te asustaste, ¿verdad? ¡No tenías allí a Luke para que te hiciera de nodriza! Perfectamente… perfectamente, Pullock. Lárgate. Es mi última palabra.

Pullock se estremeció como si la voz de Luke le azotase.

—Pero hay cosas… Nuestro dinero y… ¡Maldito seas, no puedes dejarme plantado ahora, en este preciso momento! Todo se arreglará… ¡Tú puedes arreglarlo, Luke! Hemos salido de apuros peores.

—No —dijo Luke.

Volvió a mirar por la ventana.

—Te han seguido —añadió—, aunque lo niegues. Hay un hombre observando esta casa desde la floristería. Pullock, creo que esto es el fin para los dos. Pero será tu fin antes que el mío.

—¿Mi qué?

Luke rió secamente. No perdía la serenidad. Era el hecho mismo de que estuviera tan sereno lo que desmoralizaba a Pullock, porque Pullock sabía que sólo el próximo aleteo de la muerte calmaba los nervios, tensos como cuerdas de violín, de su camarada.

Haciendo un esfuerzo, Pullock se alzó del sillón.

—Me iré —dijo. Todo se le antojaba irreal, desquiciado, como si hubiera empezado a vivir una pesadilla desde el momento en que

sintió sed en mitad de Times Square. No comprendía del todo la actitud de Luke, y sólo a medias intuía la dramática trascendencia del instante que estaba concluyendo—. Me iré, Luke. Voy a preparar mis cosas.

Luke le dejó llegar hasta la puerta. Entonces, dijo:

—Es demasiado tarde.

Pullock se encogió sobre sí mismo.

—¿Qué?

—¿No oyes?

Con la cara torcida por el terror, Pullock escuchó atentamente. De lo hondo de Park Avenue le llegó el agudo aullido de una sirena.

—¡Oh!…

Como por arte de magia, una pistola apareció en la diestra de Luke. Llevaba un cilindro silenciador adosado a la boca del cañón.

—Me gustaría confiar en tu valor y en tu voluntad de guardar silencio, puesto que no confío en los míos —dijo el hombre, dogmáticamente—, pero no puedo, Pullock. No me arriesgaré. Te conozco demasiado. Eres mi único amigo, y me resultará muy duro matarte… Créelo, Pullock. No te mato por mí. Hay alguien más, y tú lo sabes.

—¡No, eso no! —gritó Pullock. Y en un rapto súbito de energía, agregó—: Podríamos escapar, si no hablaras tanto… Pudimos escapar cuando llegué. ¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto loco?

—¿Escapar? ¿A dónde?

—A… a Europa otra vez.

Luke movió negativamente la cabeza.

—No, estoy cansado de Europa. Estoy cansado de todo. Acaso esto sea lo mejor, al fin y al cabo.

Pullock se apoyó en la puerta.

—Desde la… —empezó a decir.

Sin que nada en su apariencia permitiera prever la inminencia de su acción, inopinadamente, Luke disparó. La pistola hizo un ruido como el del tapón de una botella de champaña al saltar.

Pullock cayó hacia adelante, rígido. Se derrumbó como un poste. La bala le había alcanzado exactamente entre los dos ojos.

Luke no guardó la pistola, sino que la dejó sobre la mesa. Se aproximó a la ventana, miró al exterior por última vez, y aspiró profundamente el aire cálido y canicular. Luego, volvió a sentarse

en el sillón.

Y tomó el libro que aun sostenía su mano izquierda, y procedió a arrancarle una a una las páginas.

Tres coches de la policía se detuvieron ante la casa, cuando Luke sólo había deshecho la mitad del libro. Los agentes se desperdigaron. Tommy Tolliver salió de la floristería, cruzó a la carrera la callo, y se lanzó al encuentro del teniente Brahin.

—Sí, ahí es —dijo.

El teniente pulsó el timbre de la puerta.

Luke, dentro de la casa, lo oyó e interrumpió su tarea. Reunió las hojas arrancadas, formó con ellas un montoncillo hueco y depositó encima el resto del volumen, entreabierto, con el lomo hacia arriba. Sacó del bolsillo un encendedor de oro, y prendió fuego al conjunto por los cuatro costados. Mientras el timbre de la puerta seguía llamando, contempló serenamente cómo ardía el papel. Las llamas crecieron. Luke esperó a que prendieran en el grueso del libro. Después, extendió el brazo hacia la mesa, sin moverse de la butaca, tomó la pistola, dio una mirada al trozo de cielo congestionado y veraniego que se asomaba a la ventana, sonrió, y se disparó un tiro en la sien.

4

El teniente Brahin fue quien entró primero en la habitación. Pasó por encima del cadáver de Pullock, y avanzó a saltos hacia la pequeña hoguera, humeante. La pisoteó hasta dominar las llamas. Por entonces, se hallaba ya rodeado de policías, y Tolliver corría excitado de un lado a otro.

—¡Éste es el hombre! —exclamó—. ¡Eh, Brahin, échele una mirada!

Brahin había recogido los restos chamuscados del libro, y los contemplaba con expresión ceñuda. En una de las páginas, leyó:

> «En el ardiente hogar de tu cabellera respiro el olor del tabaco mezclado con opio y azúcar. En la noche de tu cabellera, veo resplandecer lo infinito del azul tropical. En las orillas vellosas de tu cabellera, me emborracho aun los

aromas combinados del algodón, del almizcle y del aceite de coco…».

—Tolliver —dijo, haciendo una mueca—, venga acá. Usted es, más o menos, un hombre de letras. Identifíqueme esto.

El periodista lo miró por encima de su hombro.

—Baudelaire —replicó—. Los «Poemas en prosa».

Brahin murmuró algo ininteligible.

—Jefe, yo conozco al hombre del sillón —dijo uno de los agentes, plantándose ante él—. Es Luke McCall, ¿recuerda? El asesino. Se ofrecían cinco mil dólares por su cabeza hace algunos años, pero no había vuelto a saberse de él desde entonces. Unos creían que estaba muerto, otros que salió del país… Ahí está. Ahora sí ha muerto.

—Luke McCall —murmuró el teniente—. Un asesino que leía a Baudelaire.

—Y que quemó a Baudelaire antes de morir —concluyó Tolliver —. ¡Dios mío, esto es sensacional! ¡Un suicidio literario!

Brahin no replicó. Dejó el libro sobre la mesa, hundió las manos en los bolsillos y observó, pensativo, la actividad que desarrollaban sus hombres en torno.

CAPÍTULO II

LA CONSIGNA ES SILENCIO

1

El teniente Brahin, encerrado en su despacho del Departamento, con la ventana abierta, en mangas de camisa, sin corbata, apoyados los pies sobre el escritorio y chupando un cigarrillo, dirigió a Tolliver una de sus inexpresivas miradas. Los dos hombres se hallaban solos, frente a frente.

—Bueno —dijo el periodista—, suelte ya lo que sea. Fui yo quien le dio el aviso, y no olvide que la eliminación de un personaje como Luke McCall le hará famoso. Demuestre su agradecimiento.

—Fue una estupidez —replicó Brahin, meditabundo—. Todavía no lo sabe usted todo —replicó el policía—. Es posible que las cosas se limiten a ser lo que parecen. No hubiesen acabado como acabaron, si lo fueran. El libro ese… me vuelve loco.

—¿Qué pasó?

Brahin relató la versión que los testigos le había dado de lo ocurrido en el pequeño bar inmediato a Times Square.

—¿Eso fue todo? —preguntó Tolliver, después—. Carece… de sentido.

—Carece aparentemente, en efecto. Sin embargo hemos averiguado algo más. El dueño del local se llamaba Lalle Cassinho, y tenía antecedentes penales. En su juventud fue encarcelado por el asalto a unos almacenes de San Luis, donde murió un guardia. Cassinho no estaba fichado entonces. Era un muchacho inexperto, y, al parecer, intervenía por primera vez en un golpe. Conducía el coche de los atracadores. Pese a su inexperiencia, no obstante, fue imposible sacarle los nombres de sus camaradas. Luego, cumplió su

condena como un preso modelo. Trabajó algún tiempo empleado en un bar, al salir, y finalmente se estableció por su cuenta. No tuvo suerte. Aunque se hallaba emplazado en buen sitio, su negocio languidecía. Perdía dinero Lo había hipotecado, y las deudas le abrumaban.

—¿Y bien?

Brahin hizo un gesto vago con la mano.

—No sé qué significará todo esto, pero también Johnny Pullock era un expresidiario. Parece que él y Cassinho se conocieron en Sing-Sing,
compartiendo una celda. Por otra parte, el rastro de Pullock se pierde desde que fue puesto en libertad.

—¿Y ha reaparecido hoy por arte de encantamiento?

—No, no por arte de encantamiento. Desembarcó hace doce días del «Oceanic». Figuraban en las listas de pasajeros de primera clase con el nombre de John P. Madison y a este mismo nombre tenía un pasaporte falsificado. Luke McCall, como Louis Spencer Donovan le acompañaba. Procedían de Londres, vía Liverpool Tenían mucho dinero, o por lo menos, lo gastaban con largueza a bordo, y al llegar aquí, McCall arrendó la casa de Park Avenue, y empezó a amueblarla. Vivían solos y sin más servidumbre que una mujer que iba a hacerles la limpieza, pero habían solicitado a una agencia un verdadero equipo de criados. McCall compró, hace cuatro días, un «Hudson» último modelo, y había abierto en el «Exchange Bank» una cuenta de cincuenta mil dólares. Eso es mucho dinero, Tolliver, para que disponga de él un asesino, aunque se trate de un asesino como Luke McCall.

—¿Tuvieron él y Pullock alguna relación, antes de que desaparecieran?

—Se ignora.

—¿Y Lalle Cassinho?

—No, imposible. Cassinho era un novato cuando le detuvieron, y McCall un pez gordo. He pedido información a Inglaterra. Puede que McCall haya pasado los últimos años allí. Y esto es todo, por ahora… salvo el libro.

—¿Qué hay con él?

Brahin se encogió de hombros.

—El libro no encaja en este asunto, y encaja menos cuanto más

se averigua. En primer lugar, porque, a juzgar por lo que sé de Luke McCall, no era la clase de hombre que dedica sus ocios a leer a Baudelaire ni a poeta ninguno. McCall era prácticamente un analfabeto, aunque inteligente. No un hombre cultivado… Un asesino profesional, un asesino y nada más, ¿entiende, Tolliver? Los asesinos profesionales no leen a Baudelaire. Y, por otra parte, en la casa de Park Avenue no había más libro que el que Luke trató de quemar. Esto descarta una afición habitual a la lectura.

—El libro me pareció muy importante en cuanto lo vi —asintió el periodista—. Había pedido al «Evening» media página para mi reportaje, pero cambié de opinión al encontrar el libro ardiendo y saber quién era el hombre muerto en la butaca, de modo que sacaremos esta noche una edición extra dedicada enteramente al caso. Hay en él un misterio apasionante, teniente Brahin, y bien la merece.

—Todavía no lo sabe usted, todo —replicó el policía—. Hay más. He dado el libro a los peritos, y acabo de recibir su informe. Suena algo fantástico. Ese libro fue editado en Londres, en 1877, a los diez años de la muerte de Baudelaire, y es una de las primeras traducciones inglesas de sus obras. Los «Poemas en prosa» llevan un título tomado del primitivo que Baudelaire les dio: «The spleen of Paris». La edición es muy apreciada por los bibliófilos, y se coliza en el mercado internacional del libro, aunque apenas quedan ejemplares en circulación. Ahora, dígame usted, Tolliver, ¿por qué Luke McCall, que se hizo famoso como asesino mercenario en tiempos de la Ley Seca, iba a leer y a quemar unos poemas de Baudelaire en edición de bibliófilo?

Tolliver miró al policía fijamente.

—Lo ignoro —repuso—. Pero también ignoro por qué regresó Luke McCall a América convertido en un hombre rico, por qué alquiló un palacio en Park Avenue, por qué le acompañaba Johnny Pullock, por qué Luke mató a Johnny y por qué se suicidó después. Y conste que prescindo de lo ocurrido en Times Square.

—¡Oh! Lo de Times Square tendría una explicación lógica: chantaje, venganza, viejas rencillas entre pistoleros… cualquier cosa. La tendría… si se prescindiera de lo que siguió.

El periodista se puso en pie.

—Con todo eso, sin embargo, hay bastante para una edición

extra. ¿Puede procurarme unas fotografías?

—Pídalas al sargento Clarke.

—Muy bien, Brahin. Gracias por todo.

Tolliver salió. Inmediatamente se dibujó una sonrisa en el duro rostro del policía. Se inclinó sobre la mesa, y desplazó la clavija del teléfono interno.

—¿Está ahí Clarke? —preguntó. Y añadió rápidamente—: Clarke, ese periodista va a salir. Dele media docena de fotografías inocentes. En cuanto esté fuera… envíeme a la mujer. Sí, me he deshecho de él sin dificultades. Es un buen muchacho.

La mujer entró antes de cinco minutos. Era alta, llevaba el cabello teñido de color rubio ceniza, y los labios pintados de un tono muy obscuro, y tenía los ojos verdes. Parecía levemente enojada, pero segura de sí misma y desafiante. La acompañaba un detective vestido de paisano.

Brahin no se movió de su asiento para recibirla, ni apartó siquiera los pies de encima del escritorio.

—Siéntese —dijo—. ¿Es usted Sally Moran?

La mujer se sentó y cruzó las piernas. Sabía cruzarlas.

—Así me llaman.

—Usted canta unas canciones, en el «Spotlight», un club nocturno, ¿no?

—¿Hay algo malo en ello?

—¿Qué sabe de Johnny Pullock… o John P. Madison?

Sally contuvo la respiración. Luego, sonrió.

—¡Oh, ése! —exclamó, en tono despectivo—. Un pobre imbécil. A veces…

—Pullock llevaba en su cartera una fotografía de usted, con una dedicatoria sentimental —la interrumpió el teniente.

—¿Llevaba? ¿En pretérito?

—Sí.

La mujer no pareció impresionarse. Sólo parpadeó.

—Ya entiendo… Liquidado, ¿eh?

—No se preocupe de eso. Diga, ¿qué sabe de Pullock?

Ella reflexionó apresuradamente. Se le dibujaron en el rostro los pensamientos.

—Vino al «Spotlight» por primera vez hace cosa de una semana —respondió, al fin—. Le caí en gracia, y nos hicimos amigos. Pero

era un imbécil… un ingenuo. Sí, con todos sus aires de hombre de mundo, era un ingenuo. Empezaba a enamorarse. Y a mí no me gustan los hombres enamorados, ¿sabe, teniente? Soy partidaria de la amistad espiritual.

—¿Pullock tenía dinero?

—Sí, bastante.

—¿Le hizo a usted algún regalo?

—Sí, y se compró un alfiler de corbata para complacerme. Debió creerlo un rasgo digno de Creso.

—¿Sabe de dónde procedía aquel dinero?

—¿Ha cometido algún delito?

—Responda.

—Pullock dijo que acababa de llegar de Europa, y que los negocios le habían ido bien allí. Que llegaba de Europa era cierto. Lo comprobé por varios detalles.

—¿De Inglaterra?

—Si quiere saber la verdad, pensé que se habría enriquecido en el mercado negro. Más que en Inglaterra, sospeché que había estado en Alemania. Dicen que allí…

—No importa lo que digan. ¿Usted no conocía a Pullock previamente? ¿No recordaba haberle visto jamás?

—No.

—¿Le acompañó alguien, alguna vez, al «Spotlight»?

—Un hombre alto, flaco y feo. Nunca hablé con él.

—¿Vio a Pullock solamente en el club?

—Salimos a cenar por ahí dos o tres noches. Era una amistad superficial, compréndalo… Un admirador. Tengo otros.

—¿Sabe algo más de él? ¿Algo concreto?

Antes de que la mujer respondiera, el teléfono, sobre el escritorio de Brahin, empezó a sonar. El detective lo tomó. Al instante apareció en su rostro una expresión distinta. Por el aparato estaba hablándole su superior, el jefe de la Brigada de Homicidios del Departamento Central.

«—Un caballero va a visitarle de un momento a otro, teniente —dijo—. Su nombre es Gray, Stephen Gray. Tiene algo importante que tratar con usted. Póngase, en todo a sus órdenes, y no haga preguntas enojosas. ¿Ha oído esto, teniente? No haga preguntas.

Brahin dirigió al teléfono una mirada de curiosidad.

—¿Algo más?

«—Nada. El señor Gray va camino de su despacho.

Brahin depositó el aparato en su horquilla.

—Fuera —dijo, simplemente, al detective y a la mujer.

Ella se volvió hacia él desde la puerta.

—¿No me preguntó usted si sabía de Pullock algo concreto?

—¿Lo sabe?

Sally Moran dudó.

—Bien… no es precisamente concreto, pero acaso le interese. Dos cosas. Las observé en él. Primera, que tenía miedo.

—¿De qué? —inquirió Brahin secamente, mirándola a los ojos.

—Yo diría ¿de quién? Pullock tenía miedo de alguien. Se le notaba en su modo de observar a la gente cuando estaba en público.

—¿Qué más?

—Pullock esperaba algo. Es decir, esperaba que ocurriese algo, y no hacía más que ganar tiempo mientras esperaba, Yo era uno de sus modos de ganar tiempo. Un modo estúpido. Nunca se le escapó una palabra respecto a ello, pero… lo adiviné. Usted sabe cómo las mujeres adivinamos estas cosas, ¿no, teniente? Además, a Pullock le gustaba mucho beber, le volvía loco el alcohol. No obstante, le vi hacer esfuerzos desesperados para no perder nunca su autodominio y no pasar de un cierto límite de embriaguez. Esto, teniente, sólo lo hace un hombre que no es responsable por sí mismo de sus actos ni de sus palabras. Pullock tenía ganas de divertirse y le sobraba dinero. Pues bien, nunca se emborrachó.

—Perfectamente. Gracias, Sally. Tendré en cuenta su buena voluntad.

Ella se detuvo en el umbral.

—No es cuestión de buena voluntad, teniente. Pullock era un imbécil, pero también un amigo. El hecho de que usted y la Brigada de Homicidios se interesen por él, significa que ha muerto… y que ha muerto como debiera. Hago lo posible por ayudarle, puesto que es así.

La puerta se cerró. Casi en el momento de cerrarse, sonó el zumbador, y una voz dijo, por el teléfono interno:

—Stephen Gray desea verle, teniente.

—Que pase.

Brahin incrustó su fría mirada en el hombre que entró en su

despacho. Tendría treinta años aproximadamente, era alto y musculoso, estaba curtido por el sol y vestía un traje de corte deportivo. Se le hubiera supuesto un hombre vulgar y nada más. Costaba encasillarle en una profesión determinada. No obstante, Brahin, buscó sus ojos. Y al ver el vivido centelleo de energía que los iluminaba, creyó adivinar vagamente la identidad de su visitante. Dijo:

—Entre y siéntese, señor Gray.

Stephen. Gray no se sentó. Avanzó, apoyó las manos sobre el escritorio, y se inclinó hacia el policía.

—Seré breve —anunció—. Me han informado de que ha encontrado usted un ejemplar de la edición Strong de Baudelaire, en circunstancias excepcionales. ¿Es cierto?

—Sabe que sí.

—Muy bien. He venido aquí con dos exigencias. Se fija usted en la palabra, ¿eh? Exigencias. Primera: que el libro en cuestión me sea entregado. Segunda: que suspenda usted sus investigaciones, olvide que Luke McCall y Johnny Pullock han muerto, y obligue a quienes lo sepan a olvidarlo también.

Brahin miró al intruso con la boca abierta.

—Eso suena a cuento de hadas, ¿no? —murmuró.

Gray, con un movimiento ágil, tomó asiento en una butaca.

—Es de justicia que le dé una explicación, teniente. Comprendo que, renunciando a llevar adelante el asunto, y teniendo en cuenta que McCall figura en él y que McCall es una buena presa para cualquier policía, renuncia usted a mucho más de lo que parece. No quiero disgustarle. Pero le contaré un extraño suceso que acaso le abra los ojos a la realidad. Ocurrió solamente anteayer, en Los Cerros, Nuevo México. Probablemente no ignora usted que allí está instalado un gran Centro de Experimentación Militar que depende directamente de la Secretaría de Defensa. Pues bien, en dicho Centro está investigándose, entre otros, un descubrimiento revolucionario: un nuevo dispositivo de carga hueca para proyectiles anticarro que hará inútil el blindaje de todos los carros de combate que actualmente se construyen en el mundo.

Brahin, en silencio, enarcó las cejas.

—Los trabajos se hallan ya tan avanzados, que puede darse la realización por segura —prosiguió lentamente Gray—. Sólo que…

sólo que las fórmulas básicas del proceso, sobre las que están desenvolviéndose todos los ensayos, desaparecieron hace una semana.

Brahin continuó en silencio.

—Me doy cuenta —declaró al fin, sombrío— de que todo eso es muy importante, pero ¿cómo se relaciona con mi investigación?

—Su relación es «The spleen of Paris», de Baudelaire, editado por Strong en 1877. No entraré en detalles, teniente. Sólo añadiré que las pesquisas iniciadas en torno a un robo tan sensacional, sobre el que, aparte y por razones obvias, se guardó estricto secreto, condujeron a un joven químico de antecedentes inmejorables, que figuraba en la plantilla del Centro desde que éste se fundó. Anteayer, cuando se le iba a interrogar, el sospechoso puso fin a su vida engullendo una pastilla de ácido prúsico. Y en su bolsillo se halló un ejemplar de «The spleen of Paris», idéntico al que usted ha encontrado frente al cadáver de Luke McCall.

—Comprendo —dijo Brahin, con voz tensa—. ¿Qué desea usted?

—Se lo he expuesto ya. Quiero, no obstante, de que se convenza de que el caso escapa a sus posibilidades. Ha sido investigado el probable origen de esos libros, y, según informes especiales, sólo hay un hombre en el mundo que posea de ellos más de un ejemplar: es un librero inglés apellidado Solomons, cuya casa se halla establecida en Londres desde hace casi doscientos años.

—McCall y Pullock procedían de Londres, precisamente.

—¿Ha averiguado usted algo respecto a ellos?

Brahin dijo cuánto sabía. Luego, preguntó:

—En el ejemplar de *The spleen of Paris* que tenía el químico, ¿se halló alguna pista, algo que explique por qué quemó el suyo Luke McCall?

—No se halló nada. Ha sido revisado cuidadosamente por especialistas en criptografía, ha sido sometido a toda clase de pruebas y análisis, sin resultado. Es, aparentemente, un libro como otro cualquiera.

El policía inclinó la cabeza.

—De acuerdo. Daré orden de que se le entregue el ejemplar que yo poseo, y renunciaré a la investigación. Pero por lo que respecta a que el asunto sea silenciado… es prácticamente imposible, señor Gray.

—¿Por qué? Según tengo entendido la Prensa no ha sido informada aún.

—Se equivoca. Uno de los muchachos del «Evening» entró en el caso desde el principio, y el «Evening» está ahora preparando una edición especial que aparecerá esta noche.

Los finos labios de Stephen Gray se contrajeron en una mueca.

—¿Quién es el muchacho?

—Tommy Tolliver.

—Háblele inmediatamente. Es urgentísimo que…

—Inútil, señor Gray. Conozco a Tolliver… y a todos los periodistas. No se puede volver atrás con ellos. No en un caso así.

Al rostro de Gray asomó una ceñuda determinación.

—Perfectamente. Yo cuidaré de Tolliver. Ocúpese usted de sus subordinados y de cualquier infiltración que haya podido producirse. Quiero que se empape bien de esto, teniente. Para el resto del mundo, ni Luke McCall ni Johnny Pullock han muerto, ni «The spleen of Paris» ha sido hallado a medio quemar en una casa de Park Avenue. ¿Está claro?

—Clarísimo. No hay más que hablar.

Gray sonrió.

—Es usted comprensivo, teniente.

—Trato de serlo.

Stephen Gray se alzó del sillón, agitó la mano en un breve gesto de despedida, y salió del despacho. Brahin permaneció con la mirada fija en la clavija del teléfono interno unos minutos. Luego, le dio un golpe seco.

—Clarke —dijo—. Voy a encomendarle una misión delicada. Necesito que se entreviste con esa mujer… con Sally Moran. Debe convencerla para que se olvide de la existencia y, en especial, de la muerte de Johnny Pullock. Dudo que lo consiga, pero inténtelo. Procure no despertar sus recelos. Si es imprescindible, avíseme e intervendré personalmente. ¿Sabe dónde encontrarla en este momento?

«—Sí —contestó Clarke—. En su domicilio. ¿Qué ocurre, teniente?

—Ocurre que salimos del caso por la puerta falsa. Injerencia superior. Cuide también de distribuir esta consigna: silencio. No ha muerto Johnny Pullock, no ha muerto Luke McCall ni se ha

encontrado un libro ardiendo a sus pies. La consigna es rigurosa, Clarke. Nos jugamos, de no cumplirla, el empleo y el porvenir. Otra cosa, disponga que se le entreguen a un hombre que se presentará como Stephen Gray, los restos del libro hallado en Park Avenue.

«—Muy bien —gruñó Clarke.

Y Brahin cortó la comunicación.

2

Tolliver tecleaba furiosamente en su máquina de escribir, cuando le fue anunciada la visita de Stephen Gray.

—Estoy ocupado —respondió ásperamente.

Pero ya tenía a Grey frente a él.

—¿Cómo ha entrado hasta aquí? —exclamó, dirigiéndole una mirada llameante de cólera.

Gray, con un gesto de cabeza, indicó al ordenanza que le había precedido que se retirase.

—He entrado sobre mis propios pies, señor Tolliver —dijo, en tono cortante—. Usted no está ocupado para mí.

—¿Qué mil diablos…? —rugió el periodista.

Por toda respuesta, Gray tomó las cuartillas mecanografiadas que Tolliver tenía apiladas sobre la mesa, y, con un rápido movimiento de los dedos, las rasgó. Rompió a hablar antes de que la violenta reacción del periodista se produjese:

—He venido a imponerle silencio, señor Tolliver —manifestó—. La edición extra del «Evening» no se publicará, y usted olvidará cuanto se relaciona con Pullock, McCall y «The spleen of Paris».

Tolliver le miró como se mira a un loco.

—Repita esto —gruñó.

Gray apoyó una mano en su hombro.

—Mejor será que no lo tome a malas. Acabo de hablar con el teniente Brahin, y he comprendido que el único medio de conseguir que se doblegue usted a mis exigencias, es la franqueza. Voy a ser, pues, más franco de lo que me está permitido. Apelo a su sentido común, señor Tolliver, y, por encima de todo, a su patriotismo. La seguridad de la nación depende, en parte, de que usted guarde o no guarde silencio sobre este asunto. Unos intereses mucho más elevados que los suyos particulares y profesionales, están en juego.

Silencio es, por tanto, la consigna, Tolliver.

Tolliver apretó los puños.

—Siga —dijo, en tono mordaz—. Vamos, siga. Me gustan los discursos.

—Soy un agente del
F. S. D.
[1] —anunció Gray de sopetón, suspirando.

El periodista se le quedó mirando con la boca abierta. Luego se hundió en el asiento, y apoyó la frente en sus manos.

—Sí —masculló—. Eso tenía que ocurrirme a mí cuando tropiezo con el mejor asunto de mi carrera. ¡Un agente del
F. S. D.!
¡Los intereses de la patria! ¡La seguridad de la nación! Bien… lamento haberle obligado a hacerme esa revelación, señor Gray. Sé lo que significa. Estoy a sus órdenes. ¿Qué quiere de mí?

—Silencio y nada más, Tolliver.

—Lo tendrá.

3

El teléfono, sobre el escritorio del teniente Brahin, emitió un campanilleo súbito.

—Brahin al habla —dijo el teniente, tomando el aparato.

—Lo siento —le repuso una voz en la que reconoció al sargento Clarke—. Demasiado tarde, jefe. Acabo de llegar al departamento de Sally Moran. Ella no puede llevar aquí más que unos minutos. Está muerta. La han apuñalado por la espalda. No hay en toda la casa rastro alguno del asesino. Espero órdenes.

Brahin tartamudeó una maldición.

—No se mueva de ahí. Me reuniré con usted inmediatamente.

CAPÍTULO III

NOCHE DE VERANO EN LONDRES

1

Al caer la tarde, en el «Women Club» de Pall Mall y rodeado por la más elegante concurrencia femenina, *Monsieur* Henri Poiseuille, recién llegado de París, dio una charla acerca de la moda que para el otoño siguiente preparaban Dior, Fath, Schiaparelli y demás astros de la alta costura. Durante dos horas, M. Poiseuille tuvo a su auditorio pendiente, no sólo de sus palabras y de las proyecciones con que ilustró su disertación, sino de su propia persona. Era un hombre excepcional. Hablaba con una cálida voz de barítono que era para los tímpanos un regalo, se expresaba con soltura, y su acento francés era apenas perceptible y servía aun para dar mayor encanto a sus frases. Alto, atlético, de movimientos desenvueltos y ágiles, correctísimamente vestido, educado, apuesto, gentil y, en expresión muy parisiense, *charmant*, M. Poiseuille consiguió que ninguna dama se resistiera a la magia de su sonrisa —confidencial y picaresca a la vez—, al brillo inteligente y optimista de sus ojos y al modo indescriptible como le caía sobre la frente, al mover la cabeza, un rizo de sedoso cabello castaño. Supo compaginar el atractivo de su desbordante virilidad con una especie de condescendencia que hizo que cada mujer, al mirarle, se dijera que era aquél, precisamente aquél el hombre que mejor podía comprenderla.

Así, al término de su conferencia, se vio envuelto en un torbellino de admiradoras y solicitantes de autógrafos que bloquearon estrechamente la tarima que ocupaba. Poiseuille, sereno, impertérrito, como hombre acostumbrado a la popularidad

y sus inconvenientes, estrechó manos, devolvió sonrisas, dio consejos, aclaró dudas y estampó su firma innumerables veces sin mirar siquiera a quién y por qué se lo pedía. Pero uno de los álbumes que se abrió un instante sobre su mesa, sí lo miró. La página que se le ofrecía estaba encabezada por una frase sorprendente:

«En un "Bentley" rojo. - Margaret».

Poiseuille garrapateó su autógrafo y el álbum desapareció. La expresión del rostro del francés no había cambiado. Tampoco cambió cuando, minutos más tarde, logró eludir el asedio de sus admiradoras, se retiró, recibió en la secretaría del club la solemne felicitación de la junta, tomó su sombrero y una valija, y salió a la calle por una puerta trasera.

Poiseuille anduvo quinientos metros antes de encontrar, estacionado en una esquina, un coche «Bentley», modelo deportivo, pintado de rojo. Sentada al volante estaba una muchacha. Poiseuille abrió la portezuela, y entró. La muchacha reía sordamente.

—Es usted un diablo, Jackson —dijo ella—. Jamás he visto a nadie representar mejor su papel:

En Poiseuille se había operado un cambio pasmoso. Era ya otro hombre. Había perdido por completo su *charme* continental, su sonrisa, su gracia magnética y su esnobismo. Todo ello en cuanto se halló dentro del coche. Luego se pasó una mano por el cabello, y el rebelde rizo, castaño dejó de caerle sobre la frente.

—¡Imbéciles! —Gruñó, pensando en las mujeres que había dejado—. ¡Hatajo de cotorras histéricas! ¿Cómo voy a saber yo si la «sugestión plástica» del «Poeme de minuit» de Schiaparelli se amolda a la personalidad de una solterona depauperada? ¡Bah, al infierno!

De su voz se había esfumado cualquier vestigio de acento francés. Rompió a reír. La joven le miró de soslayo, puso el coche en marcha y lo dejó rodar hacia el Strand. Transcurrido un instante, dijo:

—Llegué casi a dudar que fuera usted el verdadero Stanley Jackson, un hombre tan peligroso. Pero lo es, puesto que está aquí.

Stanley Jackson se arrellanó en el asiento.

—Lo soy —replicó—. Sé me ha enviado expresamente de París para verla a usted. ¿Qué le pasa? ¿Está en un apuro?

—Sí… y no. No soy yo quien ha pedido ayuda. Parece, empero, que va a haber en Londres un movimiento inusitado. ¿Tiene usted instrucciones?

Jackson asintió.

—Sí, y se relacionan con un hombre llamado Mose Solomons, un librero. ¿Sabe de él alguna cosa, Margaret?

Ella volvió la cabeza para mirarle, sorprendida.

—¿Solomons? Absolutamente nada. Pensaba que… Bien, mis instrucciones se limitan a ponerle en contacto con Janos Verczeg. Se me ocurrió que venía usted a participar en la operación de esta noche y que…

—¿Quién es Janos Verczeg? ¿Un húngaro?

—¿No lo sabe? Es un hombre pintoresco, un apátrida, un típico producto de la escoria de Europa, pero también es el hombre más astuto que he conocido; el más despiadado y el que maneja el cuchillo con mayor destreza. La pulcritud y el silencio son las dos principales características de su trabajo… aunque no de su persona. Espere a verle.

—¿Colabora usted con él?

—Él colabora conmigo.

—¿Merece confianza?

—Absoluta.

—¿Es un agente del
F. S. D.?

—Lo ignoro, pero imagino… que es un espía profesional. Bogarthy, que estuvo en Londres antes que yo, le utilizaba. De él le he heredado.

—Pero Bogarthy murió. Le acuchillaron.

—Si con eso quiere insinuar que fue Verczeg quien le mató, se equivoca. Yo misma incrusté una bala en el corazón al hombre que lo hizo.

Jackson miró a la muchacha, entrecerrando los ojos. Era bonita y frágil. Su delicado perfil conservaba toda la ingenuidad de la adolescencia. Vestía con un gusto impecable, se hallaba envuelta en un perfume fresco y sutil, y tenía, o parecía tener, en su personalidad, el suave encanto de lo natural, lo joven, lo alegre y lo

despreocupado. Se la hubiera podido tomar por la rica heredera de un noble inglés, porque había algo genuinamente británico en sus maneras y en su porte. No obstante, todo aquello era falso, y Jackson lo sabía. Experimentó de pronto, al considerarlo, un irracional sentimiento de repulsión.

—¿Cuánto tiempo lleva usted en este trabajo? —preguntó.

—Mi aprendizaje en el
F. S. D.
terminó hace nueve meses. Desde entonces.

—Ha sabido aprovechar el tiempo.

La muchacha se encogió de hombros.

—¿Es eso un halago?

—¿No lo parece?

Ella no replicó. Al cabo de un rato, hizo otra pregunta:

—¿Con qué nombre quiere que le presente a Verczeg?

—Con el de Stanley Jackson. E infórmeme previamente acerca de esa operación a que antes se refirió.

—¿Sabe quién es «Araña» Hellgruth?

—No.

La muchacha volvió a mirarle, ligeramente desconcertada.

—Pues… no entiendo por qué está usted aquí, no entiendo a qué ha venido. Se me ordenó que estableciera contacto con usted, que se presentaría como Henri Poiseuille en el «Women Club», y que hiciera de intermediaria entre usted y Verczeg, pero no sé ni una palabra de su misión, y usted no sólo no la sabe tampoco de la mía, sino que ignora incluso quién es Janos Verczeg. Esto no tiene sentido.

—Tarde o temprano lo tendrá —sonrió Jackson, fríamente—. Siga con lo de «Araña».

—«Araña» Hellgruth era la mano derecha de Tony Moretto, el rey del juego, ¿no lo recuerda? Hubo un terrible escándalo cuando se puso al descubierto todo el asunto…

—Sí —dijo Jackson, tras una pausa—. Lo recuerdo ahora. Moretto tenía en Nueva York una red de casas de juego clandestinas, y conseguía, mediante el soborno, la impunidad.

—Exacto. Hellgruth era su hombre de confianza. Disputaron por una cuestión de faldas, y Hellgruth mató a Moretto. Sus lugartenientes le acorralaron, pero consiguió abrirse paso a tiros,

haciendo entre ellos una carnicería terrible. Aquello dio publicidad a la organización… y, como consecuencia, las plantillas de la policía fueron depuradas de arriba abajo. El alcalde se mostró inflexible.

—Bien, ¿qué pasa con «Araña»?

—Desapareció, ¿lo recuerda también? Se le creyó muerto, pero no es así. Está aquí ahora. Con el tiempo, ha reaparecido. Verczeg anda sobre su pista, y me ha prometido algo importante para esta noche.

—¿Por qué? ¿Qué puede importarnos de Hellgruth a nosotros?

Margaret hizo un gesto de impaciencia.

—Mire, Jackson, yo recibí hace cinco días la orden de localizar a cualquier pistolero americano que se encuentre en Londres en la actualidad. Verczeg conoce a algunos de ellos. A Hellgruth en particular, porque… porque, en cierta ocasión, se procuró nieve gracias a él.

—¿Cocaína?

La muchacha inclinó la cabeza.

—Nada de cuánto hace Verczeg debe sorprenderle. Él es… como es. Despreciable, pero útil. Me proporcionó una fotografía de Hellgruth, la radié a Washington y conseguí el visto bueno a mis planes. Hellgruth se hace llamar ahora Walter Ross, pero es, según Washington, «Araña» en persona. Le tenemos en observación.

—¿Trafica en drogas?

—No. Actualmente, no. Pero es adicto a ellas.

La muchacha detuvo el coche. Habían cubierto un largo trayecto hacia el este y se hallaban en Commercial Road, a la puerta de los sórdidos distritos de Poplar y Limehouse.

—Seguiremos a pie —anunció—. No está lejos.

—¿Qué es lo que no está lejos?

—Verczeg. Le encontraremos en «Las Dos Linternas», una taberna de mala nota. Si es usted amante del exotismo, va a pasar un rato agradable. Hay allí gente que procede de todos los puertos del mundo.

Cuando ella abría la puerta para apearse, Jackson la asió del brazo.

—Espere. ¿Por qué ha acordado un punto de cita precisamente en Poplar? ¿Acaso pretendía deliberadamente llamar la atención?

—En «Las Dos Linternas» no llama la atención nadie. No la llamaría ni el rey. Verczeg pasa buena parte de su tiempo allí. Vamos, venga y le verá.

Recorrieron a pie una distancia considerable hasta King Street. Hicieron alto frente a la puerta de cristales esmerilados señalada por el fulgor de dos linternas rojas gemelas. Margarot empujó aquella puerta, y pareció como si un soplo fétido hubiera sido lanzado contra ellos. La atmósfera del local era prácticamente irrespirable. Hedía a alcoholes malos, a suciedad, a tabaco agrio, a humanidad hacinada. Las voces se elevaban en un murmullo indistinto, mezcladas a las risas y al lúgubre gañido de un violín. La taberna era amplia, pero estaba atestada de un público heterogéneo y multicolor. Jackson miró en torno. Se dio cuenta con alivio, de que nadie les hacía objeto del menor interés, y también de que no eran ellos las únicas personas vestidas con lujo que se hallaban allí. Por otra parte, merced a la educación mimética recibida por ambos en el
F. S. D.,
desde el instante mismo en que pisaron King Street, todo lo que en su aspecto había de distinción, de elegancia e incluso de normalidad, se había desvanecido. Seguían siendo los mismos y, a la vez, eran diferentes. Pero nadie hubiera podido concretar en qué residía la diferencia.

—Allí está Verczeg —indicó Margaret, a media voz.

Jackson distinguió una mesa a la que se hallaban sentados dos hombres. Anduvo en pos de la muchacha cuando ella se les aproximó. Los dos hombres, al parecer, estaban borrachos. Uno era alto, rubio y corpulento, y algo en su desastrado modo de vestir, poseía cierta reminiscencia marítima. Poco, empero, podía juzgarse de él, porque teñía los brazos apoyados sobre la mesa y la cabeza entre ellos. Un hipo violento sacudía su espalda a intervalos.

El segundo de los hombres puso instintivamente en guardia a Jackson. También parecía borracho, pero se mantenía erguido y mirando al frente. Sus ojos eran impresionantes. Claros, húmedos; de pupilas diminutas, siniestros. Llevaba el cabello, afecto de una ligera calvicie, engominado, brillante y pegado al cráneo. Tenía la cara redonda, grabada por hondas arrugas, y una sonrisa encajada en las comisuras de los labios. Vestía de negro. Aun en la

semiobscuridad del local, se le hicieron perceptibles a Jackson el lustre de su traje y la suciedad de su camisa, que debió ser blanca en tiempos pretéritos. Era un hombre pequeño, de brazos cortos y manos pálidas, sensitivas, débiles, «Las manos —pensó Jackson— de alguien muy diestro en manejar cuchillos». Fumaba en una larga y pretenciosa boquilla. Estaba lleno de contrastes. Era, por sí mismo, un contraste, entre su apariencia general —de burgués europeo un poco fatuo— y el detalle de su miserable persona. Pero infundía respeto automáticamente —la clase de respeto que infunden los, reptiles— cuando se le miraba a los ojos.

—Janos Verczeg —le presentó Margaret con desenvoltura, dándole un golpecito en el hombro.

Jackson, aunque a disgusto, le tendió la mano. Al tomar la de él, le pareció que estrechaba un retal de tela mojada.

—Muy honrado —declaró Verczeg, con voz suave—. Muy honrado, señor. ¿Quiere sentarse y compartir mi humilde mesa?

Jackson miró significativamente al marinero borracho, y, al momento, Verczeg adelantó hacia éste su boquilla, y le aplicó la brasa del cigarrillo al antebrazo. El hombre se limitó a gruñir, pero alzó la cabeza y mostró una faz dramática, devastada por el vicio.

—Largo —dijo solamente Verczeg, en su blando tono de voz.

El marinero se levantó trabajosamente, y, tambaleándose, en un estado casi total de inconsciencia, se alejó hacia el fondo del local.

—Franz —agregó Verczeg, señalándole con un movimiento de la boquilla— está cargado de defectos, pero tiene también dos cualidades inestimables: es paciente y silencioso. Bien. ¿Van a sentarse, amigos?

Los dos jóvenes ocuparon sendas sillas.

—Janos, éste es el señor Jackson —dijo Margaret—. Stanley Jackson. Acaba de llegar a Londres.

Tras el rápido escrutinio inicial que le dedicó, Verczeg no parecía ya dispuesto a prestarle atención.

—¿Para intervenir en lo de esta noche? —preguntó.

—No —dijo Jackson.

Verczeg no mostró sorpresa.

—¿No? —repitió—. ¿Para qué, pues?

—La señorita Hobson parece saberlo mejor que yo.

—Pero… —empezó Margaret.

Verczeg la atajó con un nervioso ademán.

—Poco importa. Cada uno de nosotros está aquí defendiendo sus intereses, sean propios o no, ¿verdad? Pues lo demás, poco importa. Como si quieren que lo de esta noche…

—¿Qué va a pasar esta noche?

Verczeg miró primero a la muchacha, y luego a Jackson.

—¿Le ha hablado ella de Ross… o Hellgruth, como prefiera llamarle?

—Sí.

—He estado siguiéndole, no le he quitado ojo en varios días. Hellgruth hace vida de perfecto holgazán, pero tiene dinero y ocupa un departamento amueblado sobré el paseo de Lambeth. Su única actividad es una visita que realiza invariablemente a las seis de la tarde. No emplea en ella más de diez minutos. Luego, vuelve a holgazanear.

—Continúe.

Verczeg sonrió mansamente.

—Sí, señor Jackson. Hellgruth viene cada tarde a High Street, en Poplar. Cerca de aquí, detrás de la estación, en un edificio destartalado, están las oficinas de T.
A. Hoffman.
Representaciones, según el rótulo. Hellgruth pasa allí sus diez minutos.

—¿Qué hace?

—Lo ignoro.

—¿Qué clase de hombre es T. A. Hoffman?

—No es un hombre, sino una mujer.

—¡Una mujer!

—Sí, una mujer de unos cuarenta años, obesa, de cabello negro y cara semítica, que viste siempre de gris. Comercialmente, no existe. No representa nada, no trata con nadie. Vive en el mismo edificio, y no sale hasta después de anochecido.

—¿Vive sola?

—Sí.

—¿A dónde va, cuando sale?

—Viene aquí.

—¿Cómo?

—Viene aquí, a «Las Dos Linternas». Es una cliente habitual.

Conversa con mucha gente, y se bebe media botella de ajenjo cada noche. Regresa a casa de madrugada.

—¿Está aquí ahora?

—Naturalmente.

Jackson entrecerró los ojos.

—¿Y viene usted a «Las Dos Linternas» por ella?

—Sí.

—Usted no me dijo eso, Margaret.

—No me lo preguntó.

—No alcen la mirada —recomendó Verczeg, tranquilamente—. T. A. Hoffman está delante de ustedes, en el mostrador. Habla con un individuo que lleva sombrero hongo. Él es «Smart» Willard, un corredor de apuestas.

Jackson miró con disimulo. Una mujer enorme, vestida de gris, se hallaba a diez metros de su mesa, sosteniendo un vaso vacío en la mano. Pese a su tamaño y a su edad, no era mal parecida. Hablaba con «Smart» Willard, probablemente, pero tenía los ojos fijos… en Jackson.

—Yo he visto a esa mujer en alguna parte —gruñó éste.

—¡Bah! Todas las hebreas maduras y obesas son iguales —opinó Verczeg—. Oiga una cosa, señor Jackson. Este asunto ya no dará más de sí si no se le empuja un poco. La Hoffman no se moverá de aquí hasta la madrugada. Bien, pues yo había proyectado registrar, en tanto, su casa y su oficina. Se lo dije a la señorita Hobson. Pensé que podía ser importante…

Jackson trató en vano de escrutar el rostro arrugado de Verczeg.

—¿Qué interés le mueve a usted en esto? —preguntó de sopetón.

Verczeg hizo una mueca.

—Un interés estrictamente personal —repuso, en voz apenas audible—. Personal, señor Jackson, ¿entiende? A usted debe tenerle sin cuidado… mientras ello le procure beneficios.

Jackson desvió la mirada.

—Hay algo que necesito preguntarle, Verczeg. Estoy sobre la pista de dos americanos. Sus nombres son John Pullock y Luke McCall, pero es posible que aquí se hicieran llamar, respectivamente, John P. Madison y Louis Spencer Donovan.

También es posible que se relacionaran con «Araña» Hellgruth. Pullock era de mediana estatura, grueso, con cara estúpida, y vestía pomposamente. McCall, alto, muy flaco, ojos brillantes, cara de calavera, cabello pajizo, vestía con más pompa aún que Pullock, y gustaba de llevar los dedos cargados de joyas. Abandonaron Inglaterra en el «Oceanic» hace menos de un mes. Puede que usted les conociera.

Los claros ojos de Verczeg se hicieron enigmáticos.

—No —musitó—, pero trataré de recordar… Haré las averiguaciones oportunas. Un mes… y uno encuentra por ahí a tanta gente… Americanos… pistoleros americanos, ¿eh? Como «Araña», ¿verdad? Oiga. ¿Está usted seguro de que no ha venido a Londres para dirigir el registro de la oficina de esa judía?

Jackson se encogió de hombros.

—¿Sabe si «Araña» tiene alguna relación con un hombre llamado Mose Solomons? —preguntó, a su vez.

—¿Otro judío?

—Supongo. Es un librero de Baker Street.

La voz de Verczeg cobró de pronto mayor vivacidad.

—Eso sí que es coincidencia —dijo.

—¿A qué se refiere?

—A que «Araña» Hellgruth ha entrado esta tarde en una librería de Baker Street. Es la primera vez desde que le sigo que no ha regresado directamente a Lambeth. Ha pasado en esa librería unos minutos.

—¿Ha comprado algún libro? —exclamó Jackson.

—No lo sé. Volvió a salir con las manos vacías.

Jackson tragó saliva.

—Muy bien. Visitaremos a Solomons. Nos interesa.

—Mañana —objetó Verczeg, sacudiendo la cabeza—. Le visitará usted mañana, si quiere. Hoy ha cerrado ya… hace unas horas. Ahora, a quién visitaremos será a la señora Hoffman. Y estará ausente. Podemos irnos.

—¿Ahora mismo?

—¿A qué esperar?

Jackson consultó su reloj.

—Imposible. Tengo una cita.

—Iremos sin usted —replicó Verczeg.

—Irán conmigo. Me esperarán aquí. ¿O viene al centro, señorita Hobson?

Margaret, que no había dejado de contemplar en silencio a Jackson durante la conversación, trasladó su mirada a Verczeg. Demoró un instante su respuesta, como si dudara.

—No —dijo—, le esperaré con Janos. Sospecho que Janos está ansioso de invitarme a cenar en «Las Dos Linternas», esta noche.

La sonrisa de Verczeg se amplió.

Jackson se puso en pie.

—Como usted quiera. Hasta pronto.

Ya en la puerta, sus ojos tropezaron con las negras pupilas de la señora Hoffman, fijas todavía en él. Y un leve estremecimiento le recorrió la espalda cuando transpuso el umbral.

2

En Commercial Road, Jackson tomó, un taxi y sé hizo conducir al hotel. No bien entró en éste, automáticamente, su personalidad sufrió un brusco cambio, y quedó otra vez convertido en el *charmant* Henri Poiseuille. Atravesó así el vestíbulo, y se encaminó directamente al bar. Allí no había más que dos personas: una muchacha pelirroja y de rostro infantil, situada a un extremo del mostrador, y, en el centro de éste, un hombre alto, muy apuesto, moreno, con las sienes plateadas, correctamente vestido de etiqueta, que jugueteaba con un cubilete y unos dados. Jackson avanzó, y se colocó junto a él.

—Un «Martini» seco —pidió al camarero, con su rápido acento francés.

—Mejor será un «Piccadilly Special» —le corrigió el hombre alto, sin volverse—. Jimmy tiene para el «Piccadilly» manos de brujo.

Jackson sonrió.

—Dos —dijo—. Un consejo de M. Paul Gordon en materia de cócteles, bien vale una invitación.

El llamado Gordon se volvió entonces, enarcando las cojas.

—¿Viene de París, Poiseuille? —preguntó.

—Acabo de llegar. Negocios.

El camarero sirvió dos copas llenas de un líquido color caoba.

Ambos hombres las vaciaron a un tiempo.

Minutos después, pasaban al comedor, para ocupar una mesa apartada.

Mientras consultaban la carta, la muchacha pelirroja que estuvo en el bar, les siguió, y fue a sentarse al extremo opuesto del salón, junto a una dama de cabello teñido, alta, enjuta y sonriente, cuya huesuda garganta, estaba adornada por un collar de grandes perlas. Desde allí les dirigió una larga mirada soñadora.

Cuando se hallaron solos y el camarero les hubo atendido, Paul Gordon, sin cambiar de expresión, dijo familiarmente:

—Muy bien, Stanley. ¿Qué hay de nuevo?

Jackson frunció el entrecejo.

—Paul… estoy preocupado. Lo que he encontrado aquí no me gusta. Esa muchacha, la Hobson, y Verczeg… no son limpios.

—Margaret Hobson tiene fama de ser una de nuestras mejores agentes.

—Pero no me gusta como está llevando el asunto. ¿Por qué figura Verczeg tan metido en él? Y si a eso vamos, ¿quién mil diablos es Verczeg, y qué garantías ofrece?

—Yo no he tenido queja ninguna de ellos. Además, ambos parecen contar con la confianza de Washington.

—¿Estás seguro de eso? En ninguna orden se ha concretado que fuera así. Lo siento, Paul, pero me he visto instintivamente obligado a tratar a la Hobson y a Verczeg como a dos sospechosos… pese a Washington.

—¿Sospechosos de qué, Stanley?

—¡Yo qué sé! Mira… Verczeg, aparentemente, ha estado haciendo un buen trabajo. Ha averiguado algunas cosas interesantes de Hellgruth. Una de ellas, que esta tarde estuvo en la librería de Solomons. Dice que no conoce ni conoció a Pullock y McCall, pero… Es difícil describirle, Paul, pero todo en él suena a falso. Pertenece a esta categoría de individuos en quienes yo no confiaría jamás. Está podrido, no tiene moral ni ideales… Bien, es algo así como un espía de novela, un espía a la antigua. No la clase de hombre de quién se supone que el
F. S. D.,
se sirve. Y resulta significativo que en las instrucciones que recibió Margaret Hobson se le ordene ponernos en contacto y nada más.

Oficialmente, ignoran lo que estamos haciendo. Y, por otra parte, esa hebrea…

—¿Qué hebrea?

Jackson repitió a Gordon lo que Verczeg le había contado de T. A. Hoffman.

Hizo una mueca de disgusto al concluir.

—En apariencia —agregó—, el golpe que Verczeg ha planeado, es bueno, pero no puedo substraerme a la impresión de que en el fondo de él hay una trampa mortal… y de que está dispuesta para mí. Es posible que la Hobson no se haya dado cuenta. Está como hechizada por ese individuo. Repito que lo siento, Paul, pero no sé qué hacer. ¿Tú qué me aconsejas?

—Sigue adelante —replicó Gordon, sin vacilar—. Ve y registra la oficina esta noche. Visita mañana a Solomons. Luego… ya veremos el cariz que toman las cosas, y decidiremos sobre la marcha.

Jackson asintió en silencio y se puso a comer, pensativo, ceñudo. La muchacha pelirroja seguía mirándoles a él y a Gordon desde su mesa.

3

Jackson pasó frente al «Bentley» rojo de Margaret Hobson, estacionado en Commercial Road, y descendió hacia King Street. Se había mudado de ropa y vestía un traje gris de tela resistente. Calzaba zapatos de suela de goma. Sentía en el bolsillo derecho de sus pantalones el peso de una llave maestra, y bajo el sobaco izquierdo el duro contacto de una automática enfundada.

Al entrar en «Las Dos Linternas» le pareció como si no hubiera salido todavía de allí. Todo estaba igual: la misma atmósfera, el mismo ambiente, el mismo calor, la misma concurrencia, Sus ojos buscaron instintivamente a la hebrea obesa, sin hallarla. En el extremo derecho del local, un grupo de marinos nórdicos cantaba a coro una canción alegre. El violín había callado.

Verczeg y la muchacha continuaban en la misma mesa. Tenían una botella de ginebra entre ambos, pero no quedaba rastro de la cena que, sin duda, en el intervalo habrían consumido. Jackson contempló a Margaret sin ocultar la curiosidad que ella le despertaba. Entre la Margaret Hobson sentada frente a Verczeg en

«Las Dos Linternas» y la joven aristócrata que halló al volante del «Bentley», mediaba un abismo. Pertenecían a mundos diferentes, y, no obstante, eran una sola y misma persona. Ni siquiera sus ropas habían cambiado.

Pero ahora era posible ver en la muchacha algo más, algo que la aproximaba a Verczeg con un parecido casi físico. Algo malsano. Jackson, atónito, se dio perfecta cuenta de que aquella muchacha y aquel hombrecillo tan distintos, tan grotescamente distintos, tenían en común una vaga e inquietante cualidad que él no sabía definir más que como elemento subjetivo de repulsión.

—¿Dónde está la Hoffman? —preguntó.

Verczeg le señaló el fondo del local con la cabeza. En la semiobscuridad y a través del humo, era imposible distinguir a los que se hallaban allí. Jackson frunció el entrecejo.

—Los nervios van a estallarme —dijo, de pronto, Margaret— si no entramos en acción de una vez. Es usted irritante, Jackson. ¿Nos demoraremos mucho, todavía?

—Usted se quedará aquí —indicó él—. La aventura puede ser peligrosa.

La muchacha se puso rígida.

—¿Con quién se figura que está tratando? —exclamó desabridamente—. ¿Con una colegiala?

—La aventura puede ser peligrosa… —continuó Jackson, impasible— y necesitamos que alguien nos guarde la retirada. Me siento como si anduviera pisando terreno resbaladizo, y no quiero correr riesgos de ninguna clase. Yo he visto antes a la Hoffman. Ella, a juzgar por cómo estuvo mirándome, también me ha visto a mí. Usted, por lo tanto, se quedará aquí, y no le quitará ojo hasta que regresemos.

La muchacha iba a replicar, pero Verczeg se le adelantó.

—El señor Jackson tiene razón —dijo—. No podemos exponernos innecesariamente, señorita Hobson.

Ella le miró como si no hubiera esperado aquel comentario de él. Luego, aunque a disgusto, se encogió de hombros.

Los dos hombres se apartaron de la mesa.

—Pagaré primero —murmuró Verczeg.

Se detuvo unos instantes en el mostrador, hablando a un chino rollizo y grasiento. Jackson le espero en la calle. Cuando salió,

echaron a andar sin una palabra hacia High Street. A la mitad de ésta, hicieron alto. Se hallaban frente a una freiduría de pescado que llenaba el aire de pegajosos vapores de aceite.

—Aquí es —señaló Verczeg—. Esta misma casa. ¿Ve usted el rótulo en la puerta?

Jackson dio media vuelta, y leyó: «T.
A. Hoffman
-Representaciones». El rótulo era tosco, impreso en latón, pero bastante nuevo. Estaba junto a la estrecha puerta de una casa de vecindad de tres pisos, sucia, lúgubre, obscura y ruinosa. Por aquella puerta, entreabierta, se divisaba el arranque de una escalera iluminada débilmente por una bombilla.

Sin más, Verczeg entró en la casa. Jackson miró en torno. La calle aparecía muy concurrida, y la gente se apelotonaba en las aceras. Por la calzada pasaba uno de los enormes camiones del muelle, haciendo sonar estruendosamente su claxon. Nada se le antojó a Jackson anormal. No descubrió motivo alguno de recelo, Y siguió a Verczeg escaleras arriba.

Con excepción de la bombilla situada al pie, no había luz allí. Verczeg se detuvo en el primer rellano, y encendió una lámpara de bolsillo. La concentró sobre la puerta. En ésta se repetía el nombre: «T.
A. Hollinan».

No se oía el menor rumor.

—La mujer vive arriba —susurró Verczeg, blandamente—, en el último piso. En el intermedio hay un empleado del ferrocarril, con su esposa y dos chicos. Trabé amistad con él la otra noche… le hablé de política y le invité a unas copas. No sabe nada de la Hollinan, salvo que está aquí desde hace tres meses. Pero la ha oído cantar. La señora Hoffman canta una canción, siempre la misma: «Sonny Boy». ¿La conoce usted? Es una canción americana pasada de moda.

—Sí —dijo Jackson, distraídamente—. Mire, Verczeg, todo esto es muy sórdido… Es *demasiado* sórdido. Temo que nos hallemos sobre una pista falsa. Debiera haber mucho dinero y mucho lujo en la verdadera.

Verczeg sonrió sin responder, hundió la mano en el bolsillo, sacó una ganzúa, la metió en la cerradura y, sin apenas esfuerzo, la hizo

girar. La puerta chirrió sobre sus goznes al abrirse.

Más allá había un vestíbulo tenebroso. Los rayos de la lámpara revelaron que carecía de muebles.

Moviéndose en silencio, Jackson inició la exploración. El departamento era pequeño, y una sola de sus habitaciones estaba amueblada. Contenía un escritorio de persiana, anticuado, un archivo, tres sillas y un arca de caudales enorme, de último modelo.

—¿Enciendo la luz? —preguntó Verczeg.

—No. Venga acá.

El archivo fue abierto y registrado con ayuda de la lámpara de bolsillo. Estaba vacío. Jackson empleó su llave maestra en el escritorio. Encontró un sello de goma con la inscripción «T.
A. Hoffman
- Representaciones», una almohadilla de tinta, un mazo de sobres y otro de papel de cartas. Se guardó un sobre y una hoja de papel. En uno de los cajones halló, además, un gran mapa de Londres. Lo desplegó sobre el escritorio. Nada había extraordinario en él, salvo una cosa: una cruz trazada en rojo sobre un punto situado, al parecer, en Britten Street, Chelsea. Jackson tomó nota mentalmente de su situación, y volvió a guardarlo. Luego se quedó mirando el arca de acero con el entrecejo fruncido.

—¿Va a abrirla? —murmuró Verczeg.

—Lo intentaré.

—¿Podrá?

—Sí… si dispongo de tiempo.

Verczeg consultó su reloj.

—Tiene tiempo de sobra.

Jackson se limpió cuidadosamente los dedos, y tomó asiento en el suelo frente al arca. Los minutos se deslizaron lentamente mientras, con el oído pegado a la puerta y las manos crispadas, hacía girar los discos para localizar la combinación por el imperceptible chasquido de los engranajes al encajar. Era una labor propia de superdotados.

Transcurrió mucho tiempo. En tres ocasiones tomó Jackson unas notas en su cuaderno de bolsillo, y en otra asió la manija de la puerta y tiró de ella. La puerta, sin embargo, no se abrió. Bañado en sudor, con los ojos brillantes, Jackson prosiguió su trabajo. Verczeg le observaba completamente inmóvil, sentado en una de las sillas y

sosteniendo horizontal el haz de su linterna.

Al fin, Jackson emitió un resuello, y se enderezó. Volvió a asir la manija. Y aquella vez sí se abrió la puerta.

Pero casi simultáneamente ocurrió algo inesperado: las luces del vestíbulo se encendieron.

Murmurando una maldición, Verczeg se puso en pie de un salto. Jackson, no obstante, fue más rápido y más ágil que él. Se lanzó hacia la puerta de la pequeña oficina, y cuando llegó a ella tenía ya en la mano su automática.

Plantados en el centro del vestíbulo había tres hombres. Cada uno de ellos le apuntaba con una pistola ametralladora.

Jackson dudó una brevísima fracción de segundo. Luego dejó caer el arma que empuñaba.

Luego, percibió un brusco movimiento a su espalda, y algo paso silbando junto a su oído. Antes de adivinar lo que ocurría, vio un objeto pequeño, estrecho y negro, incrustado en la garganta de uno de los hombres. Aquel hombre emitió un ronco graznido y apretó convulsivamente el gatillo de su ametralladora, pero la ráfaga se hundió en el suelo; se tambaleó y cayó de rodillas.

Con la seguridad de un autómata y la facilidad de un equilibrista, Jackson se arrojó a tierra de bruces, recogió su pistola y empezó a rodar. Disparó al mismo tiempo que rodaba, en una posición inverosímil. Dos veces. La primera derribó a otro de los hombres; la segunda hizo añicos la lámpara que pendía del techo.

El vestíbulo quedó sumido en tinieblas.

—Perfecto, señor Jackson… —se oyó murmurar a Verczeg.

Jackson sonrió. En aquel mismo instante, el tercer hombre puso en actividad su ametralladora, barriendo a balazos todo el vestíbulo. Había perdido la serenidad, al parecer, como consecuencia de la rapidez terrorífica con que el drama se desarrolló a su lado. Jackson, tendido en el suelo, apuntó tranquilamente hacia donde, por la situación de los fogonazos, calculó que se hallaría el cuerpo de su enemigo. Cuando la ráfaga de la ametralladora llegaba casi a él, apretó el gatillo dos veces más.

Sonó un lamento largo y ahogado. La pistola ametralladora calló.

Al ponerse Jackson en pie, ya Verczeg cruzaba el vestíbulo a la carrera, concentrando el foco de su lámpara en los tres cuerpos

inmóviles. Le siguió. El primer hombre tenía clavado en la garganta un diminuto estilete de mango negro. Verczeg lo retiró y lo limpió en sus ropas, mientras la sangre manaba a borbotones de la herida abierta. Aquel hombre agonizaba; los dos restantes estaban muertos.

—«Araña» Hellgruth —dijo Verczeg, señalando al agonizante—. Me gustaría saber por qué está aquí.

En el piso de arriba, en la calle e incluso en la escalera, sonaban pasos apresurados y grandes voces.

—Cierre la puerta y no permita a nadie la entrada —ordenó Jackson—. Deme su linterna; ¡aprisa!

Verczeg obedeció. Apoyó su espalda contra la puerta cerrada. Jackson, arrodillándose junto a los pistoleros, los fue registrando uno tras otro, y trasladó a sus bolsillos cuánto contenían los de ellos. Lanzó una breve exclamación al extraer de entre las ropas de «Araña» Hellgruth un libro. Enfocó la linterna sobre él. Era un libro antiguo, de páginas amarillentas. Se titulaba *The spleen of Paris*.

Alguien descargaba furiosos golpes en la puerta, acompasando un coro de gritos destemplados.

—Esto se pone feo, señor Jackson —dijo Verczeg, imperturbable.

Jackson no respondió. Corrió a la oficina y al arca, recién abierta cuando «Araña» y sus compañeros irrumpieron en escena, y abrió su puerta completamente. En uno de los compartimientos había un libro. Supo que era *The spleen of Paris* antes de leer el título. Con premura, acuciado por los fuertes y repetidos golpes que sonaban en el vestíbulo, forzó de un culatazo de su automática el cajón cerrado con llave. Dentro había un sobre abultado que guardó en un bolsillo de su chaqueta. El arca no contenía nada más.

Jackson se asomó a la ventana. Vio, poco más abajo, un patio que parecía un estercolero, cerrarlo por una tapia, y más allá los apartaderos de la estación del ferrocarril.

—¡Vámonos. Verczeg! —llamó—. ¡Por aquí!

Verczeg apareció trotando como un gato. Saltó al patio sin novedad en pos de Jackson, y ambos treparon luego a la tapia. En el preciso instante en que ponían pie al suelo, cuatro hombres precedidos por un *policeman* de brillante casco, se les echaron encima. Habían, al parecer, rodeado la casa en vista del bloqueo que sufría la puerta. Jackson repelió su agresión descargando al guardia un puñetazo en la boca del estómago y, un momento

después, al amparo de la obscuridad, él y Verczeg escapaban en dirección a la vía férrea.

Dieron un gran rodeo por el muelle, hasta alcanzar la West Indio Dock Road y desde ésta, King Street. Verczeg jadeaba cuando se detuvieron ante las puertas de «Las Dos Linternas», y su planchado cabello se había erizado.

Al entrar en la taberna. Jackson apretó las mandíbulas y su mirada se endureció. Margaret Hobson no estaba sola en la mesa donde la habían dejado: la acompañaba aquella hebrea morena y enorme llamada Hoffman.

—Cuidado, señor Jackson —siseó Verczeg por encima de su hombro—. No podemos perder tiempo aquí. Pronto se extenderá la noticia y… Eh, observe a «Smart» Willard.

El corredor de apuestas estaba apoyado en el mostrador, con las manos en los bolsillos y el bombín inclinado sobre una ceja. Tenía a cada lado dos hombres corpulentos, de rostros brutales y grandes puños, en la misma posición. Los ojos del quinteto se incrustaron en Jackson y Verczeg, cuando éstos transpusieron el umbral.

Jackson, fingiendo indiferencia, se dirigió a la mesa.

—Vámonos, Margaret —dijo fríamente.

La muchacha tenía aspecto de haber bebido demasiado. Su mirada era turbia y le temblaba la mano con que sostenía un cigarrillo, pero se puso automáticamente en pie al oír la orden.

La señora Hoffman alzó la cabeza.

—¡Oh, no se marcharán tan pronto! —exclamó—. La chica y yo estábamos charlando… charlando de usted. Buena chica. Le he pedido que nos presente. ¿No le he visto yo antes en alguna parte, amigo?

Hubo un silencio.

—Mi nombre es Tessa Hoffman —prosiguió la hebrea—. He pensado…

Jackson asió del brazo a la muchacha.

—Vámonos.

—¡Espere! —gritó Tessa Hoffman, enérgicamente.

Jackson distinguió por el rabillo del ojo a Willard que, con sus cuatro compañeros, se desplazaba lentamente hacia la puerta, una sonrisa vacua se extendió entonces por su cara. Soltó el brazo de Margaret. Sacó del bolsillo una pitillera y tomó de ella un cigarrillo.

Le dio lumbre con un encendedor esmaltado de negro.

A todo esto, Willard y sus acompañantes habían llegado a la puerta, Esta se abrió de pronto, violentamente, golpeando en la espalda al apostador y arrancándole una blasfemia. Un hombrecillo encanijado entró en el local con el cabello en desorden y los ojos desmesuradamente abiertos. Los hizo girar hasta descubrir a la hebrea, y entonces se lanzó hacia ella, boqueando.

—¡Tessa! —vociferó—. ¡Tessa, algo ha ocurrido en…!

Jackson oyó a Verczeg murmurar una maldición, y no esperó a que el hombrecillo concluyera la frase. Volvió a asir a Margaret del brazo, y se encaminó a grandes zancadas hacia la puerta. Pasó junto a uno de los hombres, que estaba mirando a la Hoffman, sin hallar obstáculo. Verczeg se le adelantó. Estaban ya en la calle cuando alguien dijo:

—¡Eh, usted!

Era «Smart» Willard. Jackson se volvió vivamente. Con su mano libre descargó un suave golpe, apenas una caricia, en el hombro del corredor. Pero sus afectos fueron pasmosos: Willard profirió un gemido extraño, y el dolor le dobló.

Cuando sus guardaespaldas salieron en tropel, ya Jackson y Verczeg desaparecían con la muchacha entre el gentío.

—¡Suélteme! —exigió ella a los pocos pasos, agriamente—. ¡Suélteme, estúpido! ¿También usted cree que me he emborrachado? ¡No sea ingenuo!

Jackson la miró atónito. Estaba perfectamente serena, y habían desaparecido su torpeza y la somnolencia de su mirada.

Siguieron andando en silencio hasta alcanzar el «Bentley» rojo. Los tres se instalaron en su interior, y Jackson oyó de la muchacha un suspiro de alivio.

—Adelante —gruñó—. Salgamos de aquí, y dispóngase a eludir cualquier clase de persecución. Si este condenado coche no fuera tan llamativo…

El automóvil emprendió la marcha por Commercial Road, zigzagueó en las callejuelas de Whitechapel, y continuó a gran velocidad. Cuando alcanzaron Newgate Street, Jackson dijo:

—Busque un bar tranquilo en Piccadilly. Tenemos que hablar.

Minutos más tarde, sentados a una mesa, los tres se miraban unos a otros. Verczeg era el único que sonreía.

—De buena escapamos… —murmuró.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Margaret.

Jackson interrumpió con un gesto la explicación que Verczeg iniciaba.

—Luego hablarán ustedes. Yo tengo el tiempo tasado. Diga, Margaret: ¿por qué estaba la Hoffman sentada a su mesa?

—Creyó que me había embriagado, se sentó por las buenas, y no se molestó siquiera en buscar un pretexto para entablar conversación.

—Usted se fingió, pues, embriagada, ¿no? ¿Por qué?…

—Porque desde que ustedes se fueron, no había dejado de observarme y quise darle una oportunidad. Mostraba por usted gran interés. Me hizo la mar de preguntas… todas demasiado vagas, sin embargo. Intenté que concretase, pero no pude. Mientras hablábamos, regresó «Smart» acompañado de cuatro hombres, ella les hizo una seña y no se movieron del bar.

—¿«Smart» había salido?

—Estuvo mucho tiempo fuera. Se marchó antes de que volviese usted, cuando Janos y yo empezábamos a cenar.

—¿La Hoffman, sólo le habló de mí?

—Sí; me preguntó cómo se llamaba, qué hacía, si vivía en Londres… Comentó favorablemente su físico ¿sabe?

—¿Qué le dijo usted?

—Que la nuestra era una amistad casual, y que de usted lo ignoraba casi todo. Me fingí, además de embriagada, estúpida.

—¿No se interesó ella por usted ni por Verczeg?

—No.

Jackson se encaró con el hombrecillo.

—Usted me aseguró que «Araña» Hellgruth sólo visitaba la casa de High Street a las seis de la tarde y durante diez minutos. ¿Puede explicarme por qué estaba allí esta noche?

Verczeg volvió hacia arriba las palmas de las manos.

—Como no fuera que la Hoffman sospechase… y enviara a Willard en su busca… No sé, señor Jackson. Fue para mí una sorpresa. ¿No observó usted si le seguían, cuando salió de «Las Dos Linternas»?

—Nadie me siguió. Está bien, Verczeg; atienda. Y usted, Margaret. Mañana, a las siete de la tarde, nos reuniremos otra vez

aquí, y les daré nuevas instrucciones, si las hay. Hasta entonces… nada. Es decir, convendría vigilar a la Hoffman, pero no creo que sea posible. Nos conoce.

—No conoce a Teddy Crome —insinuó Verczeg.

—¿Quién es Teddy Crome?

—Un amigo. Podría encargarse del trabajo, si usted quiere… y si le paga. Lo hará por sólo dos libras.

—De acuerdo.

Jackson se puso en pie.

—Disculpe, señor Jackson, pero aún hay más que hablar —dijo Verczeg en un tono de voz que pretendía ser significativo—. Si no recuerdo mal, el registro en la oficina de la Hoffman lo realizamos los dos.

—¿Y qué?

—Encontró usted algo. Tengo derecho a verlo.

Jackson le miró fijamente.

—Eso es lo que usted cree.

Le volvió la espalda, y se dirigió a la puerta. No había dado un paso cuando Verczeg, apremiantemente, exclamó:

—¡Aguarde! Sé algo que le interesa.

—¿Qué es?

—Muéstreme lo que ha encontrado allí, y se lo diré.

—No puedo. Lo haría si de mí dependiera, pero no puedo. Le prometo que se lo mostraré mañana… en caso de que hable usted ahora.

Verczeg contuvo la respiración. Pareció reflexionar.

—Muy bien, como guste. He estado pensando en lo que me dijo de esos americanos: Madison y Donovan. He conseguido recordarles. No se relacionaban con Hellgruth… Hellgruth no estaba entonces aquí. Fue hace medio año. Ellos trabajaban para un hombre llamado… Freeman. Pasaron una temporada en Londres con él.

—¿Quién era Freeman?

—Un oportunista, creo. Americano, claro está. Vivía en el «Carlton».

—¿Cómo sabe usted todo eso? ¿Cómo entró en contado con esa gente?

Verczeg esbozó una sonrisa ambigua.

—Porque yo siempre sé qué americanos están en Londres… especialmente cierta clase de americanos. Tengo en ello un interés personal.

—Pero antes dijo que no conocía a Madison y Donovan. Era falso, ¿no? Esperaba una oportunidad de sacar provecho a sus informes…

—¡Oh, no, no! Les había olvidado. Recobré la memoria en el vestíbulo de la oficina de la Hoffman.

—¿Precisamente allí?

—Sí. Donovan y Madison no trabajaban solos para Freeman. Había otros. Y uno de los otros era el hombre a quién usted tumbó de un balazo antes de que se apagara la luz. No había vuelto a verle hasta esta noche.

Jackson, meditabundo, acariciose el mentón.

—Tendré en cuenta todo eso, Verczeg, pero es preciso que me aclare algo aún: ¿de qué modo trabajaban esos pistoleros para Freeman? ¿A qué negocio se dedicaba él?

—No estoy muy seguro; debió ser contrabando o algo así.

—¿Drogas?

—Sí… y diamantes, en particular. No lo sé. Cuanto puedo decirle es que Freeman y sus hombres procedían de Ámsterdam. Lo demás lo supongo. En realidad… Madison se fue de la lengua en cierta ocasión. No le saqué mucho, pero él y Donovan llevaban suficientes brillantes en los dedos para que yo atara cabos y comprendiera algunas cosas[2]. ¿Está satisfecho?

—Sí —dijo Jackson.

Saludó con la mano a la absorta Margaret, y salió. Tomó un «taxi» en Piccadilly.

4

Jackson abrió la puerta de su habitación del hotel. Dentro, arrellanado en una butaca, fumando un cigarrillo y con un vaso medio lleno de líquido ambarino y burbujeante en la mano, estaba Paul Gordon. Le hizo un gesto de bienvenida.

Jackson, perezosamente, se despojó de la chaqueta, de la corbata y de la pistolera que llevaba bajo el sobaco; fue a un aparador, y se sirvió tres dedos de *whisky* en un vaso, le añadió

hielo y soda, y se dejó caer en otro sillón frente al que Gordon ocupaba.

—Sigo desconcertado —anunció, dando vueltas al vaso ante sus ojos—. No me entiendo ni a mí mismo, Paul. Hay en todo esto algo que no es lo que debiera ser. Por ejemplo: la trampa de que yo recelaba, funcionó… pero el mismo Verczeg me sacó de ella. Y me hubiera costado la vida de no encontrarse él allí.

—Cuéntame.

Jackson relató lo ocurrido desde que se separaron, y Gordon le escuchó con suma atención.

—¿Estás seguro de que esa hebrea te conoce? —preguntó después.

—Sí, y de que yo la conozco a ella, aunque no consigo localizarla. Tuve la precaución, sin embargo, de obtener una fotografía suya —Jackson sacó el encendedor negro de que se había servido en «Las Dos Linternas», y que era en realidad una máquina microfotográfica muy sensible—. Toma, ahí estará. Envíala a Washington, y pide informes.

Gordon, con dedos ágiles, desmontó el encendedor, extrajo de él un cilindro metálico que se guardó en el bolsillo, y lo devolvió a Jackson. Éste concluyó:

—Me conozca o no la Hoffman, no hay lógica ninguna en lo que ha pasado esta noche. De no ser que…

—Sí hay lógica —le interrumpió Gordon—. Analiza los hechos, Stanley. Tú llegas a «Las Dos Linternas» con la chica, y ella te presenta a Verczeg. Habláis reservadamente. La Hoffman te ha visto, y te ha reconocido. Espera algo peligroso de ti. Cuando te marchas, envía a «Smart» Willard para qué prevenga a Hellgruth. Vuelves a la taberna y te llevas a Verczeg, dejando sola a la chica… para que proteja vuestra retirada. Una maniobra así era precisamente lo que la Hoffman temía. Se sienta ante Margaret y trata de sonsacarla al mismo tiempo que la retiene allí e impide que os envíe un aviso cuando lo que ella supone que va a suceder, suceda. «Smart», en efecto, regresa bien acompañado. Su regreso significa que Hellgruth estará ya vigilando la oficina, y que el peligro ha desaparecido. Tú y Verczeg seréis cazados en la ratonera. Pero, en esto, los dos volvéis sanos y salvos. La Hoffman comprende que la fase previa de su plan ha fracasado, y que el peligro no ha

hecho más que agravarse. Entonces indica tácitamente a Willard que os corte la retirada, y trata de que os quedéis allí por la fuerza, desesperadamente, mientras busca una solución y gana tiempo hasta saber lo que en realidad ha ocurrido. Lo que ha ocurrido acude a revelárselo ese individuo que entra de sopetón. Aprovechando la oportunidad, vosotros escapáis. Os deshacéis de Willard en última instancia con un sencillo truco de *jiu-jitsu*. La Hoffman queda chasqueada.

—Sí —asintió Jackson, ceñudo—, pudo ser así. Pero hay una explicación más clara todavía: supón que Verczeg y yo hemos sido traicionados… por Margaret Hobson.

Gordon dirigió a su compañero una mirada recelosa.

—¿Qué tienes tú contra esa muchacha, Stanley?

—No sé… un prejuicio instintivo. No veo claro en ella. No me gustó hallarla sentada con la Hoffman; me dio mala espina. Y si admitimos que fue ella quien dispuso la trampa contra mí, y no Verczeg, y que ella previno a la hebrea… y que ella indujo solapadamente a Verczeg a registrar aquella oficina…

—¿Con qué fin hubiera hecho eso?

—Lo ignoro; pero ¿con qué fin está tan unida a Verczeg, que es un espía profesional y no un hombre del
F. S. D.?
Se me ocurrió que se habría enamorado de él, pero he desechado ya esta idea. Hay algo más, Paul; algo que ignoramos, y que incluso en Washington ignoran.

—Lo dudo. Verczeg es un hombre útil, que ya fue empleado por Bogarthy, y sólo eso.

—No obstante, no es precisamente el dinero lo que le impulsa a actuar en este asunto: tiene lo que él llama un motivo personal. Al parecer, lleva bastante tiempo ocupándose de los americanos que visitan Londres; más tiempo, por lo menos, del transcurrido desde que Pullock y McCall murieron en Nueva York. Y ten en cuenta que tú y yo no hemos sido enviados a Londres en vano. Si estamos aquí, por algo será; por algo que todavía no ha salido a la superficie. Esa cuestión de Mose Solomons y los libros de Baudelaire hubiera podido resolverla Margaret sin ayuda.

Gordon hizo un ademán de impaciencia.

—Dejemos eso, Stanley. Recuerda que Verczeg te ha dicho algo

importante: que Pullock y McCall estuvieron al servicio de un personaje llamado Freeman. Pues bien, pon a la muchacha sobre su pista. Es preciso hallarla, y esto le servirá de prueba. No hablemos más. Sigue con lo de esta noche.

Encogiéndose de hombros, Jackson vació los bolsillos de su chaqueta. Depositó sobre la mesa su botín, y con él los dos ejemplares de *The spleen of Paris* y el sobre abultado tomado del arca.

—Baudelaire otra vez —murmuró Gordon, manoseando los libros—. ¡Valiente problema, Stanley! Nunca vi nada parecido. *The spleen of Paris* estaba en el bolsillo de un químico que se suicidó en Nuevo Méjico; en una casa de Park Avenue donde McCall se pegó un tiro después de matar a su amigo Pullock; en poder de «Araña» Hellgruth, un pistolero americano que vive en Londres desde hace unos meses; en la caja fuerte de una mujer que, desde lo más profundo de Poplar, se dedica, en apariencia, a las representaciones comerciales… ¿Qué maldita relación hay entre todo esto? ¿Es Mose Solomons, el librero, la relación? Stanley… creo que se impone dar con Solomons, ahora que nos sabemos sobre la buena pista.

Mientras hablaba, Gordon dejó los libros y tomó el sobre. Lo abrió. Sacó, unos papeles. Su rostro se puso gris al verlos.

—¡Buen Dios! —exclamó roncamente—. Stanley, la relación que buscamos está… ¡está aquí!

Jackson dio un salto hacia él. Miró los papeles que Gordon desparramaba sobre la mesa. Estaban cubiertos de notas, fórmulas algebraicas y ecuaciones químicas. Parecían arrancadas de un archivo. Algunas páginas llevaban un sello que decía: «Centro de Experimentación Militar-Secretaría de Defensa de los Estados Unidos».

—Es un milagro —susurró Jackson—; un verdadero milagro. Éstos son los documentos desaparecidos de Los Cerros. No sé de ingeniería lo suficiente para estar seguro de ello, pero apostaría la cabeza a que lo son. Y si así es…

—Si así es —concluyó Gordon por él—, las perspectivas, del caso dan una vuelta completa. Nadie, por muy seguro que esté de sí mismo y de sus fuerzas, tendería una trampa con un cebo tan valioso… aunque el cebo se hallara encerrado en un arca de acero. Creo, Stanley, que esto descarta tus sospechas de una traición por

parte de Margaret Hobson. O yo no entiendo nada de psicología elemental, o la Hoffman, estando prevenida, no hubiera dejado estos papeles allí.

Hubo un largo silencio.

—De modo que hemos cumplido… por carambola —resumió Jackson.

Paul Gordon sonrió.

—No, no hemos cumplido todavía. Necesitamos averiguar cómo llegó esto a poder de T. A. Hoffman, quién hizo que llegara, qué significan los libros, y… y necesitamos destruir la organización que lo consiguió. Mañana, Stanley, visitarás a Mose Solomons. Yo cuidaré de establecer contacto con el F. S. D., y recabar nuevas instrucciones. Ahora… bien, recibe mi más sincera felicitación. Ha sido un magnífico trabajo.

—Ha sido suerte… —Gruñó Jackson—; suerte y nada más.

5

A primera hora de la mañana, Jackson se apeó de un «taxi» en Baker Street. Contempló la librería de Solomons desde la acera, antes de entrar. Era una librería antigua y que se obstinaba en serlo. Probablemente no había experimentado reforma alguna desde el momento de su fundación. Su escaparate seguía igual que cuando se exhibieron en él, como últimas novedades, las *Baladas Líricas* de Woodsworth y Coleridge.

La puerta estaba entreabierta, Jackson la empujó. En el interior del local reinaban el silencio y una frescura agradable, y su atmósfera estaba cargada de aromas de antigüedad, de papel y de cuero. Los libros, en su mayoría viejos, lo llenaban todo: estantes, armarios mesas y el suelo incluso. Jackson se abrió paso hacia el fondo, entre ellos. No se veía a nadie.

Luego sí. Jackson se quedó inmóvil; conteniendo la respiración. Ante él, semioculta por una montaña de volúmenes alzada sobre un tablero, se hallaba una mujer. Llevaba un vestido de alegres colores. Le volvía la espalda. Su cabello era rojo. Y sostenía entre sus manos un cuchillo largo y asimétrico que goteaba… sangre.

CAPÍTULO IV

LA PISTA DE SALLY MORAN

1

A media tarde, en su departamento de la calle 45 de Nueva York, Stephen Gray recibió un mensaje contenido en un sobre de recio papel azul… Estaba escrito en clave, pero lo descifró mecánicamente a medida que lo iba leyendo. Decía así:

> «Se ha dispuesto que el Departamento de Policía abandone la investigación del asesinato de Sally Moran, que hasta la fecha no ha dado fruto alguno. Usted se hará cargo de ella. Sally Moran actuó en Los Ángeles antes de ser contratada por el "Spotlight". Keller sigue su pista allí. Establecerá contacto con usted si lo necesita. Usted tratará de encontrar algo en el "Spotlight": lo demás ha sido trabajado, a fondo por la policía. Entregará su primer informe mañana a las diez».

Gray permaneció el resto de la tarde en su departamento, reflexionando. Conocía al dedillo los detalles del caso Moran, puesto que había seguido paso a paso, extraoficialmente y aunque sin órdenes expresas respecto a ello, las pesquisas de la policía. Tales pesquisas dieron un resultado nulo. Sally Moran, concluida su entrevista con el teniente Brahin, había regresado a su domicilio en «taxi». El portero no la vio subir, pese a que Sally no acostumbraba a pasarle inadvertida, ni pudo dar razón de quiénes subieron inmediatamente antes o después que ella. Interrogados los

ocupantes de los pisos vecinos, negaron haber oído voces o ruido de ninguna clase excepcional. Sin embargo, cuando el sargento Clarke llegó, enviado por Brahin, encontró a Sally Moran tendida de bruces, en mitad de su dormitorio. La habían apuñalado por la espalda, y el arma fue retirada de la herida. El asesino se la llevó consigo.

Sally estaba muerta desde hacía apenas unos minutos.

Debió morir en el instante mismo de entrar en su departamento.

Esto fue todo. Sally llevaba poco tiempo en Nueva York. Había sido modelo de una agencia de publicidad y actuado en algunos «*dancings*» y en el cine, con papeles de poca importancia. Era una artista de, segunda categoría, sin posibilidades de ascender. Cantaba en el «Spotlight», un club nocturno que tenía fama de respetable, y no se le conocían amistades verdaderas: nada más que las fugaces relaciones que establecía a consecuencia de su trabajo. Ella misma era, de por sí, insociable. La policía no pudo salvar el obstáculo de esta insociabilidad, ni siquiera extendiendo a Los Ángeles sus investigaciones. El motivo de su asesinato permaneció en el misterio.

Por otra, parte, no se había conservado el secreto de aquel crimen, aunque sí el de sus relaciones con la muerte de Pullock y McCall. La Prensa lo publicó a los cuatros vientos… y se cansó de él en cuanto las pesquisas se paralizaron sin producir descubrimientos sensacionales.

2

Al caer la noche, Stephen Gray trocó sus habituales ropas deportivas por un traje obscuro y sobrio, y se lanzó a la calle. Cenó en un restaurante automático. Entró en un cine. Necesitaba ocupar el tiempo hasta la hora que él juzgaba, apropiada para visitar el «Spotlight» y, al concluir el espectáculo, bebió unas copas en dos bares distintos. Luego se encaminó a pie al club nocturno. Se desordenó un poco el cabello y aflojó el nudo de su corbata antes de entrar en él. Cuando se sentó a una mesa, su aspecto era exactamente el de un joven preocupado, aburrido, triste, y que hubiera abusado ligeramente de la bebida.

Había poca gente. El local estaba bañado por una luz difusa,

propicia a la intimidad y al sentimentalismo. Algunas parejas bailaban en la pista lánguidamente. No reinaba allí alegría alguna. El ambiente era elegante y, al imaginar al primitivo, obeso y chillón Johnny Pullock metido en él, Stephen Gray hizo una mueca.

Una muchacha esbelta, joven, de cabello lacio y negro, cantó un par de canciones. Gray la estuvo observando, se fijó especialmente en la ternura que expresaban sus grandes ojos, en la curva de sus labios y en el timbre cálido de su voz. Hizo un imaginario análisis de su personalidad y, cuando terminó su actuación, encargó un ramillete en el puesto de flores y se lo envió con una nota escrita apresuradamente en una tarjeta.

A los pocos minutos la muchacha se sentó frente a él, y Gray empezó a representar la farsa que expresamente para ella había preparado. Casi sin palabras creó un clima de amargura, de desengaño, de desolación espiritual que, a la muchacha, le puso los nervios a flor de piel. Se llamaba Verónica Pruitt, y era más joven aún de lo que parecía. Bailaron. Verónica se abandonó en los brazos de Gray, apoyó la cabeza en su hombro…

Luego, Gray soltó su historia: la historia melodramática de unos amores frustrados. Fue en Los Ángeles. Gray había seguido a una muchacha hasta Nueva York. Se enteró de que actuaba en el «Spotlight»… y de que había muerto. Asesinada. Aquella noche, él estaba allí solo para evocar la sombra de su recuerdo perdido.

—Era Sally Moran —dijo Verónica Pruitt, emocionada.

Gray asintió. Verónica había cerrado sus manos sobre las de él, impulsada por la tensión sentimental del momento. Fue fácil sonsacarla después, hacerla hablar de los amigos y los admiradores de Sally, de Sally misma, de su carácter, de sus costumbres.

Así apareció el nombre del señor Grogan. Verónica opinaba que el señor Grogan se había enamorado.

—Venía aquí cada noche —dijo— y no hacía más que mirarla, y escuchar sus canciones. No le dirigía nunca la palabra en el club, pero yo sé, y creo que nadie más lo sabe, que estaba esperándola en su coche cuando salía, y que la acompañaba hasta la puerta de su casa. Y el señor Grogan es un hombre tan exquisito… Viene todavía algunas veces, y se queda mirando el estrado como si Sally estuviera allí. Me dan ganas de llorar al verle. En cambio, Johnny Madison… ¡Oh! —exclamó de pronto, interrumpiéndose a sí misma,

compungida—. No debiera haberle dicho eso.

—¿Qué? —requirió Gray recelosamente.

—Lo del señor Grogan. Claro que… tratándose de usted, es distinto.

—¿A qué se refiere?

La muchacha titubeó.

—Comprenda… El señor Grogan pertenece a la alta sociedad; tiene muchas responsabilidades y todo eso. Me lo dijo él mismo. Aparecer relacionado con un asesinato, le hubiera acarreado grandes molestias. Quiero decir que la policía estuvo aquí e hizo preguntas respecto a Sally, y él me pidió que no le mencionara. Yo era la única que sabía lo del coche, la única que se había dado cuenta. Bien, pues no le mencioné. No quise causarle un trastorno. Al fin y al cabo, ¿qué importa que la acompañara cada noche a su casa? El señor Grogan no iba a asesinarla, porque es todo un caballero. ¿No opina usted así, señor Gray?

Gray apenas pudo disimular su satisfacción.

—Sí, creo que sí. Y en cuanto a ese que dijo antes… Madison…

—¡Oh, Johnny Madison! No, Madison era distinto. Le confesé a la policía que no fue sorprendería que fuese él quien mató a Sally… y seguiría ahora sin sorprenderme.

—¿Por qué?

La muchacha se encogió de hombros.

—Es posible que no haya usted visto nunca un *gángster*, señor Gray. Yo sí los he visto. Y Johnny era uno de ellos, se le notaba a la legua. Sepa, además, que no ha vuelto por aquí desde que Sally murió. Le dije esto mismo a la policía.

Gray abrió y cerró espectacularmente las manos.

—Si yo pudiera encontrar a ese hombre… —murmuró roncamente.

—¡Oh! —exclamó Verónica, impresionada.

Hubo un silencio.

—¿Qué relaciones sostenía Madison con Sally? —pregunto Gray, después.

—Nada excepcional. La obsequiaba, la invitó a cenar, salieron a bailar algunas noches… Como todos. No, espere: ahora recuerdo…

—¿Qué?

—Algo que ocurrió la primera vez que Madison vino al

«Spotlight». Yo acababa de actuar y me dirigía al camerino, cuando él salió a mi encuentro. «Buenas noches, Sally», me dijo. Le replique que se confundía, que yo no era Sally. «¿No es usted Sally Moran?», insistió. «Me han dicho que trabaja aquí…». Le expliqué que ella trabajaba, en efecto, pero más tarde; que podría verla si se quedaba unos minutos. Se quedó. Después los distinguí a los dos conversando en una mesa. A partir de entonces, Madison vino cada noche.

—¿Siempre solo?

—No; en ocasiones le acompañaba un hombre extraño, alto, flaco, con cara de muerto.

Gray pensó que lo que la joven intentaba darle a entender era que Johnny Madison —es decir, Johnny Pullock— se presentó en el club con el deliberado propósito de conocer a Sally Moran, por lo cual no era un admirador casual como los demás. Sus relaciones no fueron incidentales, su encuentro estuvo previamente determinado. Si tal cosa era cierta, Sally había mentido en sus declaraciones al teniente Brahin. Pero ¿por qué mintió? Y, particularmente, ¿por qué mintió sólo a medias? ¿Por qué previno al policía de que Pullock temía a alguien y esperaba algo? ¿Qué le impidió decir la verdad entera? ¿El miedo, acaso?

En consecuencia, ¿fue asesinada para que no dijese toda la verdad?

—Verónica —dijo Gray, en tono firme—: ¿establecieron algún contacto Madison y ese hombre de cara de muerto con el señor Grogan?

La muchacha sacudió la cabeza.

—No, nunca. No se dirigieron la palabra. No llegaron a conocerse. Hubiera sido absurdo. Pertenecían a niveles distintos.

Gray varió nuevamente de actitud.

—Ya veo —murmuró—. ¿No sabe? Me… me gustaría hablar con el señor Grogan. Siento ya una simpatía instintiva por él. El señor Grogan conoció a la Sally que yo había perdido… y acaso pudiera…

Verónica, erguida, paseó la mirada por el local. Sus ojos centellearon un instante.

—Está allí —dijo—. También ha venido esta noche. Mire.

Siguiendo la dirección que ella señalaba, Gray distinguió a un hombre vestido de etiqueta, sentado solo a una mesa de pista. La

distancia y la penumbra le impidieron ver nada más.

—Iré a su encuentro.

Verónica rebulló inquieta en su silla…

—Oiga… señor Gray… Sería mejor que no lo hiciese. En todo caso, ingénieselas para que él no se entere de que yo le he contado estas cosas. Dígale… no sé, que es un viejo amigo de Sally, y que ella le escribía y le mencionó en sus cartas…

—Pero yo no soy un policía: ¿por qué iba usted a guardar ante mí su secreto?

—¡Oh, no comprendo! Me pidió que no lo dijera a nadie. Me…

—¿Y bien?

—Me dio cien dólares.

—Entiendo. Descuide, la dejaré a usted al margen.

La muchacha suspiró profundamente. Miró hacia el estrado de la orquesta, y después consultó el reloj luminoso que había sobre el bar.

—Ahora tengo que actuar otra vez —dijo—. Desde que Sally falta, hago doble trabajo. ¿Estará usted aquí todavía cuando termine?

—Supongo que sí.

Estrechó una mano de él entre las suyas.

—Seguiremos charlando. No se aflija, señor Gray. Es usted joven y… joven y…

No concluyó la frase. Se puso en pie, y se alejó rápidamente.

Gray, sonriendo a medias, sacó un pequeño cuaderno, e hizo en él unas rápidas anotaciones. Esperó, pareció reflexionar y añadió algunas más. Luego guardó el cuaderno en el bolsillo superior de su chaqueta e iba a levantarse para dirigirse a la mesa del señor Grogan, cuando vio a un hombre que cruzaba la sala, al parecer guiado por su mismo propósito. En efecto, el hombre llegó junto a Grogan, y tomó asiento ante él. Ambos iniciaron inmediatamente una conversación.

Gray dudó. Se decidió de repente. Abandonó su mesa y bordeó la pista, con calma, con una calma que incluso parecía torpeza.

—Perdone —dijo—; perdone, señor Grogan. Mi nombre es Stephen Gray. Desearía hablar unas palabras con usted.

Grogan era de mediana edad, alto y de aspecto distinguido. Tenía una cara bien rasurada, de viriles facciones, donde ardían dos

ojos muy inteligentes. En sus labios flotaba una leve sonrisa triste. Parecía un hombre de mundo, comprensivo, simpático, humano y un poco cansado de todo y de todos. En la mirada que dirigió a Gray había condescendencia, pero no curiosidad.

Le indicó una silla con la mano.

—Siéntese. Tendré mucho gusto en oírle. Si no me equivoco, está usted en un apuro.

El tono de su voz era grave y cordial. Gray miró de reojo al otro hombre sentado a la mesa. Insignificante. Flaco, humilde, gris, calvo y pálido. Obscurecido por la intensa personalidad de su compañero.

—No… no es exactamente un apuro —dijo Gray—, pero sí una cuestión confidencial.

Grogan miró también al otro hombre.

—El señor Kimbrough es mi mejor amigo, y no tengo secretos para él. En realidad —su sonrisa adquirió más viveza— no los tengo para nadie.

Gray tragó saliva.

—Se trata de una muchacha. Se apellidaba Moran.

El rostro de Grogan se alteró sólo una fracción de segundo.

—Siéntese —repitió.

—¿No le había hablado ella nunca de mí? —preguntó Gray, obedeciendo—. ¿Nunca le mencionó mi nombre?

—Usted da por supuesto que yo conocía a esa muchacha.

—No me cabe la menor duda.

Grogan escrutó atentamente su cara.

—¿Quién y qué es usted?

—He llegado hoy de Los Ángeles. Soy un antiguo amigo de la familia de Sally y… ellos se interesan… Comprenda, fue todo tan inesperado y tan dramático…

—¿Qué quiere?

—Trato de reunir datos respecto a ella.

—¿Es un detective?

—¡Claro que no! No me refiero a esa clase de datos. Cosas… cosas de tipo sentimental. Recuerdos y… Bien, ni yo mismo lo sé. Pero los padres se ponen imposibles… y yo incluso… Sally y yo estuvimos a punto de casarnos, hace ya tiempo; ¿entiende?

—Más o menos. No obstante, ¿por qué se ha dirigido a mí?

¿Quién le ha dicho que yo iba a darle esos detalles?

—Alguien… cuyo nombre prometí callar.

Grogan lanzó una fugaz y significativa mirada al estrado. Verónica Pruitt no había empezado aún su actuación.

—Ya… como usted quiera, joven. Pero se equivoca. No puedo ayudarlo. Le comprendo perfectamente, y crea que lo lamento de veras, pero no puedo ayudarle. Mis relaciones con la señorita Moran no pasaron de una intrascendente superficialidad. No sé absolutamente nada de ella.

—Oh… —Hizo Gray, desolado—. Pensé que…

En aquel momento se apagaron las pocas y difusas luces de la sala, y Verónica apareció ante la orquesta. Tres focos se concentraron en su esbelta figura.

Gray echó su silla atrás.

—Espere —dijo Grogan, con voz que había cobrado inusitado vigor—; espere, estoy recordando… Puede que sea una tontería. Tengo en mi poder algo que perteneció a Sally Moran. Acaso le interese. De todos modos, yo no sabría qué hacer de ello.

—¿Qué es?

—Lo ignoro. Es decir, es un envoltorio pequeño, e ignoro lo que contiene. Sally lo olvidó en el interior de mi coche, la última vez que la acompañé a su casa. Lo llevaba consigo cuando salió de aquí, y lo olvidó. Esto fue… su última noche. Murió al día siguiente. Lo guardé y no lo he recordado hasta ahora. ¿Le sirve?

—¿Un envoltorio? —preguntó Gray, disimulando a duras penas su ansiedad—. ¿Qué clase de envoltorio?

—Pues… rectangular… plano… Pensándolo bien, debe haber en él un libro. Sí, recuerdo que se me ocurrió que era un libro, cuando lo encontré en el asiento de mi coche.

—¡Un libro! —exclamó Gray, ahogadamente.

Y se mordió los labios, inmediatamente después. Un libro. Los «Poemas en prosa» de Baudelaire, eran un libro.

El señor Grogan dio una mirada a su reloj.

—Si no tiene usted otro compromiso, puede acompañarme a mi casa ahora, y recogerlo. La noche ha terminado para mí. ¿Vienes tú, Billy?

—No —replicó el impasible Kimbrough—; no, gracias, Al. Me gusta oír cantar a esa chica. Me quedaré todavía un rato.

—¿Y bien, señor Gray?

Stephen Gray se puso en pie. Lanzó a Verónica Pruitt una mirada de despedida y agradecimiento.

—Es usted muy amable.

Pasó por su mesa; dejó un billete en pago de sus consumiciones, y salió del «Spotlight» en pos de Al Grogan.

3

A Gray no le sorprendieron el lujo ni la respetabilidad de que Al Grogan vivía rodeado. Esperaba algo parecido. Grogan era, en muchos aspectos, un hombre superior, y el palacete de la Quinta Avenida cuya puerta abrió para franquearle el paso, estaba de acuerdo con su personalidad. El vestíbulo, a media luz, era suntuoso. Un criado de blanco cabello se les aproximó, surgido al parecer, de la nada. Gray y Grogan le entregaron sus sombreros. De alguna parte de la casa llegaba una melodía lenta y sentimental, tecleada en un piano. Gray, sin saber por qué, frunció el entrecejo al oírla. Conocía aquella canción, la recordaba de una época en que él era más joven y estaba enamorado. Ahora ya había pasado de moda. Se titulaba «Sonny Boy».

—¿Quién está en casa, Atkiss? —preguntó Grogan.

—Sólo la señorita Monna, señor. No se ha acostado todavía.

Grogan se volvió a Gray con una breve sonrisa.

—Venga por aquí, amigo. Echaremos un trago. Usted puede retirarse, Atkins.

Cruzaron el vestíbulo. La puerta que Grogan abrió, comunicaba con una sala brillantemente iluminada, de regulares dimensiones, en que había un piano de cola. Tocaba el piano una muchacha. En aquel momento se había puesto a recitar, con una voz de contralto aterciopelada, suave como una caricia, las lentas estrofas de «Sonny Boy». Siguió cantando mientras ellos entraban. No les miró. A Gray, y tampoco supo entonces por qué, la canción, la escena, la luz y la muchacha misma, se le antojaron solemnes, casi trágicas. Se quedó parado a dos pasos del umbral, con una sensación inquietante dentro de sí como no la experimentara jamás.

Grogan siguió adelante y apoyó en el hombro de la muchacha una mano. Ella, al sentir el contacto, concluyó su canción.

—Ésta es Monna Grogan, mi sobrina. El señor Gray.

Gray no recobró por completo su autodominio, pese a darse cuenta de que lo había perdido Sin causa. Se aproximó al piano. Sus ojos hallaron los de la muchacha: dos misteriosas joyas negras engarzadas en el óvalo perfecto de su rostro. Se dijo que nunca una belleza le había producido tanta impresión. Al ver a Monna Grogan se pensaba en una orquídea blanca, abierta en la noche tropical. Tenía en su naturaleza algo extraño, exótico, remoto, y al mismo tiempo muy vivo; algo a la vez casto y lascivo, a modo de atractivo turbador. Subyugaban el modelado de su figura, las líneas de su garganta, el breve esplendor de su negro cabello, la gracia con que el traje de noche se ajustaba, a su silueta; pero, por encima de todo, era hermosa, con una hermosura que casi dolía a los ojos. Gray no supo qué decir. Jamás había visto una muchacha como aquélla.

Luego, Monna Grogan sonrió, y tendió hacia él una mano.

—Celebro conocerle, señor Gray.

Gray carraspeó.

—Tiene… tiene usted una voz magnífica —dijo torpemente—. Por favor, siga cantando. No me perdonaré haberla interrumpido.

Grogan pasó ante él, y abrió la tapa de un mueble-bar. Sacó una botella. Por encima de la cabeza de la muchacha, Gray le observaba inmóvil. Sentía sus músculos sin fuerza, como si hubiera sido víctima de un raro hechizo al transponer el umbral de aquella casa. Se maldijo por ser tan estúpidamente sensible… pero no supo a qué respondía exactamente su sensibilidad.

—¿Qué quiere beber?

—Cualquier cosa.

Monna abandonó su asiento ante el piano. Se movió. El hechizo pareció concentrarse en su figura al moverse. Gray cerró los ojos y volvió a abrirlos, para convencerse de que sus sentidos no le engañaban. Cuando los abrió, nada había cambiado.

—Cuida del señor Gray, Monna —dijo Grogan, entonces—. Vuelvo inmediatamente.

Gray recordó en aquel momento por qué estaba allí, y se maravilló de haberlo olvidado.

—Ese envoltorio —balbució.

—Sí; creo que lo tengo en la biblioteca. Voy en su busca. Monna le atenderá, es sólo un instante.

Todo aquello no parecía real. Pero no había razón alguna para que no lo pareciese.

Grogan salió. La muchacha llenó dos vasos. Siseó la soda. Después, Gray se dio cuenta de que se llevaba a los labios un líquido de color de ámbar, y de que el gusto familiar del *whisky* le llenaba la boca. Monna le observaba y sonreía.

—¿Qué le ocurre a usted, señor Gray? ¿Se siente enfermo?

—Sí —replicó. Se sentía enfermo, realmente. Padecía una enfermedad nueva, no sólo nueva para él sino para toda la humanidad. Una enfermedad indefinible—. Sí, temo que… algo me haya afectado profundamente. Puede que haya sido su canción. Nunca supuse que se pudiera cantar como usted la cantaba.

—¿«Sonny Boy»? —preguntó Monna, burlonamente—. Suena ya un poco marchita… Se la oía cantar a mi madre. A ella le gustaba. Yo la repito maquinalmente, creo. No me doy cuenta. Todos los Grogan somos un poco instintivos.

—Sí —dijo Gray, por decir algo.

Ella seguía mirándole de pies a cabeza.

—Solamente una vez —manifestó de pronto— ha traído mi tío un hombre a casa a esta hora de la noche. ¿Puedo saber a qué ha venido usted?

—Alguien olvidó un paquete en el coche de su tío. He venido… pues a recogerlo. ¿La extraña esto?

—¿Qué contiene el paquete?

—Según parece, un libro.

—¿Le ha dicho mi tío que contiene un libro?

—Lo supone.

—Y usted se ha apresurado a creerlo, ¿no? Le parece muy posible que contenga un libro, ¿verdad? ¿Por qué?

Gray abrió la boca, desconcertado.

—¿Por qué no ha de contenerlo? —preguntó.

—¿Acaso espera usted que ese libro sea «The spleen of Paris»?

A Gray le batió en falso el corazón. Empezó a arderle el rostro.

—¿Qué significa eso?

Una puerta chirrió detrás de él. Volvió la cabeza. Grogan estaba allí, había reaparecido. Empuñaba en la diestra una pistola provista de silenciador.

—Significa que ha mordido usted tontamente mi anzuelo, señor

Gray —respondió—. Y significa también que es usted un agente federal, o un investigador militar o un oficial de policía. No importa. Es un buen agente, pero pronto se dirá que lo fue.

Monna emitió una risa metálica.

Siempre, fatalmente, ocurría lo mismo: los hombres no dejaban de ser hombres, no sabían renunciar a extraerle al triunfo su medula. Hablaban. Tenían una pistola en la mano, dominaban la situación… y hablaban. Necesitaban hacer un alarde aplastante de superioridad. Muy pocos de ellos disparaban primero y hablaban después; muy pocos preferían que sus discursos sólo los oyeran cadáveres.

Así perdió Grogan su oportunidad. Mientras Monna reía, Stephen Gray se retorció sobre sí mismo, y saltó hacia atrás. Grogan no llegó a hacer fuego. Se inclinó, recibió encima todo el peso de Gray, y soltó la pistola. Pero no se dejó abatir. Con gran sorpresa de su contrincante, y dando muestras de un vigor y una agilidad que contrastaban con su apariencia, le agarró brutalmente, tiró de uno de sus brazos, y le volteó casi sin esfuerzo. Gray se sintió volar, y cayó de espaldas junto al piano. Se dio contra éste, en las costillas, un golpe terrible… Aturdido, entrevió a Grogan saltando hacia él —entrevió a aquel hombre frío, correcto, triste e inteligente, convertido en una bestia que temblaba de furor homicida—. Encogió las piernas, y le aplicó un doble puntapié en la boca del estómago. Logró contenerle. Quiso entonces iniciar una reacción, pero un agudo dolor en el costado paralizó sus movimientos. Ensayó un intento desesperado. Grogan saltaba de nuevo a su encuentro. Se puso de rodillas, y le esperó ya en guardia. Recibió un golpe en la boca. Pudo, no obstante, aferrarse a su cuello. Grogan se debatía con fuerza casi irresistible; se le escurría, como una anguila entre las manos. Gray le aporreó rudamente los ojos. Instantes después había ceñido, en torno a su garganta la presa rígida de su musculoso antebrazo, y de rodillas aún, doblaba la espalda de Grogan sobre su muslo… Apretó rápidamente, sin contemplaciones. A muerte. La resistencia de Grogan cesó. Gray oyó el siniestro crujido de sus vértebras cervicales. No le impresionaba que un hombre muriese a sus manos. Otros habían muerto ya, porque su muerte fue necesaria. Apretó sin, vacilaciones.

A un metro de la puerta, Monna, tranquilamente, se inclinó y

recogió la pistola del suelo. Luego se aproximó a Gray paso a paso, por detrás, sin prisa, sin miedo. Situó el extremo del silenciador a tres centímetros de su nuca. Presionó el gatillo. La pistola hizo ¡plop!

A la cabeza de Stephen Gray estalló como una nuez aplastada.

4

En la sala brillantemente iluminada reinaba una paz absoluta cuando aquel hombre neutro llamado Kimbrough llegó al palacete de la Quinta Avenida. Grogan, con el rostro todavía congestionado y una expresión incierta en los ojos, estaba apoyado en el piano, y bebía de un vaso *whisky* puro. Monna se hallaba hundida en un sillón, con las piernas cruzadas, fumando un cigarrillo, impasible y tarareando una melodía perezosa. Entre ambos, yacía Stephen Gray. Fue un buen agente secreto; fue un hombre muy apuesto, curtido por el sol, alto y musculoso, de ojos donde la energía centelleaba vívidamente. Ahora no era más que una masa de carne inerte, increíblemente flácida; con la cabeza rota.

Kimbrough le miró sin pestañear.

—¿Y bien? —preguntó Grogan, ahogadamente.

El recién llegado se encogió de hombros.

—Lista. La cacé en su camerino. Nadie me vio. Le hundí el cuchillo, como si su pecho hubiera sido una vejiga de manteca.

—Pero sospecharán de ti, Billy.

—¿Qué importa ya?

—¿Quién era ella? —preguntó Monna—. ¿Quién ha muerto?

—Una chica del «Spotlight» —repuso Grogan, suspirando—. Gray la tiró de la lengua… y otros lo hubieran hecho detrás de él. Si Johnny Pullock no hubiera sido tan estúpido…

—¿Por lo de Times Square?

—¡No, por todo! Porque en el «Spotlight» no hizo más que llamar la atención, porque el primer día confundió a esa chica con Sally… Y Sally era tan obstinada… tan vulgar… Bah, nunca debí correr tales riesgos. Son el inconveniente de operar con seres humanos y no con autómatas. Uno no puede impedir que se ablanden… o que se enamoren. Y que se enamoren de gente como Johnny Pullock, además.

—¿Quién se enamoró de Pullock? —preguntó Monna, suavemente.

Grogan la miró, entrecerrando los ojos.

—¿Tú no ves nunca lo que ocurre a tu alrededor? ¿Tú no vives?

—Yo soy tu autómata.

—¡Monna, no digas tonterías!

—Además, es cierto que nunca vi a Pullock. No he visto a nadie… salvo al muchacho que vino de Los Cerros con las fórmulas… y se suicidó después. Y a él le vi demasiado.

Grogan depositó, con ruido seco, su vaso sobre la tapa del piano.

—Sally se enamoró de Pullock —afirmó—. Las cosas iban bien al principio e incluso resultaban divertidas. Sally cumplía su misión de enlace con gracia. Pero si aquello hubiese durado… le hubiera confesado a Pullock de quién procedieron las órdenes que recibía, de quién procedía el sobre que McCall envió a Londres, e incluso cuál era su contenido. Para Pullock, hubiera sido una buena sorpresa saber que todo ello procedía de mí. Y cualquiera se aventura a imaginar la actitud que él y Luke McCall hubieran adoptado al saberlo, llevando, como llevaban, el chantaje en la sangre. Mejor resultó que muriesen. Lo lamenté entonces, pero fue una suerte. Luego… Sally habló con la policía. El teniente Brahin fue lo bastante estúpido como para no comprender que una simple pregunta a los vecinos de Park Avenue me daría la clave de la desaparición de Luke y de Pullock, y me informaría de su muerte. Pero Sally habló con la policía. Supongo que el miedo le cerraba, la boca… Tarde o temprano la hubiera abierto, no obstante, porque la muy estúpida necesitaba vengar a Johnny. Bueno… Billy cuidó de que no lo hiciera.

Kimbrough sonrió mansamente al ser mencionado.

—Tío Al —dijo Monna, pensativa—, nunca el momento ha sido más oportuno para emprender la retirada.

Grogan consultó su reloj.

—El avión sale dentro de cuatro horas. Pero no es una retirada, Monna, sino un cambio de frente. Aquí hemos cumplido. Volvemos a Europa. Y esta vez volvemos todos.

—Excepto los muertos.

Grogan hizo una mueca expresiva, e inclinó la cabeza para contemplar el cadáver de Stephen Gray. Estuvo un momento

inmóvil y silencioso. A continuación, con paso ya firme, cruzó la sala y tiró del cordón de una campanilla, pendiente en la puerta. Transcurrido un minuto, el criado de blanco cabello apareció. Grogan le señaló el cuerpo yacente de Gray.

—Tendrás que sacar esa basura de ahí, y deshacerte de ella, Joe —indicó—. Que no quede rastro. Luego, fregar el suelo. Antes de una hora.

El criado asintió. En su rostro había una expresión dura, tan poco servil como la que pudiera haber en el rostro de un emperador romano.

Cuando se retiró, Monna dijo a media voz:

—Es demasiado fácil matar a un hombre, tío Al. Nunca debí descubrirlo. Nunca… antes de pegarle un tiro a un muchacho tan hermoso como éste. ¿Por qué le trajiste aquí?

Grogan mostró los dientes en una sonrisa.

—No iba a consentir que todo se estropease a última hora, ¿verdad, Monna? Mañana, por fortuna, partiremos en cuanto amanezca, pero la mala suerte nos ha estado mostrando la oreja, y convenía esquivarla. Tú —dijo, volviéndose a Kimbrough— has tardado demasiado en concluir. Tú hubieras tenido la culpa, si todo llega a fracasar.

—El negocio no fue fácil —gruñó Kimbrough.

—¿No? ¿No es fácil vender una casa, unos muebles y unos valores a cualquier precio? ¿No es fácil liquidar sin trabas una fortuna?

—Deja a Kimbrough en paz —terció Monna—. ¿Por qué le citaste en el club nocturno? ¿Por qué has ido esta noche, la última noche, teniendo ya en tus manos los pasajes para Londres, al «Spotlight»? ¿Por qué te has arriesgado así?

—Precisamente porque era la última noche, porque me gusta el «Spotlight». Necesitaba… despedirme de sus paredes. Les debo mucho.

—¡Ah, sí; tu extravagante esnobismo sentimental! A veces me pregunto si no serás, en el fondo, un pobre ingenuo.

—Pues no, lo soy, Monna. O… lo soy a mi modo, en todo caso.

La muchacha le miró desdeñosamente.

—¿Estaba Gray en el «Spotlight»?

—Sí, y representando una comedia. Esa chica le envió a mí. Me

contó unas mentiras… Bueno, lo vi todo claro desde el principio. Le insinué que Sally había olvidado un libro en mi coche y sus ojos, entonces, le delataron. Firmó su propia sentencia. Dejé a Billy en el club. Supuse que comprendería por sí mismo lo que debía hacer con la muchacha, después de oír a Gray.

Hubo un silencio.

—Descubrí lo del libro en cuanto Gray y yo quedamos solos —dijo Monna tristemente—. Hasta entonces no supe por qué había venido. Y lo cierto es que me dolió descubrirlo. Era un hombre muy guapo.

—Sí —asintió Grogan—, demasiado guapo para morir.

5

Joe Atkins, el criado de blanco cabello, sacó a rastras por la puerta trasera el cadáver de Gray, lo metió en un coche y partió con él. No se dio cuenta de que un pequeño cuaderno de notas se deslizaba del bolsillo superior de la chaqueta que vestía el muerto y quedaba caído en la calzada, junto al bordillo. No lo vio. Ni tampoco lo vio al regresar, ya vacío el coche.

Pero sí lo vio, mucho después, cuando el sol ardía en el cielo, un empleado de la limpieza pública. Y lo recogió, y dio una mirada a su contenido y lo entrego a un policía.

6

El timbre de la puerta del palacete de Park Avenue sonó en el preciso momento en que Monna, Grogan, Kimbrough y Atkins depositaban en el vestíbulo sus maletas. Los cuatro quedaron en silencio cuando el timbre calló, mirándose unos a otros, pálidos, alerta.

—Ve a ver quién es, Joe —dijo Grogan, al fin—. Y tú, Billy.

Atkins desenfundó una pistola. Kimbrough se situó detrás de él.

En la puerta había un mensajero uniformado.

—Un cablegrama urgente —dijo—. Firme aquí, por favor.

Atkins trazó rasgos nerviosos, y cerró la puerta. Entregó a Grogan el pliego de papel amarillo. Grogan lo rasgó. Su rostro se

desencajó al leerlo.

—Maldita mujer… —murmuró obscuramente—. ¡Oh maldita mujer… y cochinos hijos de perra sarnosa…!

—¿Qué ocurre? —jadeó Kimbrough.

Grogan le tendió el cablegrama.

—Todo nuestro trabajo ha sido en vano: ¡a Tessa le han robado en Londres las fórmulas, se las ha dejado arrebatar estúpidamente de su oficina!

Hubo un largo y espeso silencio.

—Pero ¿iremos a Londres, pese a todo? —preguntó Monna, después.

Grogan sacudió la cabeza rabiosamente.

—Ahora no nos queda ya otro remedio. Adelante. No tenemos opción… pero juro que esto me lo van a pagar… ¡y cómo!

CAPÍTULO V

CADENA DE CRÍMENES

1

En la vieja librería de Baker Street, Jackson, agachándose instintivamente, desenfundó la pistola. La mujer del cabello rojo no le había visto ni oído. Permanecía inmóvil, como sugestionada por el cuchillo ensangrentado que sostenía.

Jackson dio un paso al frente.

—Quieta ahí —ordenó con voz tensa—. ¡Quieta!

La mujer tuvo un sobresalto. Dejó caer el cuchillo, y volvió la cabeza. Sus ojos se desorbitaron de horror. Emitió una exclamación entrecortada, y se tambaleó. Jackson, deliberada y fríamente, permitió que se desplomara sin apartar de ella el cañón de la pistola.

Luego, avanzó más. Lo que vio al rebasar el montón de libros que le bloqueaba el paso, no le sorprendió: en el suelo había dos cuerpos inertes. Uno era el de la muchacha que acababa de caer. Otro, el de un hombre que no abultaba ni lo que ella, vestido con un guardapolvo remendado por cuya espalda se extendía una gran mancha de sangre. La sangre fluía aun, pero el hombre estaba muerto. Bastaba ver la posición retorcida y forzada de sus miembros para comprenderlo así.

Jackson se arrodilló a su lado. Aquel hombre era muy viejo, y tenía un aspecto semítico apolillado y sucio: Mose Solomons, el librero. Le habían apuñalado por debajo de la paletilla izquierda. El cuchillo estaba allí, entre su cadáver y la muchacha. Un arma extraña, de empuñadura tallada grotescamente y hoja asimétrica, probablemente un cortapapeles tomado de la misma librería.

Jackson sacó un pañuelo, envolvió en él el cuchillo y se lo guardó. Inmediatamente, con manos diestras, sin apenas tocarle, practicó un registro minucioso en las ropas del muerto. Nada halló digno de interés, salvo una cartera en el bolsillo trasero de sus pantalones. En la cartera, una fotografía amarillenta que representaba a una muchacha flaca y triste, vestida a la moda de fin de siglo. Diez libras esterlinas, una hoja de papel con anotaciones indescifrables, y la receta médica de un estimulante cardíaco. Algo que había en la receta, no obstante, retuvo su atención. No supo al principio lo que era, y estuvo algún tiempo estudiándola con el entrecejo fruncido. Había sido extendida tres meses antes por el doctor Angus T. Baxter, residente en el 44 de Britten Street, Chelsea. Pero al darse cuenta de lo que había descubierto, al recordar, Jackson emitió un silbido de asombro: Britte'n Street era el punto marcado con una cruz roja, en el mapa de Londres que encontró en un cajón del escritorio de T.
A. Hoffman.

Desconcertado, Jackson permaneció inmóvil unos instantes. En aquel momento, la muchacha pelirroja gimió sordamente. Jackson se enderezó, y fue hacia ella. Estaba recobrando el conocimiento. La levantó y la sostuvo ante él por los sobacos. Su rostro pálido y torcido por el miedo, se le antojó entonces vagamente familiar.

Luego, la muchacha abrió los ojos. Como si le reconociera y el reconocerle la confortara, sonrió y se recostó contra él. Cobró fuerzas rápidamente, pero Jackson no supo al principio qué decirle. Luego, preguntó:

—¿Qué estaba usted haciendo aquí?

En unos segundos, ella se repuso del todo. Dio un paso atrás, y le miró. Volvió a sonreír.

—¿Es posible que sea usted americano? —exclamó—. ¿Es posible que no sea francés… *Monsieur* Poiseuille?

Jackson maldijo su propia espontaneidad. Se había olvidado de sí mismo, del papel que representaba, de su acento galo y de su *charme* continental. Todo aquello se le antojó, de pronto, remoto y absurdo.

—¿Usted me conoce? —inquirió.

—¿Y usted, no me conoce a mí?

Jackson entrecerró los ojos.

—Sí… ahora, sí. Estaba usted anoche en el bar de mi hotel.

—Y estuve luego en el comedor. Y antes, en el «Women Club». Asistí a su conferencia. Pero usted… era francés ayer.

Jackson se mordió los labios. Recordaba ya perfectamente a aquella muchacha pelirroja, frágil y de rostro infantil. Había sentido sus ojos incrustados en él mientras cenaba con Paul Gordon. Era una extraña coincidencia que la hubiera encontrado allí, con un cuchillo ensangrentado entre los dedos. Extraña, porque parecía sólo una niña desvalida y tontuela.

Dio un paso atrás, y le mostró el cadáver de Solomons y la sangre que empapaba su guardapolvo.

—¿Qué sabe de esto?

La muchacha se aferró a su antebrazo.

—No lo entiendo… —susurró—. No… no lo entiendo. Entré y le vi, y pensé…

—¿Había alguien más?

—No…

—¿Por qué cogió el cuchillo?

—Fue… un acto gratuito. Estaba encima de este tablero. Lo cogí… obsesionada… ¡Oh! No creerá usted que lo hice yo, ¿verdad?

Jackson trató de sondear sus pupilas con la mirada.

—¿A qué vino?

—A buscar un libro. Me envió la señora Barratt. Soy su secretaria, ¿sabe? Quería ese libro… a toda costa. Ya había venido otras veces, y él —señaló al muerto con un dedo que temblaba— se negaba a venderlo.

—¿Qué libro?

—Una antigua edición de Baudelaire.

Jackson contuvo el aliento.

—¿«The spleen of Paris», edición Strong de 1877?

Ella le miró, estupefacta.

—Sí. ¿Cómo sabe…?

—¿Quién es la señora Barratt? —preguntó Jackson, secamente.

—Cené con ella en el hotel, ¿no la vio? Es una señora americana… Le gustan los libros.

—¿Desde cuándo es usted su secretaria?

—Desde hace un mes. Me contrató en Miami, Florida. Acabamos de llegar a Londres. Sólo llevamos aquí cinco días.

—¿Por qué han venido?

—Pues… en viaje de turismo.

—¿Para qué quería la señora Barratt esa edición de Baudelaire?

—Para su biblioteca, supongo. Tiene cincuenta ediciones distintas de los «Poemas en prosa», en idiomas diferentes. Las vi en Miami.

—Es usted inglesa, según parece.

—Sí.

—¿Qué hacía en Miami?

—Fui acompañando a una señora como enfermera, una señora americana que me contrató aquí, en Londres. Murió, y me quedé sin empleo. Pero tuve suerte. Ahora he regresado.

—¿Su profesión es acompañar señoras americanas?

—En cierto modo, sí. Pagan bien. Se ve mundo con ellas.

Jackson se encogió de hombros. La tímida mirada inocente de la muchacha empezaba a enojarle.

—De acuerdo. Luego, hablaremos más extensamente. No se mueva, no intente escabullirse.

—Pero…

—He dicho que no se mueva.

Volviendo la cabeza, Jackson distinguió un pequeño escritorio casi oculto por las altas estanterías repletas de volúmenes. Junto a él había un archivo desvencijado. Se dirigió a ellos. Manoseó los papeles amontonados, en el escritorio, cubiertos de notas redactadas con la misma letra minúscula e indescifrable de la hoja de papel hallada en la cartera de Solomons. Luego, acometido de súbita inspiración, tiró del primer cajón del archivo. Sus dedos ágiles se posaron sobre la ficha marcada con la letra B. Se movieron rápidamente hasta detenerse en Baudelaire. Instantes después, encontró lo que buscaba: una cartulina rectangular en la que estaba escrito, con claridad sorprendente:

«BAUDELAIRE, CH.
»The spleen of Paris»
»Ediciones Strong, Londres, 1877.
»Un ejemplar - A4. E25. N143».

La ficha llevaba, en cifras rojas, una fecha correspondiente a seis

meses antes: el 10 de febrero. Pensó que era muy notable el hecho de que Solomons no poseyera más que un ejemplar de aquella edición. De acuerdo con los informes que había recibido, el judío era el único librero del mundo que disponía de un verdadero depósito de «The spleen of Paris». Alguien, por tanto, debió comprárselo antes del 10 de febrero. Antes de que redactara su nueva ficha.

Volviendo al escritorio, Jackson tanteó las puertas laterales de su parte inferior. Abrió una de ellas. La mitad del compartimiento estaba llena de archivadores. Tomó uno. Lanzó un suspiro de satisfacción al comprobar que contenía albaranes cuidadosamente clasificados cronológicamente. Correspondían al mes de abril de aquel año, y una mirada le bastó para observar que registraban una a una las ventas efectuadas, hasta la más insignificante. Mose Solomons, pensó, era un hombre ordenado.

Se puso a buscar el archivador correspondiente a febrero. Pero algo ocurrió antes de que lo encontrase. La puerta de la tienda se abrió.

Jackson entrevió el sombrero negro de un hombre. Dio un salto atrás, asió a la todavía inmóvil muchacha del brazo, y la obligó a agazaparse tras la montaña de libros.

El hombre avanzaba paso tras paso.

—¡Buenos días! —exclamó, como para recabar la atención del propietario invisible.

Jackson oía el nervioso jadeo de la muchacha junto a su mejilla. Miró en torno, desesperadamente. Columbró una puerta al fondo del local. Sin esperar más, encogido, echó a andar hacia allí, arrastrando a la joven.

El hombre del sombrero negro les vio un momento después.

—¡Eh, oigan! —gritó.

Jackson se lanzó hacia adelante a la carrera, y alcanzó la puerta en una fracción de segundo. La luz apenas llegaba más allá. A trompicones, siempre tirando de la muchacha, avanzó por un tenebroso pasillo.

—¡Socorro! —gritó, de pronto, el hombre en la tienda—. ¡Socorrooo… policía…! ¡Un asesinato!

Jackson dio un puntapié a una puerta. Parpadeó al recibir en los ojos la luz del sol. Entró en un dormitorio, donde había una ventana

abierta a un patio despejado, pero hondo, situado por debajo del nivel del piso y de la calle.

Se asomó y calculó la profundidad. Detrás de él, la muchacha le hablaba atropelladamente. No le prestó ninguna atención. No vaciló: la ciñó por la cintura con un brazo y la alzó en vilo. Se sentó en el alféizar. Ella lanzó un grito breve.

Sin soltarla, Jackson se dejó caer. Los poderosos músculos de sus piernas amortiguaron el golpe y quedó en pie, con la muchacha entre los brazos. Ella, entonces, como si hasta aquel momento no hubiera adquirido noción de lo que ocurría, empezó a sollozar.

—¿Se ha… vuelto loco? —articuló—. ¡Suélteme! ¡Oh, suélteme! ¡Hemos estado a punto de matarnos! ¿Quién es usted? ¿Qué se propone?

Jackson la depositó en el suelo, y se inclinó para recoger el bolso que a la muchacha se le había caído en el salto.

—Serénese —dijo—. ¿No comprende que la estoy sacando de apuros? ¿No se ha dado cuenta de lo comprometido de su situación? Vamos, sígame.

—¿Quién es usted? —repitió ella.

—Un amigo suyo… por ahora.

Volvió a asirla del brazo, ya sin encontrar resistencia. Transpusieron una puerta, atravesaron unos sótanos llenos de carbón, y salieron a una escalera tenebrosa. No toparon con nadie. Arriba, se asomaron al portal de una casa. Baker Street. La librería de Solomons quedaba inmediatamente a su derecha. Reinaba en la acera gran agitación.

Jackson miró a los ojos a la muchacha.

—Procure ahora pasar inadvertida. No se aparte de mí. Vamos allá.

Salieron a la calle, recibieron los empellones de la gente, y se abrieron paso hasta la calzada. Instantes después, doblaron la esquina de St. George Street. Siguieron adelante sin detenerse, sin hablar, hasta Edgware Road. Allí, Jackson buscó un bar y metió en él a la muchacha. Se dio perfecta cuenta de que las lágrimas se agolpaban en los ojos de ella, de que se hallaba al límite de su energía moral.

—Animo, todo ha ido bien —murmuró.

La condujo a una mesa y, sin consultarla, pidió al camarero dos

whiskys dobles. La observó mientras bebía, sonriendo para tranquilizarla. Era una muchacha extraña, frágil y asustadiza. Antes de comprender lo que ocurría en su espíritu, Jackson estaba experimentando hacia ella un vivo sentimiento de protección, un impulso caballeresco y primitivo. Se maravilló al descubrirlo. Pero acaso la muchacha, lo mereciera. No era hermosa en el sentido clásico de la palabra, aunque estaba dotada de un atractivo sutil que radicaba en su misma desvalidez y en la expresión infantil de su rostro. Un atractivo que a duras penas podía resistirse. Jackson se sintió incapaz de imaginarla hundiendo un cortapapeles de hoja asimétrica en la sucia espalda de un librero judío. Y a continuación, se maldijo por dejarse llevar de sus reacciones sentimentales.

—Bueno —dijo, al fin—. ¿Cómo se llama usted?

—Anne Packwood.

—Pues temo, Anne… que se haya metido en un buen lío.

—Un asesinato —murmuró ella, pensativa—: Y usted ha intentado que… Diga, ¿por qué hemos huido de allí? ¿Por qué se empeña ahora, en hacerme creer que me he metido en un lío?

—¿Acaso no es así?

—No. Llegué a la librería, y encontré a aquel hombre muerto. Soy inocente. En cambio, mi declaración hubiera podido servir de algo a la policía.

—Sí… con sus huellas digitales en el cortapapeles.

La muchacha se estremeció.

—¿Qué importa eso, al fin y al cabo? Mire, señor… señor Poiseuille, he reflexionado mientras veníamos hacia aquí. Aunque ha fingido usted ocuparse de mí, no era yo quien le preocupaba. Lo sé. Era usted mismo. Es usted quién se ha metido en un lío, no yo. Usted, que es americano y se presentó en el «Women Club» y en el hotel como francés. Usted, que me abrumó a preguntas cuando recobré el conocimiento. Usted, que registró un archivo y un escritorio que no le pertenecen. Usted, que estaba en la librería con un propósito determinado que no era el de comprar libros. Usted, que llevaba una pistola y me encañonó con ella. Usted, que hizo desaparecer el cortapapeles aprovechándose de mi desmayo. ¿Cree que no lo eché de menos? ¿Cree que no advertí su desaparición, mientras usted registraba el archivo? No… no me ha engañado, *Monsieur* Poiseuille. Está protegiéndose, y para protegerse me ha

traído consigo. Será interesante ver ahora cómo va a deshacerse de mí.

Jackson, desconcertado, frunció el entrecejo.

—¿No tiene miedo?

—No.

Hubo un silencio, durante el cual Jackson reflexionó y se trazó una norma de conducta. Debía conservar juntó a sí a la muchacha, pensó, pero al mismo tiempo necesitaba conocer la identidad exacta de aquella misteriosa señora Barratt que pretendía adquirir «The spleen of Paris». Y controlar sus movimientos. Y, además, investigar la razón de que se hubiera dibujado una cruz roja en Britten Street, Chelsea, donde vivía un tal doctor Baxter que había recetado a Solomons un estimulante cardiaco. Sonrió. Paul Gordon podría solucionar una parte de sus problemas, si estaba en el hotel. Le llamaría por teléfono.

Se puso en pie.

—No se mueva de aquí. Regreso al instante.

Anne Packwood le dirigió una ingenua y limpia mirada. Jackson pensó que no sabía aún a qué atenerse respecto a ella, y que probablemente no lo sabría jamás. Su candor era una barrera impenetrable.

Siguiendo las indicaciones del camarero, se encaminó al fondo del local, y halló la cabina telefónica. La muchacha no se había movido cuando entró en ella.

—Con el señor Gordon —dijo, al establecerse la comunicación desde el hotel. Esperó unos eternos minutos, y la voz de la operadora la anunció que el señor Gordon se hallaba ausente—. ¿Está segura? Trate de localizarle. Es importantísimo.

Nueva espera.

—Lo siento, señor, pero ha salido del hotel.

Los pensamientos se agolparon en la mente de Jackson.

—¿Está ahí la señora Barratt? —preguntó—. Averígüelo y póngame con ella.

Pausa.

—¡Diga! —exclamó una voz típicamente americana, un momento después.

Jackson habló lenta y persuasivamente:

—Preste atención, señora Barratt. Soy un amigo a quién no

conoce, y quiero advertirla de que ha dado usted un paso en falso. Si en algo estima su vida y su seguridad, no salga del hotel esta mañana. Su secretaria ha hablado demasiado. Y, sin duda alguna, sabrá usted ya lo que ocurrió anoche en la oficina de T.
A. Hoffman.
Que le sirva de advertencia… hasta que tratemos la cuestión personalmente. Es en beneficio suyo, señora.

—¡Un loco! —dijo mordazmente, la voz de acento americano.

—No, un loco no, pero si…

Desde el hotel, la comunicación quedo cortada bruscamente.

Jackson se encogió de hombros, y salió de la cabina. No sabía con certeza lo que estaba haciendo. Se movía en la penumbra de unos recelos y unas vagas suposiciones, a tientas, torpemente.

Pero al mirar hacia la parte anterior del local, vio que Anne Packwood había desaparecido.

El camarero le esperaba junto a la mesa con una mueca burlona grabada en el rostro.

—La señorita parecía tener mucha prisa —manifestó—. Esas pelirrojas son muy temperamentales, ¿verdad, señor?

Mascullando una maldición, Jackson pagó las consumiciones, y salió a la calle. No se veía ni rastro de la muchacha. Estaba seguro de encontrarla de nuevo si volvía al hotel, pero permaneció un instante en la acera, vacilando. Una fuerza interior semejaba empujarle hacia Chelsea, hacia Britten Street. Algo como una llamada procedente de allí, estaba sonando en su subconsciente.

Cerró los ojos y se oprimió las sienes con, las manos. Un momento después, tomó un taxi.

—Al 44 de Britten Street —ordenó al conductor.

2

El número 44 de Britten Street era una casa de pisos de apariencia vulgar. En su puerta, una placa indicaba: «Angus T. Baxter, M. D. - Cardiología - Horas de visita, de 9 a 12 y de 3 a 5» El consultorio se hallaba en el cuarto piso. Jackson llamó, y la puerta le fue abierta por una enfermera regordeta y rubicunda. Jackson pasó a la sala de espera.

—No soy un paciente —confesó—. He venido, a tratar con el

doctor un asunto de suma importancia. Dígale…

—El doctor le recibirá al instante. No tiene más que una visita. Está ahora en su despacho.

—Pero…

Al fondo de la sala había una puerta esmaltada de blanco. Tras ella sonó, de pronto, un ¡plop!, ahogado, ominoso.

Jackson se lanzó hacia adelante, presa de furia incontenible. Cuando empujó la puerta, tenía ya en la mano la pistola.

Y se arrojó de bruces al suelo al cruzar el umbral.

¡Plop, plop, plop!, hizo por tres veces una automática provista de silenciador. Jackson sintió las balas morder el aire junto a él. Se revolcó, buscando el amparo de una butaca. La butaca fue apartada de un puntapié, y se halló ante la angosta boca de un cañón. Vislumbró apenas la figura de un hombre alto y flaco antes de apretar el gatillo del arma que empuñaba. El disparo de su pistola sonó como una enorme explosión en el estrecho recinto del consultorio. La fuerza de la bala derribó de costado al hombre alto y flaco.

Otro hombre apareció en el campo visual de Jackson. La rapidez de los acontecimientos le había impedido desenfundar arma alguna, pero lo estaba haciendo entonces. Jackson disparó contra él casi con la misma tranquilidad que si hubiera estado tirando al blanco. El hombre emitió un brusco ronquido, abrió los brazos, intentó aferrarse al aire y se dobló por la mitad. Hizo mucho ruido al caer y arrastrar una silla. Estuvo moviéndose convulsivamente en el suelo un instante. Luego, se quedó quieto, perfectamente quieto.

Jackson esperó. A la enfermera, en la puerta de la sala, le había dado un ataque de nervios, y reía con agudos gritos insoportables. Jackson se desentendió de ella. No tenía tiempo que perder si quería obtener de su visita algún provecho, puesto que los dos estruendosos disparos de su automática habrían despertado la alarma general.

Pese a ello, se puso en pie sin demasiada prisa. La enfermera, al verle, dio media vuelta y echó a correr, gritando aún. Jackson oyó un portazo lejano y se apagaron los gritos.

No parecía haber nadie más en la casa.

Los dos hombres estaban muertos. Según los pasaportes que Jackson halló en sus bolsillos, se apellidaron Pritchard y Lamb.

Americanos.

Jackson se enderezó y posó en los cadáveres una mirada aturdida. Se guardó los pasaportes. Luego, reaccionando, siguió adelante. Detrás de una amplia mesa escritorio vio un fichero metálico, uno de cuyos cajones yacía volcado en el suelo. Reconstruyendo mentalmente la vertiginosa escena de la que había sido protagonista, dedujo que el segundo de los hombres que le atacaron estaba registrándolo cuando él entró allí. El primero, probablemente, vigilaba la puerta. Rápidamente ya, Jackson miró en torno. Sobre la mesa había una valija de mano. La tomó, se arrodilló junto al cajón volcado, cogió las fichas y las metió en ella. Hizo lo mismo con las de los restantes cajones.

Respiró profundamente. Nadie le había interrumpido todavía, y la casa seguía en silencio. Llevando la valija, transpuso una puerta inmediata al fichero. Más allá había un gabinete radiológico iluminado por una amarillenta bombilla. Al pie del aparato de rayos X yacía una forma blanca, larga e inmóvil. Era el doctor Baxter, vestido con su bata de médico. Le habían incrustado una bala en mitad de la frente. El ¡plop!, ahogado que oyó desde la sala de espera.

Otra puerta condujo a Jackson a un pasillo. La sala y la puerta de entrada quedaban a su derecha, y en ellas sonaban ya tropel de pasos y algarabía de voces excitadas. El piso había sido invadido. Jackson recorrió el pasillo en toda su longitud, se metió en un pequeño quirófano, volvió a salir y tropezó con una habitación destinada a biblioteca. Obedeciendo un impulso ajeno a su voluntad, entró allí, cerró la puerta y echó el pestillo. La biblioteca tenía un amplio ventanal. Se abría a la fachada de la casa… pero la calle estaba cuatro pisos más abajo.

Asomándose, Jackson vio a la izquierda el balcón de la casa contigua. Un suspiro de alivio escapó de su pecho. No estaba lejos. Podía alcanzarse saltando desde el alféizar. Con riesgo de estrellarse, es cierto, pero también con posibilidades de asir la baranda. Era, de todos modos, el único camino que le quedaba.

No lo utilizó, sin embargo. Como si nada hubiera ocurrido ni estuviese a punto de ocurrir, como si nadie le pisara los talones, Jackson se apartó de la ventana y, plantándose en el centro de la biblioteca, dio una mirada en torno. Le rodeaba una cantidad

considerable de libros. Sólo una parte de aquellos libros, según comprobó, estaba dedicada a la medicina, y así carecía de valor para consultas o estudios, pues se trataba de obras de interés histórico, a veces casi arqueológico. El resto era pura creación literaria, y había libros de todos los géneros y de todas las épocas. Había sido recopilada por un bibliófilo de criterio irregular, sin norma aparente, pero estaba cuidadosamente ordenada y clasificada.

Jackson no vaciló. Buscó un nombre en aquellas hileras interminables de volúmenes: Charles Baudelaire. Y lo encontró. Ocho ediciones diferentes de «Las flores del mal», y a continuación, seis de los «Poemas en prosa». La segunda de éstas era la edición Strong de 1877, con el título de «The spleen of Paris». Llevaba anexo a la primera página el *ex libris* de Angus T. Baxter. Esto aparte, no merecía interés especial.

Jackson dejó el libro en su sitio, y regresó a la ventana. Trepaba al alféizar cuando alguien zarandeó la puerta y se puso a gritar en el pasillo. Jackson tomó entre los dientes el asa de la valija llena de fichas, se situó convenientemente en la ventana, se dio impulso y saltó.

La prudencia le hizo calcular con exceso la longitud del salto, de modo que, tras golpearse el abdomen con la baranda del balcón, cayó de rodillas en el interior de éste. Su puerta estaba entreabierta. La empujó, y entró en la casa.

Se halló en un dormitorio, que cruzó rápidamente… Al salir de él se dio de manos a boca con una mujer joven y rubia, vestida con un kimono de gasa translúcida. Sus ojos se desorbitaron al verle.

—¡Oh, oh! —exclamó.

Jackson trazó con la mano, en el aire, un signo tranquilizador.

—No tenga miedo, preciosa. No soy un ladrón. Soy sólo Papá Noel en traje de calle. ¿Dónde está la puerta?

La mujer no parecía, en el fondo, muy asustada, sino únicamente sorprendida. Y acaso, sorprendida agradablemente. Indicó una dirección con la cabeza y, de pronto, empezó a sonreír.

Jackson le volvió la espalda. Echó a correr. Ganó el vestíbulo, y, por la puerta principal del departamento, la escalera. Descendió a saltos hasta la portería.

Al salir a la calle miró arriba, y distinguió a la mujer del kimono

en el balcón. Por la ventana de la biblioteca del doctor Baxter asomaba un grupo de cabezas, y la mujer les estaba diciendo algo. Señaló la calle. En la acera, dos policías trataban de abrirse paso entre la gente. Los de la ventana rompieron a gritar, refiriéndose, al parecer, a Jackson.

Jackson retrocedió. Los gritos arreciaron. Por un instante se consideró perdido, pero supo aprovechar la confusión y llegar a la esquina de Sidney Street sin demasiado apuro. Allí torció hacia Kings Road.

No había dado más que unos pasos en esta dirección, cuando una especie de sexto sentido le avisó que algo anormal estaba ocurriendo. Enderezó súbitamente la cabeza, y miró a su alrededor. Un automóvil, un único automóvil, se le aproximaba lentamente desde Sidney Street. Muy lentamente.

Y luego, de pronto, los rayos del mortecino sol londinense, arrancaron un destello al cañón de una pistola ametralladora que asomó por la ventanilla del vehículo.

Con un prodigioso *plongeon*, Jackson saltó hacia el refugio de una portería. La ametralladora entró en acción al mismo tiempo. El coche aceleró la marcha. Las balas crepitaron en la acera y contra las paredes. Jackson las sintió rebotar a su alrededor, zumbar y silbar. Un transeúnte lanzó un ronco grito de dolor. Dos más cayeron de rodillas. Jackson se tendió de bruces antes de alcanzar la portería. Desenfundó la pistola.

El coche emprendió rápida huida, pero la ametralladora envió aun una última y devastadora ráfaga.

Luego, Jackson disparó, a su vez. Con deliberada precisión, serenamente, entre los gritos y las carreras que llenaban la calle, agotó las municiones del cargador. El automóvil, ya a enorme velocidad, iba a doblar la esquina. Pero no la dobló. Sus neumáticos traseros estallaron antes. El coche platino perdió la dirección y salió haciendo eses, con un chirrido espantoso de frenos, a Kings Road.



Luego, Jackson disparó a su vez.

Lo que ocurrió a continuación, fue impresionante. Un gigantesco autobús atestado de pasajeros asomó a toda marcha por Kings Road, y embistió de lleno al coche. Lo lanzó al aire, le hizo describir una vuelta de campana, y lo estrelló contra una pared. El impacto sonó como un verdadero estampido. Al instante, el motor despidió un

chorro de fuego, se rajó el depósito de esencia y todo el vehículo se convirtió en una pira enorme y rugiente.

Mientras, el autobús se tambaleó peligrosamente, y arrancó a la calle entera un alarido de terror. Por un momento pareció que iba a volcar. Se vio a algunos pasajeros esforzarse en vano por salir a través de las angostas ventanillas. Todo fue rapidísimo. Y el ómnibus, completamente atravesado en Kings Road, concluyó recobrando la estabilidad y deteniéndose.

Jackson, al amparo del estupor general, enfundó la pistola y corrió inadvertido hasta la esquina. En Kings Road la gente empezaba a rehacerse del pánico, y un policía arrancaba a su silbato estridentes sonidos. El coche ardía. Jackson le dirigió una mirada, y muy pronto comprendió que nada podía hacerse por sus ocupantes.

Afrontando el riesgo de que alguien le reconociese, echó a andar hacia el río por los jardines del hospital de Chelsea. Nada sucedió. Las mismas dimensiones del accidente habían impedido que el público dedicase demasiada atención a su persona.

Poco después, oyó el aullido de las sirenas de unas ambulancias. Tarde ya para los hombres que ardían en el coche, pensó. Y esbozó una sonrisa dura. Scotland Yard, se dijo, iba a tropezarse con un fabuloso misterio desarrollado a plena luz y ante centenares de ojos. Pero ¿alguien lo relacionaría con el asesinato de Mose Solomons? ¿O con la muerte de tres pistoleros en un piso de Poplar, ocurrida la víspera? ¿O, incluso, con el extraño fin del doctor Baxter? No, nadie… salvo el

F. S. D.

Nadie, salvo una organización secreta, implacable, que tenía su base a muchos miles de kilómetros de allí.

La mañana había sido pródiga. Jackson pensó esto cuando con la valija llena de fichas bajo el brazo, tomó un taxi y se hizo conducir al hotel.

CAPÍTULO VI

LA VERDAD ASOMA EL ROSTRO

1

El empleado de contaduría le llamó al verle cruzar el vestíbulo:

—¡*Monsieur* Poiseuille!

Jackson se transformó en Poiseuille automáticamente.

—¿Diga?

—Perdone, señor, pero la señora Barratt ha estado preguntando reiteradamente por usted. Parecía un tanto… enojada. No lo tome a indiscreción, señor, pero he observado que ella y la señorita Packwood hablaban de usted… muy ampliamente, cuando la señorita regresó, hace ya un rato.

Jackson se permitió una sonrisa ambigua.

—Tenían motivo —replicó—. ¿Está el señor Gordon en el hotel?

—Se retiró hace unos minutos. Discúlpeme, señor, ¿qué debo decirle a la señora Barratt?

—Que hablaré con ella más tarde… en el bar, antes del almuerzo…

Jackson subió a su habitación y abrió la puerta a sabiendas de que encontraría dentro a Paul Gordon. En efecto, Gordon estaba arrellanado en una butaca, fumando sibaríticamente. Hizo una mueca de saludo al verle. A continuación, sus ojos se incrustaron en la valija.

Pero ninguno de los dos hombres habló hasta que Jackson, tras desenfundar y desarmar la pistola, hubo procedido a recargarla, colocando las balas cuidadosamente, una a una.

—¿Y bien? —preguntó Gordon, cuando le vio enfundarla de nuevo.

Jackson esperó todavía. Quería poner orden en sus recuerdos para dar una versión concisa y exacta de lo ocurrido. Al fin, lenta pero claramente, ayudándose con un poco de *whisky*, relató sus aventuras.

Gordon las escuchó sin interrumpirle.

—Bien —dijo Jackson, en cuanto hubo terminado—. ¿Qué has hecho tú?

Gordon carraspeó.

—Hablé por radio con Washington. Me he puesto en contacto con la Tercera Sección[3] y he pedido, para acallar tus recelos y darte gusto, un informe completo de cuánto concierne a Margaret Hobson y Janos Verczeg. Pero el resultado… ha sido muy curioso.

—¿Por qué?

—Porque se han negado a procurarme ese informe, so pretexto de que no figuraba en nuestras órdenes ni era asunto de nuestra incumbencia.

Jackson frunció el entrecejo.

—El
F. S. D.,
nunca había hecho una cosa así —murmuró.

—Pues la ha hecho ahora, y tendrá sus motivos. Por otra parte, en compensación, he sabido de la Hoffman lo que necesitaba saber.

—Suéltalo, Paul.

—Teresa Agatha Hoffman es su verdadero nombre. Nació en Viena, emigró a los Estados Unidos, y obtuvo la ciudadanía americana en 1927. Se casó un año después con Tony Galvados, un hombre pintoresco que se había hecho famoso como *croupier* en las principales casas de juego de Nevada. Galvados se suicidó en 1933 por motivos que se ignoran, dejando a su mujer, una hija de corta edad y bastante dinero. Con éste, la Hoffman instaló un garito en Las Vegas, que mantuvo durante varios años. Luego desapareció, para reaparecer, en Nueva York asociada a Moretto en aquel turbio asunto de las casas de juego clandestinas, al que puso fin la locura homicida de «Araña» Hellgruth. Desde entonces, no se ha vuelto a saber de ella.

—Sí —dijo Jackson, enfáticamente—. Ahora comprendo por qué esa mujer me conoce. No estaba tan gruesa ni tenía un aspecto tan siniestro por aquellos días… ¡Oh, no! Era realmente atractiva. En

Las Vegas, claro está. Su garito se llamaba «Lucky Den». Te sorprendería saber, Paul, la cantidad de locuras que un hombre podía cometer allí. Yo las cometí todas. Aquellos… eran otros tiempos, y yo una persona distinta, naturalmente, pero ¡vaya si recuerdo a Tessa Galvados!

—Bien, he radiado su fotografía a Washington, y no cabe duda respecto a su identificación. He comprobado también que las fórmulas halladas en su caja de caudales son las mismas que desaparecieron del Centro de Experimentación de Los Cerros. En Washington me lo han confirmado así, y he recibido para ti un sinnúmero de felicitaciones. Esta noche tomaré en Croydon el avión.

—¿Tú?

—Tengo orden de llevar las fórmulas a Washington personalmente.

Jackson hizo un gesto de enojo.

—Lo siento, Paul. Me desagrada prescindir de ti en estos momentos críticos, y además, para una misión peligrosa. Esos papeles son dinamita pura. No los llevaría yo ni por un millón de dólares.

—Eso habría que verlo —repuso Gordon, con una media sonrisa —. Por ahora, lo que importa es revisar tu informe y analizarlo, comenzando por la posible relación existente entre el librero, Tessa Hoffman y el doctor Baxter.

—La relación es «The spleen of Paris». Baxter tenía un ejemplar en su biblioteca.

—Muchos bibliófilos deben tenerlo, pero no por ello están condenados a muerte. No, se trata de algo distinto. O del libro, sí… aunque indirectamente.

—Paul, ¿no habría modo de averiguar quién compró a Solomons todos los ejemplares de *The spleen of Paris*, excepto uno, poco antes del 10 de febrero? Esta preciosa información… está en su librería, en su registro de albaranes. Se me escapó por unos minutos, maldita sea, y ahora…

—Ahora no es posible conseguirla sin recurrir a Scotland Yard o al «Intelligence Service». ¿Y cuál sería la reacción de estos organismos?

—¡Paul! No creerás…

—Yo no creo nada, salvo que soy un espía operando en territorio extranjero, que no puedo contar oficialmente con la ayuda de nadie, y que si doy un paso en falso, yo sólo soy responsable de él. Éstas son las reglas del juego, Stanley, y lo mismo tú que yo las aceptamos al iniciar la partida.

Jackson no replicó. Gordon, pensativo, fue inspeccionando los pasaportes de los dos hombres muertos en el consultorio del doctor Baxter, el siniestro cortapapeles ensangrentado que arrancó la vida a Mose Solomons, y el montón de fichas médicas, objetos todos que Jackson había depositado sobre la mesa durante el curso de la conversación. Luego se quedó con las fichas y procedió a barajarlas lentamente, leyendo los nombres inscritos en ellas.

—Si por algún camino hemos de descubrir la verdad —dijo, golpeándolas con el dorso de la mano—, el camino está aquí. El doctor Baxter fue asesinado porque sabía, algo. Se le había condenado previamente: su consultorio se hallaba en el mapa de Londres señalado con una cruz roja. Y lo que el doctor sabía… ha de encontrarse en su fichero. La prueba es que esos hombres lo estaban registrando cuando tú les interrumpiste.

Gordon guardó un repentino silencio. Estaba dando vueltas entre sus dedos a upo de los rectángulos de cartulina, con el entrecejo fruncido. Tras una duda, sacó un cuaderno de notas del bolsillo, buscó una página y comparó con la ficha algo que estaba escrito en ella. Su entrecejo se frunció más aún. Enderezó rápidamente la cabeza.

—En mi opinión, Stanley —prosiguió—, tenemos delante una banda compuesta de americanos sin escrúpulos, de traidores y forajidos, que practican el espionaje en un plano internacional con la pretensión de vender al mejor postor sus informes. Ésta es, probablemente, la causa de que las fórmulas de Los Cerros se hallaran todavía en manos de la Hoffman y no en poder de cualquier Servicio de Información de más allá del telón de acero. Esa gente esperaba la última oferta… y hay algo aquí, precisamente aquí, en esta ficha, que me induce a suponer que no me equivoco.

Jackson se inclinó para ver la cartulina.

—¡Has dado con ello! —exclamó.

—No lo sé. No concuerda exactamente. Según se desprendía de ella, el doctor Baxter había asistido a un hombre que fue víctima en

plena calle de un ataque cardíaco. Le condujo a su consultorio, y logró reanimarle con un tratamiento momentáneo de digitalina. Le había visitado luego, dos veces más. El hombre tenía cuarenta años de edad, era de nacionalidad norteamericana, se llamaba Alfred G. Grogan y residía en el Hotel Carlton. Padecía una insuficiencia mitral descompensada.

Jackson y Gordon guardaron un largo silencio.

—Es posible —dijo Gordon después—; es perfectamente posible, Stanley. Ten en cuenta que el doctor Baxter era un apasionado bibliófilo, y que ése Groaran estuvo en su consultorio y acaso también en su biblioteca. Pudo ver allí la edición Strong de los *Poemas en prosa*. Baxter se la había adquirido a Mose Solomons, que era, además, uno de sus pacientes. El extranjero se interesó por el libro, y Baxter le envió a la tienda del judío con una recomendación. Grogan compró todos los ejemplares de *The spleen of Paris*, menos uno que Solomons debió reservarse. Por qué lo hizo, es un misterio; pero ahora, cuando se ha necesitado borrar la pista de esa compra, Solomons y Baxter han muerto. Es lógico: muertos ellos, nadie más sabrá lo que fue de los libros. Y, o mucho me equivoco, o no hubieras tú encontrado en el registro de albaranes la anotación correspondiente a aquella venta. A buen seguro fue destruida, como iba a serlo la ficha comprometedora del archivo del doctor.

—Eso es sólo una suposición —objetó Jackson.

—Pero no descabellada. Cuando ordenes a Margaret Hobson seguir la pista de Freeman en el «Carlton», haz que se ocupe también de Grogan y de la relación que pudo haber entre ellos, e incluso de la posibilidad de que Grogan y Freeman no sean más que dos nombres y una misma persona.

—Sí —murmuró Jackson.

Gordon dio una rápida mirada a su reloj de pulsera.

—Bien, Stanley, hemos localizado al fin el hilo principal de la madeja —prosiguió—. Esto, por el momento, ha terminado. Saldré en el primer avión de esta noche y me llevaré, con las fórmulas, todo el botín de objetos y documentos que hemos reunido. Intentaré en Washington que los expertos descifren el misterio oculto aún tras esa dispersión de poemas de Baudelaire, y luego te enviaré cuántos informes acerca de Freeman y Grogan consiga allí. Tú sigue aquí

con la Hobson y Verczeg: a una parte u otra te llevarán.

—Y con Anne Packwood y la señora Barratt.

Gordon sacudió la cabeza.

—No, este asunto vamos a resolverlo ahora mismo.

2

Anne Packwood y la señora Barratt esperaban en el bar. La muchacha se mostraba cariacontecida; la señora, en cambio, y contra lo que el empleado de contaduría había dado a entender, de un humor sorprendentemente bueno.

—Éste es el señor Poiseuille —dijo Anne con un hilo de voz, cuando ambos hombres se aproximan a los escabeles que ellas ocupaban.

La señora Barratt miró a Jackson de pies a cabeza. Sus ojos grises y penetrantes producían una aguda sensación de incomodidad, que no podían compensar su apariencia general, extraña y huesuda, ni las grandes y valiosas joyas con que se había adornado.

Venciendo un instante de desconcierto, Jackson, al ver que ella le tendía la mano, se inclinó para besársela cortésmente. Su mechón francés de cabello castaño entró al mismo tiempo, en actividad.

—Es para mí un inmenso placer conocerla, *madame* —dijo.

La señora Barratt enseñó los dientes.

—¿De veras? Mire, amigo, no divaguemos. Fui ayer a oír su conferencia, y no puedo creer lo que de usted me ha contado esta muchacha. Necesito comprobarlo con mis propios ojos. Le agradeceré, pues, que se muestre ante mí como se ha mostrado ante ella.

—Temí, *madame*, que mi comportamiento con su secretaria la hubiera enojado a usted.

—¡Enojado! —exclamó la dama, abriendo los ojos—. ¡Ah, no! Lo que sí me ha enojado ha sido el comportamiento de ella. ¡Buen Dios! Si yo me hubiera tropezado a sus años con un hombre como usted, y hubiéramos compartido una aventura tan tremenda… ¡Oh! Pero esta juventud se ha reblandecido demasiado, *monsieur* Poiseuille. A mí me hubiera dado vergüenza confesar que había abandonado a un compañero en apuros y en el momento crítico,

aprovechando su descuido y la confianza que había depositado en mí, para correr al hotel hecha un mar de lágrimas, y lamentarse de haber caído en las garras de un monstruo misterioso… y diabólicamente atractivo.

—Ése es un elogio que no merezco —articuló Jackson, asombrado.

La señora Barratt hizo una mueca expresiva.

—Pero, al cabo, ¿quién es, usted? —preguntó de sopetón—. ¿Un asesino internacional? ¿Un francés? ¿Un americano? Diga, ¿de veras se halla mezclado a un conflicto tan grave? ¿De veras apuñaló a ese viejo librero judío?

—La imaginación juvenil, a veces, pierde el sentido de la proporción de las cosas, *madame* —replicó Jackson, mirando significativamente a Anne, y viendo cómo la muchacha se sonrojaba al captar su mirada.

Paul Gordon carraspeó.

—Creo, señora, que toda esta charla es inútil —intervino.

La señora Barratt se volvió rápidamente hacia él.

—¡Oh! —exclamó—. Un americano legítimo, ¿eh? ¿Amigo suyo, *monsieur*?

—Basta ya —insistió Gordon, en tono seco y cortante—. Señora, nos debe usted una explicación.

—¿Yo? ¿Dice que se la debo yo? ¿A ustedes?

Gordon dirigió una ceñuda mirada en torno.

—No podemos hablar aquí. Haga el favor de acompañarnos a un lugar más reservado.

—No me moveré. Este bar me gusta. Admiro su desfachatez, amigo… pero no me moveré.

Los duros ojos de Gordon centellearon.

—Como usted quiera. Díganos por qué y para qué necesitaba *The spleen of Paris*, de Baudelaire, edición Strong 1877, que su secretaria fue a buscar a la tienda de Mose Solomons.

La señora Barratt contrajo los labios.

—¿Qué importa eso?

—Nos importa a nosotros.

Hubo un silencio.

—Ya entiendo —dijo la dama al fin, lentamente—: son ustedes policías o algo parecido. Agentes del

F. B. I.
No. Del
F. B. I.,
no. Su trabajo es oficial, y el de ustedes no parece serlo. ¡Ah, naturalmente! ¡Qué cosa más burda! Son una especie de ladrones internacionales que…

—Prescinda de lo que somos —atajó Gordon, en tono ya francamente amenazador—; prescinda, y responda a mi pregunta.

Nuevo silencio. Pero esta vez fue Anne Packwood quien lo rompió.

—La señora Barratt posee una de las mejores bibliotecas de poesía francesa del siglo XX que existen —dijo suavemente—. Cuidar de ella forma parte de mi trabajo.

—¿Dónde está esa biblioteca?

—En Miami, en su casa.

—¿Y pretendía, adquirir para ella *The spleen of Paris*?

—Sí.

—¿Cómo tuvo noticia de ese libro? Prácticamente, es una edición desconocida. No hay ejemplares en el mercado.

—La señorita Packwood ignora ese extremo —intervino la señora Barratt, con una expresión nueva dibujada en el rostro—. Mire, amigo, no alcanzo a imaginar qué es lo que ustedes se proponen, pero confío en que no se trate de nada ilegal. Somos compatriotas, parece haber un judío asesinado entre ustedes y yo… y… bien, yo no albergo prejuicios de ninguna clase sobre el asesinato de judíos en general ni de libreros judíos en particular. Me resultan más bien simpáticos esos tipos. Cuenten con mi ayuda.

—Siga —ordenó Gordon, sin inmutarse.

—Sí… Pues conocí en Miami a un hombre encantador que se llamaba Grogan, Alfred G. Grogan. Fue una casualidad. Se sentó en una mesa contigua a la mía en la terraza de un hotel, abrió un libro, sacó de entre sus páginas una cuartilla, y se puso a leer el libro, con ayuda de ella. Aquel libro me pareció viejo e interesante, y le di una mirada. Me quedé atónita al descubrir que era una edición de los *Poemas en prosa* de Baudelaire, cuya existencia yo desconocía. Me las ingenié, después, para entablar amistad con aquel hombre. Estaba en Miami solo por unos días. Vivía en Nueva York. Era un caballero, un caballero muy agradable… Le invité a mi casa.

Intimamos. En fin, antes de que se fuera, averigüé cuál era el libro que estuvo leyendo aquel día, y quién lo editó. Lo hice cautelosamente: ya saben ustedes que los coleccionistas hemos de andar siempre con pies de plomo, ¿verdad? Amplié más tarde mis pesquisas, y supe que la edición Strong de Baudelaire sólo se podía adquirir de Mose Solomons, un librero londinense. No crean que me fue fácil saberlo. Ni barato. Escribí, además cinco cartas a Solomons ofreciéndole por el libro lo que quisiera pedirme… y se negó a vendérmelo. Por lo tanto, vine a Londres, a convencerle personalmente. Y no le convencí. He estado enviando cada día a la señorita Packwood a su tenducha, cada día con una oferta más alta. Inútil: Solomons ha rehusado. Según él, ya no le quedaban ejemplares. Supongo que mentía.

—Le quedaba uno —dijo Gordon, a media voz.

La señora Barratt se volvió a Jackson.

—Pero… ¿cómo sabía usted, *monsieur* Poiseuille, que mi secretaria iba precisamente en busca de ese libro? ¿Cómo pudo saberlo de antemano?

—Fue una intuición.

—¡No diga tonterías!

—Señora Barratt —intervino de nuevo Gordon—, ¿qué ha querido dar a entender con eso de que el señor Grogan leía *The spleen of Paris* con ayuda de una cuartilla?

—Bueno, quizá no era así exactamente. Leía el libro, y tomaba notas en una cuartilla. Consultaba también otras notas que llevaba hechas ya. Esto resultaba muy propio de él, ¿entiende?

—No.

La señora Barratt suspiró.

—El señor Grogan era un hombre exquisito, un espíritu sensible, un catador de bellezas, un *snob*, una mentalidad cultivada y un carácter excéntrico. Él podía analizar la prosa poética de Baudelaire hasta reducirla a puro esqueleto, y luego exprimir éste para sacarle la última gota de la quintaesencia; él era capaz de encontrar en Baudelaire algo que nadie hubiese encontrado jamás.

—Sí —asintió Gordon, meditabundo—, en eso precisamente estaba yo pensando: Grogan encontró algo en Baudelaire que nadie hubiera encontrado jamás. Y me gustaría saber qué fue.

La señora Barratt miró primero a Gordon y luego a Jackson

entre sus párpados entornados.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué le gustaría saberlo?

—*Madame* —dijo Jackson—: nosotros, independientemente de lo que pueda usted suponer, no hemos asesinado a Mose Solomons. Por el contrario, éramos antiguos clientes y amigos suyos. El señor Gordon, mi compañero, ha venido como usted desde América, con objeto de comprarle un libro determinado. La compra es ya imposible. No obstante, por espíritu de justicia, ambos tratamos de averiguar qué y quién causó la muerte al viejo. La señorita Packwood estaba junto a su cadáver con el arma homicida en la mano. Mi instinto caballeresco me impulsó a librarla del enojoso trance en que esta circunstancia la hubiera colocado, pero no me he resignado a renunciar a la pequeña investigación que el hecho exigía. Esto es todo.

La señora Barratt sacudió obstinadamente la cabeza.

—No se esfuerce en mentir, *monsieur*. Hay ciertas cosas… Usted no es francés, por ejemplo, sino americano. Representa aquí una farsa.

—Respecto a ello, no dispone más que del testimonio de la señorita Packwood.

—Me basta.

—No debiera bastarle. Según dice, usted asistió ayer a mi conferencia. Pues bien, pregunte por mí en el «Women Club». Allí le darán razón de mi personalidad, y le dirán si soy francés o no lo soy.

—No me fío. Sé cómo se hacen esas cosas: lo he visto en las películas. No se deja un cabo suelto.

—¿A qué cosas se refiere?

—Ni yo misma lo entiendo.

—Le gusta el melodrama, ¿verdad, *madame*?

—Lo adoro. ¡Ah, *monsieur* Poiseuille, si yo tuviera treinta años menos! ¡O si estuviera en el pellejo de la señorita Packwood!…

Anne Packwood enrojeció visiblemente.

Gordon hizo una breve seña a Jackson.

—Perfectamente, señora Barratt —dijo después—; interprete los hechos como prefiera. Por nuestra parte, agradecemos los informes que nos han procurado, y quedamos a su disposición para lo que guste. Nada más. Buenas tardes. Adiós, señorita Packwood.

Jackson se inclinó cumplidamente, mientras ya su compañero se retiraba. Le pareció ver que la señora Barratt se disponía a decir algo y que, no sin esfuerzo, se contenía, al tiempo que un breve y astuto destello surcaba sus pupilas. Dirigió él una sonrisa a la turbada Anne Packwood, no obstante, y salió del bar sin más demora.

Gordon le esperaba en el vestíbulo del hotel. Le asió del brazo.

—Magnífico, Stanley —murmuró—. ¡Quién hubiera esperado una cosa así! ¡Quién iba a sospechar que esa vieja chiflada nos mostrase el camino de la verdad!

—Alfred G. Grogan, ¿no?

—¡Por Dios, Stanley, naturalmente! Grogan es un *snob*, un excéntrico, una mentalidad cultivada y, probablemente, un amante apasionado de la originalidad sin freno ni medida: ¡exactamente la clase de hombre que emplearía una antigua edición de Baudelaire como clave para resolver criptogramas!

—Tú quieres decir…

—Que *The spleen of Paris* sirve, simplemente, de pauta para escribir y leer mensajes cifrados. Esto es lo que Grogan estaba haciendo cuando la señora Barratt le sorprendió. Conoces el procedimiento, ¿no? Es antiguo, es pueril, nos hablaron de él en el F. S. D., como de un método elemental y ya desechado… pero todavía infalible si la clave puede conservarse secreta. Admite infinitas variantes. En este caso, según deduzco, debe consistir en una substitución de letras. Tú redactas un mensaje, tomas una página cualquiera de un libro y lo varías de acuerdo con ella y sometiéndote a una norma fija.

—Un mensaje que comience por la palabra ARMA y una página que lo haga por BUEN NEGOCIO —sonrió Jackson.

—Sí, ésas eran las que citaba el manual de criptografía —asintió Gordon—. Con ellas resulta que, siendo B la segunda letra del alfabeto, sustituyes la A de ARMA por la segunda letra después de ella: C; U es la vigésimo primera, lo que transforma la R en M, pues cuando concluye el alfabeto se vuelve a comenzar. E es la quinta, lo que da R en lugar de M. Y así sucesivamente, hasta hacer de ARMA la palabra CMRO. Si en el mensaje anotas el número de la página que has utilizado, la resolución es sencillísima: consiste en invertir

el proceso. Este principio es el mismo que rige en la clave por cifras, que se emplea con mucha mayor frecuencia… y que acaso se haya utilizado aquí. Por ejemplo, el año de la edición: 1877. Sea la palabra PATRIA. Substituyen la P por la letra siguiente a ella, según te indica el número uno: Q; la A por la octava: I; la T por la séptima: A… De este modo obtienes, en lugar de PATRIA, QIAYJI, y has seguido la pauta marcada por los números
187 718…
que es indefinida. ¡Uno u otro de los sistemas es el que Grogan ha empleado! He supuesto que se trataba de letras y no de números, porque 1877 es una cifra demasiado breve y, en caso de que un mensaje fuera interceptado, su traducción por los expertos ofrecería menos dificultades.

—Sí, comprendo —dijo Jackson—. Eso explica la aparente incongruencia de que *The spleen of Paris* se haya hallado en poder de gente inculta como McCall y Pullock, «Araña» Hellgruth y Tessa Hoffman. Pero es, simplemente, otra teoría. Y fantástica, Paul: su incongruencia misma debía abrirnos los ojos. ¿Por qué valerse de una obra rara, de un libro cuya pista, en razón de su escasez, era fácil de seguir?

—Porque eso debe ligar con el carácter de Alfred Grogan. Se ha arriesgado en pro de la originalidad y el esnobismo. De todos modos, la idea no era tan mala. Tiene a su favor el hecho de que, en caso de haberse descubierto un mensaje en lugar de un libro, su lectura hubiera resultado humanamente imposible porque el libro era, precisamente, raro y escaso. Por lo general, se acostumbra a utilizar una clave que está al alcance de la mano de cualquiera: una frase, un proverbio, un nombre o una fecha fáciles de recordar. Pero, sin duda, a Grogan esto no podía satisfacerle.

—Y así Luke McCall, que era un hombre listo y, por encima de sus pecados, leal a Grogan, prendió fuego al libro antes de suicidarse… Paul, me aturde considerar que todo esto se deriva de la simple circunstancia de que un hombre gris, miserable e inofensivo, llamado Lalle Cassinho, que tenía un bar junto a Times Square, hubiera compartido en su juventud una celda en
Sing-Sing
con Johnny Pullock, un vulgar pistolero.

Paul Gordon, alzando la mano para consultar su reloj, rió

sordamente. Ambos hombres se hallaban al extremo del a la sazón solitario vestíbulo, y distinguían a través de la puerta del bar a la señora Barratt y Anne Packwood, que no se habían movido de donde las dejaron, y conversaban animadamente entre sí. Luego, Gordon dijo:

—Vámonos a almorzar. Tú dedicarás la tarde a redactar un informe que esta noche llevaré conmigo a Washington. Por mi parte, me pondré al habla con la Tercera Sección, y solicitaré noticias de Alfred G. Grogan. A las seis iré a tu cuarto, y concertaremos los detalles del plan a seguir, para qué tengas establecida una norma de conducta cuando, a las siete, te entrevistes de nuevo con Margaret y Verczeg. Confío en que, por entonces, habremos dado algunos pasos más en la buena dirección.

Jackson asintió silenciosamente. Instantes después, los dos agentes del
F. S. D.,
salían del hotel, camino de un conocido restaurante del Strand.

3

Cuando el Big Ben daba las seis de la tarde, Stanley Jackson se hallaba en su habitación con un cigarrillo entre los labios y leyendo por tercera vez consecutiva el largo y minucioso informe cuya redacción le había ocupado todo el tiempo transcurrido desde que, después de almorzar, se separó de Paul Gordon.

Pero a las seis y cuarto, Gordon no había llegado aún.

A las seis y media, Jackson, con el entrecejo fruncido, tomó el teléfono, y solicitó un número a la centralilla. Aquel número correspondía a una casita de Hampstead, ya en los confines de la ciudad, donde Gordon había instalado su potente emisora clandestina de radio. Desde Hampstead, no obstante, nadie contestó a la persistente y monótona llamada del teléfono.

—Averigüe si el señor Gordon ha venido al hotel esta tarde, o si ha dejado algún recado para mí —dijo Jackson a la operadora.

Esperó unos minutos, tamborileando con los dedos sobre la mesa.

—No, señor, no hay recado ninguno. El señor Gordon no ha venido esta tarde, no está en su habitación ni tampoco ha

almorzado aquí. Siento no poder informarle, señor.

Jackson colgó el aparato casi con ira.

A las siete menos cuarto salió del hotel, sin que Paul Gordon hubiera comparecido. Se esforzaba en pensar que algo habría ocurrido que le obligaba a alterar sus planes y faltar a la cita, algo beneficioso para el curso de su misión, pero no podía evitar que un lúgubre presentimiento se debatiese como un diablo enjaulado en el trasfondo de su conciencia. Por ello, al embocar Piccadilly, y pese al manto de calor veraniego que le envolvía, un frígido estremecimiento corrió a lo largo de su columna vertebral.

Y no se dio cuenta de que un «Pontiac» gris, de matrícula americana, le estaba siguiendo desde el hotel.

4

Margaret Hobson y Verczeg le esperaban, sentados a una mesa, en el bar donde estuvieron hablando la víspera. Al verles, Jackson experimentó una sensación imprecisa que ya experimentara antes, cuando les vio por primera vez juntos a la sórdida media luz de «Las Dos Linternas»: la de que aquella muchacha y aquel hombrecillo, pese a ser tan distintos, tenían algo en común. Pensó, sonriendo, que acaso Margaret, en su irrazonada admiración por el húngaro, había llegado a identificarse con él espiritual y físicamente. El aspecto de Verczeg era, por otra parte, más mísero y siniestro que nunca. Había como una especie de abyección sustancial en sus ropas raídas, en su breve calvicie y en sus claros y húmedos, ojos. Y parecía tan borracho como la noche anterior.

Jackson tomó asiento. Preguntó:

—¿Algo nuevo?

—La Hoffman ha desaparecido —replicó Verczeg—. Desde esta mañana no hay noticias de ella.

—Pero ¿no puso usted a un hombre…?

—Sí, le puse un rodrigón: Teddy Crome. Era amigo mío.

—¿Y bien?

—Se le ha encontrado muerto este mediodía, con una cuchillada en la espalda.

—Lo siento —murmuró Jackson.

Hubo un silencio, que duró hasta que se aproximó un camarero

y Jackson le pidió un *whisky* doble. Luego, Margaret alzó del regazo un manojo de periódicos, y los depositó sobre la mesa.

—¿Qué significa esto? —preguntó, señalándolos.

Con titulares a toda página, los diarios de la tarde daban cuenta de los dramáticos sucesos de Chelsea. Scotland Yard había conseguido la rápida identificación de los dos hombres muertos en el consultorio del doctor Baxter, y el hecho de que éste, fuera un facultativo de reconocida honorabilidad, y ellos dos pistoleros fichados por la policía norteamericana, causaba un profundo estupor en Whitehall. El automóvil que se estrelló en Kings Road había quedado carbonizado, y no fue posible averiguar la identidad de sus ocupantes. Del hombre que, al parecer, se hallaba íntimamente relacionado con el origen de los hechos, y escapó de modo incomprensible por la ventana de la biblioteca del doctor, cada testigo daba una descripción distinta, y todas resultaban incompatibles. Jackson sonrió al leer lo que la señorita Shannon, residente en el 42 de Britten Street, decía de él. Se sintió halagado.

Lo ocurrido en Chelsea relegaba el asesinato de Mose Solomons a segundo término, pero en uno de los periódicos había una mención especial de la triple tragedia desarrollada la víspera en las oficinas comerciales de T.
A. Hoffman,
en High Street, Poplar, y se hacían cábalas respecto al hecho de que los tres muertos, pese a carecer de documentación, hubieran sido también identificados por Scotland Yard —que solicitó a consecuencia de ello la colaboración del F. B. I—. como peligrosos criminales norteamericanos.

Por último, casi perdida en un revoltillo de asuntos varios, aparecía la noticia de la muerte en misteriosas circunstancias de un expresidiario inglés apellidado Crome.

—Esto significa —dijo Jackson, alzando los ojos para mirar a Margaret—, que el de hoy ha sido un día muy agitado para mí.

—¿Usted sólo lo hizo todo?

—La suerte y mis propios enemigos me ayudaron.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué y para qué? ¿Qué tiene que ver nuestro trabajo con ese librero judío y, en particular, con el doctor Angus T. Baxter?

—El doctor Baxter vivía en Britten Street —subrayó de pronto,

muy blandamente, Verczeg.

La muchacha se volvió a él.

—¿Y qué?

Verczeg tenía los ojos incrustados en el rostro de Jackson.

—En la oficina de Tessa Hoffman había un mapa de Londres —prosiguió—, y en el mapa una cruz roja. Exactamente encima de Britten Street. Yo también soy observador, señor Jackson. Y desconfiado, sumamente desconfiado. No me siento a gusto entre gente que juega con dos barajas.

—Sí —le apoyó fríamente Margaret—, ¿por qué se obstina usted en volvernos la espalda, Jackson? ¿Por qué nos ha dejado aparte desde que llegó? ¿Y por qué no me ha puesto en contacto con el coronel Gordon?

Jackson dio un respingo.

—¿Qué sabe usted de él? —exclamó.

—Nada, salvo que está aquí. He hablado por radio con Washington este mediodía. Se me ha dicho que me limite a ponerme a sus órdenes y a las de Paul Gordon, que ambos han venido en misión especial. Bien, ¿dónde está Paul Gordon, y cuáles son las órdenes?

—Ignoro dónde está Gordon —gruñó Jackson—. Nos habíamos citado a las seis, y no ha, comparecido. En cuanto a las órdenes, luego hablaremos de ellas. Es Gordon quien lleva la riendas de este asunto, y yo no tengo más que parte en la culpa de que ustedes hayan quedado al margen; pero ahora las cosas han llegado a un extremo tal de tensión: que, pese a que un cambio de impresiones con Gordon y los informes que él iba a procurarme me son muy necesarios, prefiero seguir mi iniciativa y exponerles ampliamente la situación.

—Recuerde que hay algo que, con su iniciativa o sin ella, está obligado a decirme —musitó Verczeg—. Ayer hicimos un pacto: mis informes respecto a Freeman, Madison y Donovan, a cambio de lo que usted encontró en la oficina de Tessa Hoffman.

—Yo no estoy obligado a nada —objetó Jackson, secamente—, excepto a cumplir con mi deber.

Y acto seguido hizo una transcripción verbal de la memoria que aquella misma tarde había redactado para que Gordon la condujera a Washington. Margaret y Verczeg le escucharon casi sin pestañear.

—No suponía que el caso tuviera semejante amplitud —dijo la muchacha, después—. Bien, Jackson, estoy a sus órdenes y nada puedo recriminarle, ni siquiera su desconfianza y su menosprecio.

—No sea estúpida —replicó Jackson, rudamente.

Los ojos de la muchacha despidieron chispas ante el exabrupto.

—El señor Jackson —dijo inesperadamente Verczeg—, aunque con una palabra demasiado dura, le ha dado a usted un consejo muy oportuno: no sea estúpida, señorita Hobson. El señor Jackson no la menosprecia, ni ha habido motivos de índole personal en su conducta; el señor Jackson se atiene a razones de seguridad; el señor Jackson… desconfía de mí.

Jackson apretó las mandíbulas.

—Pues bien, sí —reconoció firmemente—; desconfío de usted, Verczeg. Este asunto es demasiado importante para que me agrade ver a un hombre que no pertenece al F. S. D., y que ni siquiera es americano, metido en él. No comprendo qué necesidad hay de ello. No sé todavía cuál es la causa de que haya tropezado con usted, y no consiga apartarle de mi camino, pero le juro que me gustaría saberla.

—No la sabrá. Que yo me aparte o no de su camino, no depende de usted, señor Jackson; depende, y no dudo de que lo ha averiguado ya, de las órdenes directas que al efecto de su jefe, el general Bascomb. Para un hombre humilde como yo, una garantía de tal calidad es motivo de verdadero orgullo.

Jackson, sin replicar, miró al hombrecillo hostilmente.

—Voy a decirle otra cosa, Jackson —terció la muchacha—, y concluyamos con esto de una vez: si el general Bascomb en persona desea que Verczeg intervenga en nuestro trabajo, es porque se lo pedí, yo.

—Pero… ¿tampoco puedo saber qué se oculta en el fondo de todo eso? —preguntó Jackson, desconcertado—. ¿No tengo derecho a una aclaración?

Margaret sacudió la cabeza.

—No. Y lo más probable es que no lo tenga nunca.

Hubo un silencio desagradable. Lo rompió Verczeg, contrayendo su cara arrugada en una sonrisa.

—Ha mencionado usted —dijo— a un hombre llamado Alfred

G. Grogan, que residió en el «Carlton» por la misma época que Freeman. Le interesa, ¿verdad?

—¿Va a decirme que le conoce?

—¿Por qué no, si es un americano? Los he conocido a todos, señor Jackson. Pero Alfred G. Grogan no residió en el «Carlton» más que un par de semanas: compró una casa en Park Lane, y se instaló allí. Esto fue antes de que se marchase a América. Y todavía no ha regresado. Puede que le sorprenda saber, señor Jackson… que estoy esperándole.

—¿Para qué?

—En principio, para comprobar una hipótesis.

—Luego, ¿no eran Grogan y Freeman una misma persona?

—No. Es más, no había entre ellos, que yo sepa, ninguna relación.

—¿Ni la había entre Grogan y los pistoleros que rodeaban a Freeman?

—Tampoco.

—¿Ni entre él y Tessa Hoffman?

—Tessa Hoffman no estaba en Londres por aquel tiempo.

—¿Qué clase de hombre era Grogan?

—Un caballero, aparentemente. Muy rico. Su casa de Park Lane costó una fortuna. Me comporté como un tonto con él, señor Jackson, compréndalo; no le presté toda la atención que requería. Me engañó su respetabilidad. Ahora… he atado cabos. Y porque los he atado, estoy esperándole.

—¿No le resultaría más útil ir a su encuentro en América?

—Europa es mi campo de acción, y América el suyo. Prefiero esperarle en Londres. No tengo prisa.

—¿Qué cabos son los que usted ha atado? ¿Me es dable conocerlos?

—Sí —gruñó—. Cuando ya Grogan no estaba aquí supe que, en Park Lane, había vivido con él una muchacha. Esta muchacha es su sobrina.

—¿Y qué?

—Nada más. Alguien me la describió, y entonces hubiera podido saber acerca de Grogan cuanto deseaba. Pero fui un estúpido. No lo he sabido, no he adivinado la verdad hasta que usted le ha mencionado.

Jackson abrió y cerró lentamente los puños.

—Verczeg, es usted imposible —dijo, con un temblor de cólera en la voz, tratando de dominarse—. Detesto a la gente que guarda secretos y encima demuestra que los guarda. Nunca lamentaré bastante haberle conocido.

—Mejor será, Jackson —terció entonces Margaret—, que nos dé usted sus instrucciones y no hablemos más.

Jackson hizo un gesto de resignación.

—Muy bien. Mis instrucciones se refieren a Freeman y Grogan: deben seguir su pista, si la dejaron, y averiguar cuánto puedan acerca de ellos.

—¿Nada más?

—Nada… hasta que me ponga en contacto con Paul Gordon. Intenten también localizar de nuevo a Tessa Hoffman. Llámenme al hotel si me necesitan o si hay informes. Es el «Bristol». Allí soy Henry Poiseuille, no lo olviden.

—¿No nos pondrá eso demasiado en evidencia? —inquirió la muchacha, ceñuda—. ¿No será peligroso prescindir así de las habituales precauciones?

—Sé lo que me hago. ¿Dónde podré encontrarla yo?

—Tengo un departamento en Maida Vale. El teléfono tiene anexo un registro automático de avisos. Anote el número.

Jackson lo anotó. Luego se puso en pie.

—Sospecho —manifestó— que este asunto se halla mucho más próximo a su resolución de lo que nosotros mismos suponemos. Acaso sea más un presentimiento que una sospecha, pero, de todos modos, abran bien los ojos y extremen sus cuidados. Les avisaré si Paul Gordon da órdenes nuevas.

Cuando ya Jackson iba a retirarse, Margaret le detuvo con un breve ademán. En sus pupilas había un fulgor de recelo. Dijo:

—Jackson, no es usted convincente. Parece increíble que, si este asunto está, como sospecha, próximo a su resolución, nos limitemos a seguir la pista de unos hombres que se hallan en América y acerca de los cuales poco nuevo se averiguará. Forzosamente ha de haber algo más, algo que se reserva, algo que su desconfianza le impide comunicarnos. Vamos, olvídese del coronel Gordon ahora, y obre con sentido común.

—¿No se ha dado usted cuenta? —preguntó.

—¿De qué?

—De que no amplío mis instrucciones porque no puedo, porque no sé qué hacer, porque ando todavía a ciegas; porque el hilo de los acontecimientos se me ha escapado de las manos… y porque temo dar, tarde o temprano, un paso en falso si Paul Gordon no reaparece. Ésta es la pura verdad, Margaret. Lo siento.

Jackson salió a Piccadilly, y echó a andar en dirección al hotel. Al mismo tiempo, un largo «Pontiac» gris de matrícula americana, que se hallaba estacionado frente al bar, se puso en marcha lentamente, y le siguió. La lentitud de su avance le convirtió en un estorbo para el tráfico, pero, no obstante, el coche consiguió no rebasar nunca la posición que Jackson ocupaba en la acera.

5

Paul Gordon no había vuelto al hotel ni enviado recado ninguno. Eran las ocho menos diez minutos. Jackson sintió un burbujeo de alarma en su conciencia.

Sin embargo, Gordon era un hombre en quién se podía confiar. Sabía cuidar de sí mismo. Jackson se repitió esto una y otra vez.

Y Paul Gordon tenía en su poder, no sólo los documentos y objetos reunidos como evidencias a lo largo de la investigación, sino, lo que era mucho más importante, las fórmulas robadas en el centro de experimentación de Los Cerros. Si él desaparecía, todo aquello desaparecería con él.

Inmóvil en mitad del vestíbulo del «Bristol», Jackson trató de coordinar sus ideas y serenarse. Luego tomó una resolución. Subió al cuarto de su camarada, abrió la puerta con, su llave maestra, y efectuó un rápido registro. Paul Gordon tenía allí todo, su equipaje. Pero no las fórmulas.

Jackson salió de nuevo a la calle, saltó a un «taxi» y dio la dirección de la casita de Hampstead donde Gordon había instalado su emisora de radio cuando llegó a Londres.

El taxi arrancó. Y un «Pontiac» gris arrancó en pos de él.

6

La puerta de la casita estaba cerrada y nadie acudió a las llamadas de Jackson. Éste hizo uso de su llave maestra. Entró sin dificultades. Dentro parecía reinar la más absoluta normalidad. En la casa no había ni un solo mueble. Sólo una de las habitaciones estaba ocupada por el aparato emisor y tenía en el suelo una docena de colillas de cigarrillo aplastadas, y una botella mediada de *whisky*.

Jackson tomó los mandos de la emisora, y la puso en actividad. Instantes después, una de las cinco estaciones del
F. S. D.,
le contestaba.

—Stanley Jackson al habla desde Londres —dijo—. Aquí, Stanley Jackson. He perdido el control con el coronel Gordon. Necesito saber si ha hablado con ustedes en el curso de las últimas ocho horas. Es urgente.

Transcurrieron unos minutos.

—«No, Paul Gordon no ha hablado con nosotros» —anunció el
F. S. D.
—. Quédese a la escucha, Jackson. El capitán Bonney desea comunicarle algo.

Casi inmediatamente, la voz metálica del capitán Bonney, de la Primera Sección, sonó en el aparato:

—«Preste atención, Jackson» —dijo.

Y relató lo ocurrido a Stephen Gray en Nueva York, de quién se suponía que había muerto asesinado. Su cuaderno de notas fue hallado ante la puerta trasera del domicilio de un hombre llamado Alfred G. Grogan, y Grogan salió aquella madrugada en avión hacia Londres. De las últimas notas tomadas por Gray y de las averiguaciones efectuadas en el «Spotlight», se deducía que Grogan era el objeto de sus pesquisas; pero el cuaderno había llegado a poder del
F. S. D.,
demasiado tarde, y Grogan debía hallarse ya al otro lado del Atlántico. Le acompañaban tres personas: una muchacha llamada Monna H. Grogan, William Kimbrough y Joseph Atkins. El capitán Bonney las describió —Atkins había cumplido condena en Alcatraz por complicidad en un atraco— y añadió que Grogan disponía, al parecer, de mucho dinero; empleando a Kimbrough como apoderado, había liquidado recientemente sus cuentas bancarias,

sus valores y sus propiedades, lo que importaba una suma considerable. Pero no dejó, ni un centavo de ella en los Estados Unidos.

Jackson tomó nota febrilmente de cuánto oía.

—¿Está usted encargado de este caso, capitán Bonney? —preguntó después.

—«Sí».

—Pues le anticiparé el informe que Gordon llevará a Washington esta noche… si reaparece. Lo que usted me ha contado es inapreciable, particularmente ahora, cuando me encuentro en un callejón sin salida.

—«¿También el coronel Gordon ha desaparecido?».

—Temo… lo peor, capitán. Escuche usted.

Jackson hizo un largo y detallado relato de sus pesquisas, de sus aventuras, de sus averiguaciones, y de cuánto Gordon y él habían deducido de ellas. Concluyó exponiendo el estado de inseguridad a que había llegado la situación.

En la voz de Bonney vibraba una nota de enojo al responder:

—«Ha sido un magnífico trabajo y sería una lástima que se malograse ahora, Jackson. Espero de usted un esfuerzo final. No encuentro explicación a lo que me dice de Gordon, pero si, como teme, ha caído víctima de esa canalla, y con él y con las fórmulas del Centro de Experimentación se ha perdido el resultado práctico de su labor, comprenderá usted perfectamente que es necesario aplicar medidas radicales sin reparar en los medios. Lamentándolo mucho, yo nada puedo hacer por usted desde aquí.

—¿Qué pasa con un hombre llamado Verczeg? —preguntó secamente Jackson.

—» ¿A qué se refiere?

—¿Por qué se me obliga a tolerarle? ¿Qué papel juega en esto? ¿Qué relación le une a Alfred Grogan y su sobrina? Ese hombre es un peligro constante de infiltración, capitán, y yo estoy ya harto de él. De él y de Margaret Hobson, la agente que he encontrado en Londres. Hasta ahora, nunca se habían puesto obstáculos de esta clase en mi camino.

—Mire, Jackson, sé de Verczeg tanto o menos que usted, salvo que existe en las altas esferas del
F. S. D.,

un particular empeño en que se le den toda clase de facilidades. Me consta que Paul Gordon ha protestado ya respecto a eso, pero no está a mi alcance remediarlo. Algún motivo existirá. Procure que redunde en beneficio nuestro, y siga adelante con todo. Ahora serán en Londres, según calculó, algo más de las ocho. Pues bien, el
F. S. D.,
espera de usted, Jackson, que ese asunto quede liquidado esta misma noche. Del modo que sea, pero esta noche debe concluir, y han de ser rescatadas las fórmulas. Usted es nuestra última esperanza. Tómelo como una orden. Buena suerte.

—Gracias —dijo fríamente Jackson.

Y cortó la comunicación.

Pendiente de la pared había un aparato telefónico. Jackson lo descolgó con una mano, mientras con la otra alzaba del suelo la botella de *whisky* y se la llevaba a los labios. Marcó el número de Margaret Hobson. El teléfono, al otro extremo del hilo, zumbó un instante, y luego conectó automáticamente el mecanismo registrador de avisos. La muchacha, pues, pensó Jackson, no estaba en casa. Dijo:

—Según informes de Washington, Grogan ha venido a Londres en avión. Es preciso encontrarle esta noche. Yo estaré en el hotel, esperando a que Gordon de señales de vida. Llame allí cuanto antes, Jackson.

Bebió de la botella un largo trago, pero el alcohol no le produjo efecto alguno. Sentía hielo en sus venas, y en el espíritu un hondo malestar, una inquietud agobiante, una angustia que le pesaba como lastre de plomo. Colocó un cigarrillo entre sus labios, y lo encendió con mano firme. Lentamente, abstraído, fija la mirada en el suelo, se encaminó a la puerta, la abrió, salió, volvió a cerrarla, dio media vuelta y echó a andar hacia el centro de la ciudad, hasta que encontró un taxi.

Un largo «Pontiác» gris se desplazó en pos de él.

7

Jackson vio que el empleado del escritorio le hacía señas, mirándole con ojos desmesuradamente abiertos.

—*Monsieur* Poiseuille, ha sucedido algo espantoso —dijo el

empleado, con voz temblona—. El señor Gordon ha su… sufrido un accidente… un accidente fatal… Usted era amigo suyo, y unos señores de Scotland Yard… esperan que les acompañe para identificarle y…

—¿Dónde están esos señores? —preguntó.

—Aquí, *Monsieur* —dijo alguien, suavemente, a espaldas suyas.

Jackson se volvió y, al hacerlo, observó que sus piernas flaqueaban.

—¿Tendrá usted la bondad de venir con nosotros, *Monsieur*? Su presencia es necesaria para Scotland Yard. Deseamos hacerle unas preguntas.

Jackson realizó un desesperado esfuerzo para cobrar dominio de sí mismo. Luego, enderezó la cabeza.

—Sí —articuló. Estaba pensando, no ya en Gordon ni en sí mismo, sino en la señora Barratt y en lo que a aquellos hombres podía haber contado. En el viejo Solomons, muerto, en el doctor Baxter, muerto, y en aquella taberna de Poplar que se llamaba «Las Dos Linternas»—. Sí, con mucho gusto. ¿Le ha ocurrido algo a Paul Gordon? ¿De qué se trata?

—Temo que se trate de un asesinato, *Monsieur*. El cadáver del señor Gordon ha sido extraído del Támesis a última hora de la tarde. Presenta una fea herida de arma blanca en la espalda.

Jackson cerró los puños, y se hincó las uñas en las palmas de las manos.

—¡Oh! —murmuró—. Muy bien, sírvanse ustedes esperar un instante. Necesito subir a mi habitación.

—Mejor será que le acompañemos, *Monsieur*.

Tomaron el ascensor en silencio, y en silencio avanzaron por el pasillo. Jackson abrió la puerta. Los hombres entraron tras él, sin esperar a ser invitados. Se quedaron de pie en el centro de la pequeña antesala, hundidas las manos en los bolsillos.

Jackson pasó al dormitorio. Alzó la tapa de su maleta, guardada en el ropero, tomó de su interior una caja de municiones, y se trasladó con ella al cuarto de baño. Abrió la espita del lavabo. El agua, al manar, emitió un constante y estruendoso siseo que apagaba cualquier otro rumor.

Rápidamente, Jackson se llenó de cartuchos los bolsillos. Después se aproximó de un salto a la ventana, y la abrió.

La ventana no era muy grande. Subiéndose al inodoro, Jackson se asomó por ella, y vio un obscuro patio interior. Por la pared, a su derecha, descendía una gruesa tubería de desagüe. Más allá, a regular distancia, se alineaba verticalmente una hilera de ventanas de vidrios translúcidos. No tenía tiempo que perder, ni otra oportunidad de salvarse que escapar por allí.

No vaciló. Sacó medio cuerpo por la ventana, aferró con las manos la tubería, tiró de sí mismo y se halló suspendido sobre el vacío. Pero inmediatamente comprendió que la tubería le había engañado. No ofrecía cuerpo bastante para asirse a ella. Le adosó, desesperadamente las rodillas y apretó cuanto pudo las manos, sin que esto alcanzara a sostener su peso. Se sintió empujado hacia abajo y hacia atrás por una fuerza irresistible. Empezó a deslizarse. Permaneció adherido al cilindro de terracota mientras su descenso ganaba velocidad, pero sabía ya que antes de transcurrir unos segundos, se vería obligado a soltarlo.

Le salvó el brazo colector de un desagüe lateral, porque pudo afianzarse en la V de conjunción de las dos tuberías. Quedó colgado de ellas, bañado en sudor, tembloroso. Hasta un momento después, no sé atrevió a mirar hacia las ventanas. Y aun entonces sus últimas esperanzas se desvanecieron. Se hallaba a la altura del espacio intermedio entre dos de aquellas ventanas, y para llegar al alféizar de la más próxima debía dejarse caer al vacío, dándose, además, un fuerte impulso de costado, y confiar en que la suerte le acompañase. El fracaso, en tales condiciones, dependía de un error milimétrico.

Pero no tenía otra opción que intentarlo. Esperó hasta sentir sus nervios más firmes, y entonces se balanceó de izquierda a derecha. Calculó que había adquirido impulso suficiente, e iba a dejarse caer, cuando observó en la hilera de ventanas un fenómeno extraño: una mancha de luz subía pausadamente por detrás de ellas. Tardó una fracción de segundo en comprender la terrible verdad: ¡aquellas ventanas se abrían sobre el hueco de un ascensor!

A duras penas dominó el balanceo de su cuerpo. Se quedó jadeando, con el sudor helado sobre la piel. Ya no disponía, pensó, de más recurso que el de introducirse en uno de los cuartos de baño. La ventana del correspondiente al piso inmediato inferior, se hallaba a obscuras. Sería fácil alcanzarla. Se dejó deslizar por la tubería, extendió el brazo rápidamente a nivel del alféizar, y

trasladó a éste una mano primero y luego la otra.

Permaneció inmóvil en la nueva posición unos segundos. No era probable, se dijo, que a aquella hora hubiese nadie en la habitación.

Aspiró profundamente, contrajo con violencia los poderosos músculos de sus brazos, salió disparado hacia arriba y hacia adelante, y se incrustó de cabeza en el cristal. Pasó limpiamente pero con gran estrépito, a través de la ventana. Cayó de bruces en el interior del cuarto, dándose un rudo golpe contra el lavabo en las costillas.

Se levantó. Supuso que el cristal, roto, le habría herido en la cabeza, pero no se detuvo a comprobarlo. Echó a correr a través de un dormitorio idéntico al suyo, cruzó la antesala, sacó del bolsillo la llave maestra, abrió la puerta sin apenas demora, ganó el pasillo, y se arrojó como un bólido por las escaleras.

No dejó de correr ni en el vestíbulo. Hizo sólo un breve alto en la calle, para saltar a un taxi. Y le pareció, cuando el taxi arrancaba, que un silbato estaba sonando estridentemente en la ventana.

Se recostó en el asiento, y sonrió. Pocas veces, pensó, le había costado tanto conseguir la libertad, y pocas veces ésta le procuró una sensación tan intensa, tan suave y tan muelle de placidez.

Entrecerró los ojos. Así, no vio que un «Pontiac» gris se ponía en marcha detrás del taxi que le conducía a Maida Vale.

8

Margaret Hobson no estaba en casa. Murmurando una maldición, cansado de oprimir en vano el timbre de la puerta del departamento, Jackson descendió a la calle sin prisa alguna. Sentía que la sangre se deslizaba por su cara cada vez más manifiestamente, y al distinguir la muestra luminosa de una farmacia, encaminó a ella sus pasos. En la trastienda, ante un espejo, se practicó una somera cura. Un farmacéutico obsequioso y sonriente le ayudó.

Luego, desde la farmacia misma, llamó por teléfono al piso de Margaret. Nadie respondió. El registro de avisos se conectó automáticamente.

—Si encuentro en la guía telefónica el domicilio de Grogan —dijo Jackson, tras una rápida reflexión—, iré a visitarle

inmediatamente. No llame usted al hotel. Paul Gordon ha sido asesinado, y la policía anda detrás de mí. No se lamente si prescindo de usted en mi trabajo. Ahora, precisamente cuando más la necesito, no me queda otro remedio que hacerlo solo. Ya sabe dónde estoy. Venga, si puede, Jackson.

En el momento de colgar el aparato, se preguntó si aquellas palabras no estarían dirigidas a un cadáver. Paul Gordon había muerto. ¿Por qué no podía haber muerto también Margaret Hobson? ¿Y por qué no estaba muerto él mismo todavía? ¿Y por qué no Verczeg?

Con cara hosca, Jackson consultó la guía telefónica. No dio señales de satisfacción al hallar en Park Lane a un hombre que figuraba inscrito como A.

G. Grogan.

Y hasta Park Lane le siguió un «Pontiac» gris, de matrícula americana.

CAPÍTULO VII

NIDO DE BUITRES

1

Jackson sonrió duramente. Vuelto de espaldas a Hyde Park, veía brillar todas las luces de la planta baja en la lujosa residencia de Alfred G. Grogan. Un hermoso nido de buitres, pensó. Luego, era cierto que habían regresado. Allí estaban los asesinos de Stephen Gray y Paul Gordon, sus camaradas. Allí tenían que estar.

Jackson sonrió duramente, porque se hallaba imbuido de la falsa serenidad del hombre solo y desesperado. Tanteó la pistola que llevaba bajo el sobaco y las balas que llenaban sus bolsillos. A muerte. El asunto debía resolverse aquella misma noche sin reparar en los medios. Era una orden. Y una orden que significaba: *a muerte*.

Franqueó la puerta de la verja exterior, que se hallaba abierta, y avanzó por la estrecha zona de césped extendida ante la casa. Pulsó el llamador sin vacilar.

Un hombre de blanco cabello y rostro largo y rígido, solemne, respondió a su llamada. Atkins, se dijo Jackson. Aquel hombre se llamaba Atkins, y había cumplido una condena en Alcatraz.

—Deseo hablar con el señor Grogan. Acabo de llegar de París, y le traigo un mensaje urgente y confidencial.

En los ojos de Atkins se dibujó la alarma.

—Muy bien, espere aquí.

Jackson adelantó un pie e impidió al mayordomo cerrar la puerta. Mascullando una blasfemia, Atkins, en lugar de insistir en la presión, retrocedió, y se llevó la mano al bolsillo trasero de los pantalones.

Jackson saltó hacia él. El simple contacto de sus dedos con el

brazo del hombre bastó para inmovilizárselo y arrancar de sus labios un gemido de dolor.

Inmediatamente, Jackson desenfundó su pistola.

—No he venido a bromear, amigo —dijo—. Vamos, empiece a moverse. Adelante. No está ya en edad de recibir una paliza.

Cruzaron el vestíbulo y un amplio salón iluminado por una aparatosa lámpara de cristal. Al extremo del salón había una puerta, junto a la que Atkins se detuvo.

—¿Le importa esperar aquí un momento? —preguntó, vacilante.

Jackson miró en torno. No parecía haber allí nada peligroso. Hizo un signo de aquiescencia, y Atkins abrió la puerta y desapareció por ella.

Al minuto exacto, la puerta volvió a abrirse.

—Entre —dijo el mayordomo.

Jackson, con todos los sentidos despiertos y la pistola amartillada, entró. Se halló en un *living* de proporciones más discretas. Tenía delante un piano de cola, al que estaba sentada una mujer. A su derecha, un hombre vestido de etiqueta, aparecía hundido negligentemente en un sillón. Sostenía entre las manos un periódico, que una lámpara iluminaba desde su espalda. En una mesa baja había dispuestos unos vasos, unas botellas y un sifón. Aparte la luz concentrada sobre el hombre, que alcanzaba también el piano, la habitación estaba sumida en una familiar semiobscuridad.

—No es necesario dramatizar tanto, amigo, quienquiera que sea usted —dijo el hombre, doblando el periódico—. ¿Puedo saber el motivo de este asalto a mano armada?

—¿Es usted Grogan? —preguntó Jackson.

—Sí.

La mujer no se movía. El límite entre las zonas de luz y penumbra pasaba exactamente por sus manos, haciendo casi invisibles su cuerpo y su rostro. Pero parecía haber algo inquietante en ellos. Jackson se esforzó en vano por distinguirlos.

Luego, percibió una respiración vigorosa detrás de él.

Se agachó y se volvió. Atkins había, al fin, sacado un revólver del bolsillo trasero de sus pantalones. Estaba alzándolo.

Sin el menor titubeo, sin el menor escrúpulo, Jackson le apuntó a la cabeza, y disparó.

La mujer lanzó un grito agudo.

Simultáneamente, cuando Atkins no se había ni siquiera desplomado, las paredes de la habitación condensaron en formas humanas las sombras que estuvieron adosadas a ellas. Varias armas abrieron fuego. La escena perdió, de pronto, grotescamente, toda su apacible intimidad. Jackson sintió cómo las balas le rozaban, y se arrojó de bruces hacia el cuerpo del mayordomo, que en aquel momento se inmovilizaba en el suelo.

Giró sobre sí mismo, dispuesto a matar a Grogan, pero Grogan ya no estaba en el sillón. Había desaparecido.

Cubriéndose a medias con el cadáver de Atkins, Jackson abrió la puerta y escapó.

Tres hombres le cerraron el paso.

Echó a correr transversalmente, disparando al mismo tiempo, y los tres hombres se dispersaron. Dos cayeron antes de que Jackson alcanzase la puerta lateral, oculta tras unas cortinas de brocado. Sus agudos gritos de bestias heridas hicieron vibrar el cristal de la enorme y fastuosa lámpara.

Luego, Jackson se halló en un pasillo. Siguió adelante, a la carrera. Pero sus perseguidores aparecieron sin que hubiera llegado todavía a la puerta siguiente. Comprendió que les ofrecía un blanco perfecto, limpio, seguro. Las armas ladraron todas al unísono, en una descarga compacta, brutal. Jackson emitió un ronquido de dolor. Sintió su carne mordida por el plomo y, en alguna parte imprecisa de su cuerpo, un gran hueso que se quebraba.

Cayó. El impulso adquirido en su carrera le hizo resbalar unos metros por el piso encerado. Vio, un poco más allá, al fin, una puerta entreabierta. Con un penoso esfuerzo se enderezó, y avanzó hacia ella. Las armas ladraron otra vez. Jackson transpuso el umbral tambaleándose, apenas consciente de cuanto le ocurría. Experimentó sólo una sensación muy vaga de que volvía a caer, y de que su rostro chocaba dolorosamente contra el respaldo de una silla.

Después, como en sueños, advirtió que alguien le arrebataba de la mano la pistola y corría a la puerta con ella.

Jackson soñó que unos labios fantasmales rozaban los suyos. Abrió los ojos. Le envolvían unas tinieblas densas, hendidas a su derecha por una raya luminosa vertical. Pero no estaba solo. Contra él se apretaba un cuerpo tibio y palpitante.

—¿Quién es? —susurró—. ¿Quién…?

—¡Chist! Soy Anne Packwood.

¡Anne Packwood! Jackson contuvo una exclamación de sorpresa. Intentó moverse, y un gemido escapó de su boca. La sensación de dolor en todo el cuerpo y, especialmente, a lo largo de su pierna izquierda, fue atroz.

Una mano perfumada se apoyó en su rostro.

—Espere —musitó la muchacha—. Espere, *Monsieur*, por Dios.

Jackson esperó. Entonces se dio cuenta de que más allá de la raya de luz estaban sonando recios golpes. La casa entera parecía sacudida por una sucesión de explosiones.

—¿Qué ocurre?

La puerta —una puerta— cedió en aquel momento, con ruido de madera astillada. Las voces de varios hombres se elevaron en confusión.

—¡Por la ventana! —gritó uno—. ¡Ha escapado por la ventana!

Luego, silencio.

Anne Packwood suspiró. Jackson sintió cómo se estremecía.

—¿Me he vuelto loco? —preguntó—. ¿Por qué está usted aquí? ¿Es posible, de veras, qué esté aquí?

—La señora Barratt me obligó a seguirle.

—¿Qué dice?

—Sí… me obligó a tomar el coche y seguirle. Llevo siguiéndole toda la tarde. Ella quiere… que me divierta y corra aventuras… en su nombre. Le interesa usted, *Monsieur*. Dice que es un hombre como los que salen en las películas. Estará envidiándome ahora.

—¡Esa vieja chiflada!

—No, *Monsieur*, chiflada no. Es sólo una señora romántica. He conocido otras. Cobro mi sueldo por complacerlas… en todo.

Jackson evocó el beso que había soñado recibir, y hubiera sonreído de ser otras las circunstancias.

—¿Dónde estamos? —inquirió.

—En lo alto de una escalera que conduce al sótano. Yo he entrado por aquí… la puerta posterior de la casa estaba abierta. Le

he encontrado a usted en la habitación que tenemos adelante. He cogido su pistola y…

—¿Bien?

La muchacha se estremeció nuevamente.

—He… creo que he matado a uno de esos hombres —musitó, con voz ahogada—. O le he herido. Nunca pensé que fuera tan… repugnante…

—No se preocupe de eso. ¿Qué más?

—He cerrado la puerta y corrido el pestillo. La ventana estaba abierta, pero no he podido sacarle por ella. Entonces le he traído aquí, no he tenido fuerzas para llegar más lejos. —Ellos… se figuran que ha escapado. Es una suerte.

—¿Me ha arrastrado por el suelo?

—Sí.

—¿No he dejado un rastro de sangre?

—Creo que no.

—Si es así, estaremos seguros algún tiempo. Y puede que más tarde me sienta con fuerzas para salir por dónde ha entrado usted.

—¿Está malherido?

—Supongo que sí. Supongo que tengo rota una pierna. Y algo más.

En la habitación anterior persistía el silencio.

Jackson reflexionó rápidamente.

—Anne —dijo—, bendigo la chifladura de la señora Barratt. Por su causa, usted me ha salvado la vida. Pero me la ha salvado momentáneamente. No podemos quedarnos aquí. Debe usted bajar al sótano, salir de la casa y… Bien, estoy solo en Londres. No cuento con la ayuda de nadie. No obstante, si hubiera modo…

—¿El señor Gordon?

—Ha muerto —replicó Jackson, obscuramente.

—¡Oh!

—Anne, le daré un número de teléfono. Llame a él. Si nadie contesta, se conectará un registro automático de avisos. Diga usted entonces lo que ha pasado aquí, concrete la situación de la puerta trasera de esta casa y añada que habla en mi nombre. Luego… no regrese. Sé valerme por mí mismo. Y en caso de que la propietaria de aquel teléfono no haya muerto también, me ayudará.

Jackson sacó del bolsillo su cuaderno de notas, y arrancó la

página donde estaba anotado el teléfono de Margaret Hobson.

—¿No quiere que avise a la policía?

—¡No! Devuélvame la pistola y márchese.

Ella le entregó el arma, y le apretó una mano entre las suyas.

—Adiós, *Monsieur*, buena suerte. Sepa… que no me importa lo que haya hecho ni quién sea usted. Confío…

Su voz se apagó. Cesó la presión de su cuerpo, y un momento después, Jackson la oyó moverse en las tinieblas, tantear las paredes y descender peldaño tras peldaño.

Transcurrido un instante, al pie de la escalera sonó una exclamación ahogada, seguida de un golpe y del rumor de unos pasos apresurados.

Anne Packwood, corriendo y tropezando, subió a tientas la escalera y se dejó caer de rodillas junto a Jackson. A éste, un soplo frío le acarició la nuca. Algo había ocurrido, pensó. Algo peligroso.

—¡Oh, *Monsieur*! Abajo hay dos hombres muertos —jadeó la muchacha—. ¡Y alguien más… que viene hacia aquí!

Jackson armó la pistola, sin responder.

Unas quedas pisadas sé oían en lo hondo de la escalera. Luego, una voz de mujer:

—¡Jackson! ¡Eh, Jackson!

Jackson gimió.

—No hay cuidado —susurró, ciñendo a la joven por la cintura—. Creo… que nos hemos salvado, Anne. Son amigos.

—¡Jackson!

—¡Suba, Margaret! ¡Jamás me alegró tanto oír una voz femenina en la obscuridad!

Margaret Hobson llegó a lo alto de la escalera. Sostenía una linterna en la mano izquierda, y un pequeño revólver en la derecha. Tras ella, encogido sobre sí mismo, sonriente al reflejo mate de la luz, surgió Janos Verczeg.

—¿Quién está con usted? —preguntó, secamente, la muchacha.

—¿No lo ve? Una amiga. Conservo la vida gracias a ella. Vamos, diga lo que ha pasado. No hay tiempo que perder.

Margaret se encogió de hombros.

—No ha pasado nada. Verczeg y yo, siguiendo sus instrucciones, hemos venido a esta casa por pura rutina, por hacer como que buscábamos, el rastro de Grogan, pero ante nuestra sorpresa, hemos

encontrado a Grogan aquí. Según parece, ha llegado hoy mismo. Bien, pues hemos forzado la puerta del sótano, dejándola abierta, y nos hemos retirado para establecer contacto, con usted. El contacto ha sido imposible, porque en el hotel ignoraban su paradero. Pero al llamar por última vez… ¡Oh! Hemos comprendido que algo grave ocurría. La telefonista ha repetido su nombre como si fuera el del diablo. He supuesto, por tanto, que en mi departamento me esperaría algún aviso, hemos ido a averiguarlo… y ahora estamos aquí. ¿No son estas sus órdenes?

—Abajo hay dos hombres muertos.

—Entraron un momento antes que nosotros. ¡Uno de ellos montaba guardia en la puerta, mientras el otro registraba el sótano! Imagino que le buscaban a usted. Y usted, ¿puedo saber qué es lo que hace aquí, sentado en el suelo y abrazado a una muchacha? ¿Endulzar sus últimos minutos?

—¿Quién ha matado a esos hombres?

—¿Quién le parece? Sólo el cuchillo de Verczeg opera en silencio.

Jackson gruñó.

—Yo estoy herido, Margaret —manifestó agriamente—. Esta tarde han matado a Paul Gordon. Ayer, Grogan mató en Nueva York a Stephen Gray, uno de nuestros mejores camaradas. Me he puesto al habla con el
F. S. D.,
y he recibido orden de cancelar el asunto esta misma noche. ¿Sabe lo que tal orden, dadas las circunstancias, significa?

—Sí —replicó fríamente la joven—. Significa morir matando.

—¿Está dispuesta? He pensado…

—Procure no pensar, Jackson.

—¿Y Verczeg? Él es ajeno a esto.

Verczeg soltó una risa metálica.

—Yo no soy ajeno a esto, señor Jackson. Mi momento ha llegado. Espere y lo verá.

Hubo un silencio.

—Ayúdenme —solicitó Jackson, después—. Necesito levantarme.

Margaret, Anne y Verczeg le prestaron apoyo. Jackson se sostuvo sobre una sola pierna. Respiraba trabajosamente, pero no

dio otro signo del sobrehumano dolor que le torturaba. Al mover los brazos, descubrió que tenía en el costado otra herida. Nada dijo.

Anne Packwood gimió al ver el charco de sangre que ocupaba el lugar donde Jackson estuvo acostado. Él acarició torpemente su rojo cabello.

—Anne —dijo—, trate usted de salir a la calle, y vuelva a su coche. Espere allí Es usted la única probabilidad que tenemos de retirarnos con éxito.

—Pero, *Monsieur*, su herida… —murmuró ella.

—Vamos, obedezca. Usted ignora qué es lo que se solventa aquí, y probablemente seguirá ignorándolo hasta el fin de sus días, pero si no nos vemos más, le agradeceré que guarde de mí un buen recuerdo. Adiós.

—Bien, Jackson —intervino Margaret, mordazmente—. No sospechaba que iba usted a enternecerme poniéndose sentimental. Lo tendré en cuenta.

Empujó lentamente la puerta que dibujaba en las tinieblas la raya luminosa, y salió a la habitación inmediata. Jackson vio a Anne descender la escalera. Le volvió la espalda.

—Ayúdeme, Verczeg —rogó.

Se apoyó en el hombro del húngaro, y arrastró en pos de Margaret su pierna herida. De este modo salieron al pasillo por la puerta que los hombres de Drogan habían destrozado. Allí no se veía ni oía a nadie.

—Señor Jackson —dijo Verczeg, repentinamente—. Le agradeceré que utilice a Margaret como soporte. En caso de apuro, cuando mi cuchillo…

Se interrumpió, un hombre había abierto la puerta del fondo, la que daba paso al gran salón de la lámpara de cristal. Salió de espaldas por ella, y la volvió a cerrar. Al dar media vuelta, les vio. Sus ojos se desorbitaron.

Se hallaban frente a frente, separados por unos metros de pasillo vacío.

Verczeg se encogió, librándose de Jackson y saltando de costado. Jackson perdió el equilibrio. Cargó su peso en la pierna herida, la nube roja del dolor le aturdió, y cayó hacia adelante.

Pero también el hombre de la puerta cayó. En silencio. De su garganta sobresalía el negro mango del cuchillo de Verczeg.

Repentinamente, como si se hubieran puesto tácitamente de acuerdo, y al igual que dos alucinados, Verczeg y la muchacha echaron a correr. Sin método, sin precauciones, sin previos planes, sin una norma de conducta a que atenerse, sin noción de lo que les esperaba, ni idea de lo que iban a hacer, salvo correr y nada más. Jackson, desde el suelo, hubiera querido detenerles con un grito, con un aviso, con una orden… La voz se le quebró casi en la boca. Semiinconsciente, vio a Verczeg inclinarse, retirar del cuello del muerto su cuchillo y asirlo entre el pulgar y el índice por el extremo de la hoja ensangrentada.

Luego, Margaret y Verczeg, moviéndose al compás —Margaret y Verczeg, que parecían, pese a la burda diferencia que los separaba, tener algo en común—, abrieron la puerta del salón.

Jackson se arrastró penosamente pasillo adelante. Era tarde ya. Lo sabía. No se resignaba a que lo fuera, pero lo sabía.

Y en el salón retumbaron entonces los disparos como cañonazos, uno tras otro, rápidos, feroces, violentos.

Retumbaban aún, cuando rebasando el cadáver del hombre, Jackson llegó a la puerta y asomó la cabeza por ella, a ras de suelo. Presenció una escena dantesca, impresionante… En el inmenso salón, a la cruda luz de la lámpara de cristal, había cinco hombres además del húngaro. Uno de ellos yacía retorcido, con los brazos y las piernas muy abiertos, sobre el piso de brillantes baldosas desnudas. El cuchillo de Verczeg se había incrustado en su occipucio.

Aquel hombre era Alfred G. Grogan.

Los demás, alineados a lo largo de la pared, disparaban contra Verczeg sus armas. Estaban acribillándole a balazos, podía verse materialmente el choque de los proyectiles contra el flaco cuerpo del hombrecillo. No obstante, Verczeg no había caído aún. Se balanceaba de atrás adelante, y en su rostro de simio había una mueca de profundo estupor.

En el extremo más remoto de la sala —era inexplicable cómo había llegado con vida hasta allí— se hallaba Margaret. Empuñaba su pequeño revólver, pero no disparaba ni un tiro con él. No se movía. Parecía una estatua de carne.

La puerta del *living* estaba abierta, y a través de ella se oía sonar un piano. Jackson, horrorizado, observó que la música no se

interrumpía mientras duró el tiroteo. Ni tampoco se interrumpió después, al derrumbarse Verczeg flácidamente y enmudecer las armas. Entonces, por el contrario, la dulce y lenta melodía vibró en el aire con mayor claridad. Jackson la reconoció. Era una vieja canción americana pasada de moda, que se titulaba «Sonny Boy».

Los cuatro hombres se volvieron lentamente hacia Margaret.

Jackson no esperó más. Dominando la ruda emoción de que se hallaba poseído, alzó la pistola, y en una fracción de segundo calculó la puntería apropiada. Disparó como jamás había disparado y como, probablemente, jamás volvería a disparar. Cuatro tiros rápidos, consecutivos, precisos. De izquierda a derecha. Cada uno de los cuatro hombres recibió una bala en el cráneo. El último no tuvo siquiera tiempo de moverse, desde que el primero cayó hasta que un trozo de plomo deshizo su cerebro.

Pero Margaret permaneció impasible.

El piano seguía desgranando las notas de su canción.

Jackson empezó a arrastrarse hacia la puerta del *living*.

—¡Alfred! —llamó una voz femenina desde allí, cuando no había cubierto más que una parte del camino—. ¡Alfred! ¿Ha concluido eso?

Alfred G. Grogan estaba muerto en mitad del salón.

—¡Alfred!

El piano calló. Una inmensa mole apareció en el umbral de la puerta. Era Tessa Hoffman, la hebrea obesa. Llevaba puesto un sombrero, y sostenía un bolso en la mano izquierda, como si llegara de la calle o se dispusiera a salir. Dio dos pasos y se detuvo, con el miedo abriéndole los ojos fijos en los cuerpos inertes que alfombraban el salón.

Desde el fondo de éste, Margaret, rompiendo su inmovilidad, lanzó un grito parecido a un trallazo:

—¡Duro con ella, Jackson! ¡Sin compasión!

Pero Jackson nunca había matado a una mujer. Y Tessa Hoffman era una mujer… desarmada. Le estaba mirando entonces. A él y a su pistola.

La hebrea apretó el bolso contra su enorme pecho, en un desesperado gesto de súplica.

—¡No! —aulló—. ¡No…!

Jackson oyó dos disparos, y vio cómo se abrían en el rostro de la

mujer dos orificios negros. La vio caer como un pesado y fofo saco de grasa, y aplastarse contra el suelo con un ruido blando, repugnante.

«Sólo un agente del
F. S. D.,
podía disparar así», pensó. Volvió la cabeza. Margaret lo había hecho. Su pequeño revólver humeaba.

Insensatamente, Jackson deseó que el piano volviese a sonar.

Pero no sonó. Despacio, como flotando en el aire, sutil, una blanca forma de mujer coronada de negro cabello salió del *living*, se contrajo sobre sí misma y se humilló junto al enorme cuerpo de Tessa Hoffman. Jackson sintió que una garra se cerraba en torno a su corazón cuando vio el rostro hermoso y extraño de aquella muchacha. Y cerró los ojos para no presenciar cómo cubría de besos la cabeza ensangrentada de la obesa judía.

Volvió a abrirlos al sonar junto a él una voz torturada:

—¡Monna!

Verczeg, inmortal, se había puesto de nuevo en pie. Su cara horrenda y ávida era la de un diablo. Estaba tirando de la empuñadura del cuchillo, para arrancarlo del cadáver de Grogan.

—¡Monna! —repitió, roncamente.

Jackson se arrastró hacia él.

—¡Déjele! —gritó Margaret, de pronto—. ¡Déjele, Jackson… o le mataré!

Jackson, sin inmutarse, siguió avanzando.

Pero Verczeg tenía ya el cuchillo en la mano. Se puso fuera de su alcance, moviéndose lleno de vida, ágilmente, muy entero, muy él mismo en sus raídas ropas negras empapadas de sangre y, sin embargo, horriblemente metamorfoseado en un engendro del mal. Jackson creyó soñar al verle.

Y creyó soñar al ver también que Verczeg, con el cuchillo en alto, se precipitaba sobre la muchacha arrodillada junto a Tessa Hoffman.

La muchacha no se movió. No trató de huir. Sólo alzó la cabeza.

—¡Monna! —dijo aun Verczeg.

Y le hundió el cuchillo con fruición, lentamente, en la espalda.

Jackson cerró de nuevo los ojos.

3

—Vamos, haga un esfuerzo. Yo no puedo ayudarle si usted no se ayuda.

Margaret le había arrastrado hasta la puerta del pasillo; Apoyándose en sus hombros, Jackson consiguió ponerse en pie. Intentó mirar atrás.

—No, continúe. La policía está ahí fuera. ¿No oye los silbatos?

—¿Y Verczeg?

—Ha muerto. Han muerto todos. Dese prisa, Jackson. Tome, lleve usted esto. Yo no puedo, tengo que sostenerle.

Jackson tomó lo que ella le entregaba.

—¿Qué es? —preguntó, torpemente.

—El bolso de la Hoffman. Necesitamos su contenido. Siga, Jackson, por Dios.

En lo alto de la escalera del sótano, Jackson miró por primera vez a la muchacha. Y quedó atónito al ver que estaba llorando, que las lágrimas brotaban de sus ojos enrojecidos y se deslizaban por sus mejillas y trazaban obscuros surcos en su maquillaje.

4

—Era mi padre —reveló Margaret Hobson sentada junto a la cama donde Jackson yacía inmóvil mirando el techo—. Creí que usted lo adivinaría tarde o temprano. Ahora ha muerto y a mí no me importa decirle la verdad. Era mi padre, el coronel Janos Verczeg del ejército húngaro. Vivía exilado desde que los alemanes primero y los rusos después esclavizaron su patria. Nosotros mi hermano y yo salimos de Hungría al comienzo de la guerra, nos refugiamos en los Estados Unidos y aquí adquirimos la ciudadanía americana, pero él se negó a abandonar su vieja, devastada y querida Europa. Aquéllos eran su mundo y su ambiente. Luego, mi hermano se alistó en el ejército, y fue enviado a Alemania con las fuerzas de ocupación. Tenía un cargo en el Estado mayor que le daba acceso a informaciones de gran importancia estratégica. Era joven e ingenuo. Fue presa fácil para aquella mujer. Ella actuaba en un «*dancing*», cantaba unas canciones… «Sonny Boy» entre, ellas. «Sonny Boy» estaba pasada de moda, pero sabía cantarla con un

embrujo especial irresistible. Mi hermano no lo resistió. Hizo cuánto ella quiso que hiciera. Cuando lo descubrieron y vio comprometido su honor… se suicidó.

»Fue un rudo golpe para mi padre, que tenía la lealtad en muy alta estima. Se propuso tomar venganza. Siguió la pista de aquella mujer, que en Berlín se hacía llamar Monna Morris, y de la que nunca logró averiguar el verdadero apellido. Supo que se había reunido en Londres con un americano. Se trasladó a Londres, y ya no la encontró. Se dejó engañar. Aquel hombre era rico, parecía un caballero respetable, y no la clase de individuo que él esperaba que fuese. Pero aguardó, suponiendo que, un día u otro, Monna Morris reaparecería.

»Luego surgió Tessa Hoffman, y mi padre supo casualmente que acostumbraba a cantar una canción titulada “Sonny Boy”. Le parecerá a usted absurdo, Jackson, pero ésta fue la razón de que se empeñara en realizar en su casa un registro. “Sonny Boy” era la canción que Monna había cantado para seducir a mi hermano. Y mi padre no lo olvidaba.

»Por otra parte, yo, que había entrado a formar parte del
F. S. D.,
solicité destino en Londres para hallarme junto a él, y cuando comprobé que la misión que se había encomendado a sí mismo coincidía con el trabajo que a consecuencia de la muerte de McCall y Pullock, realizábamos nosotros, solicité personalmente de una alta jerarquía del
F. S. D.,
que se nos permitiera colaborar. Se trataba del general Murphy. Conocía a mi padre porque estuvo, antes de la guerra, como agregado militar en Budapest, y fue él precisamente quien me había inducido a ingresar en el Departamento. Murphy hizo llegar mi solicitud al general Bascomb, y consiguió directamente de él una autorización especial. Tenía confianza en nosotros. Sabía a qué atenerse respecto a mi padre, pese a que las penalidades de la guerra y del exilio, y encima la vergüenza por la traición de mi hermano, le hubieran hundido aparentemente. Comprendía sus sentimientos. Fue generoso.

—Ya veo —dijo Jackson, sin apenas interés—. No es necesario concretar más. Cuénteme ahora cómo acabó lo de Londres. No he

recibido ninguna noticia todavía.

—Murieron todos, ya lo vio. Un gran trabajo. Ni usted ni yo pudimos prestar demasiada atención, a los hechos mientras se producían, pero por lo que Scotland Yard publicó después, se ha sabido que no escapó nadie. Nadie importante, claro está.

—Pero he pensado en cierto individuo llamado William Kimbrough…

—Kimbrough fue el hombre a quién mi padre mató en el pasillo, antes de entrar en el salón. Kimbrough, bajo el nombre de Freeman, operaba en Europa con una banda de antiguos pistoleros americanos, dedicado al contrabando de drogas y diamantes. Coincidió en el «Carlton» de Londres con Alfred Grogan, cuyo nombre completo era Alfred Calvados Grogan, y ambos trabaron amistad. Grogan se había convertido, desde el fin de la guerra, en un espía profesional y actuaba en colaboración con la viuda de su hermano Tony, Tessa Hoffman, y la hija de ésta, Monna Calvados. Tessa, a su vez, conocía a uno de los hombres de Freeman, «Araña» Hellgruth, con quién había estado unida en un negocio de juego ilegal que tuvo un fin dramático. Esto estableció cierta conexión entre ambos bandos, y Grogan vio una oportunidad de ampliar sus operaciones aliándose a Freeman y su gente. Así lo hicieron, y Grogan asumió la dirección superior de la banda, organizándola según su propio estilo. El del Centro de Experimentación debió ser su primer golpe en común. Un joven químico, víctima de la seducción de Monna como en otro tiempo lo había sido mi hermano, lo hizo posible. Lo demás… ya puede usted suponerlo: organización en cadena, y Grogan siempre por encima de sus hombres, enlaces, una clave basada en el libro de poemas de Baudelaire, misiones parciales… Ésta es la explicación que ha dado a los hechos el
F. S. D.

—Sí —suspiró Jackson—, puedo suponerlo… salvo en lo que se refiere a Paul Gordon y las fórmulas robadas.

—Scotland Yard averiguó que Paul Gordon había sido visto vivo por última vez en las oficinas de la TWA, donde fue a adquirir un pasaje aéreo para Nueva York. Estuvo allí hablando con una mujer morena y obesa… a la que más tarde se halló muerta en el salón de una casa de Park Lane. ¿Le permite esto sentar una hipótesis?

—Muchas.

—Pues cualquiera de ellas será válida. En cuanto a las fórmulas, puede que observara usted, como observé yo, que Tessa Hoffman acababa de llegar a casa de Grogan cuando la maté. Y puede que, de no estar herido, se le hubiera ocurrido mirar lo que había en el interior de su bolso.

—Las fórmulas, pues, estaban allí.

—¿No era lógico que estuvieran?

Jackson asintió en silencio.

Cuando Margaret Hobson salió de la habitación, la enfermera se aproximó al lecho, muy sonriente.

—Hay otra señorita ahí fuera que desea hablar con usted, señor —dijo—. Le trae un gran ramo de flores.

—¿Ha dado su nombre?

—Anne Packwood.

Parpadeó.

—Que pase —indicó.

Anne Packwood apareció en el umbral. Se hizo un lío con las flores, y la enfermera las tomó de sus manos. Luego, la enfermera la miró al rostro, miró a Jackson, sonrió, se retiró y cerró la puerta.

—Yo… —balbució Anne.

Fue un sueño, pensó Jackson. Cierta vez, en las tinieblas, unos labios fantasmales rozaron los suyos, pero fue un sueño. Le hubiera gustado volver a soñar, pese a todo. Pese a sí mismo.

Anne, con el rostro encendido, como una colegiala cogida en falta, avanzó y se sentó junto al lecho.

—Gracias por esta visita —dijo Jackson—. No la esperaba. La creía a usted todavía en Londres.

—Lle… llegué anteayer —replicó al reponerse—. Con la señora Barratt.

—¿Buen viaje?

—Sííííí.

Jackson tragó saliva, y cerró los ojos un instante.

Cuando volvió a abrirlos, Anne se inclinaba lentamente hacia él. Se había transfigurado. Ya no parecía una niña. En sus claras pupilas hervía un volcán de ternura y de viejas pasiones transcendentales. Era una mujer.

—Querido… —murmuró ella—. ¡Oh, querido! Yo creí que…

Jackson rió. Sentía el hielo fundirse en su alma. Mientras se volvía para besar aquellos húmedos labios que se le brindaban temblorosos, comprendió que su vida iba a cambiar desde entonces. Nada podía impedirlo, ni su voluntad. Estaba escrito desde el día en que él y Anne Packwood se conocieron. Aquellas cosas siempre ocurrían así.

—Si la señora Barratt nos viese —dijo Anne muy quedo, junto a su oído—, se sentiría inmensamente feliz.

FIN

NOTAS

[1] El Foreign Security Department, o Departamento de Seguridad Exterior, es un organismo fundado en 1950 y dependiente de la Secretaría de Defensa de los Estados Unidos, que cumple el servicio de información y contrainformación militar más allá de las fronteras del país. Consta de tres secciones, y su jefe es el general Thomas A. Bascomb. <<

[2] Ámsterdam es el principal mercado europeo de diamantes. <<

[3] Tiene a su cargo, en el
F. S. D.,
el archivo y reparto de informaciones. <<